



DEL PAPA

Y

DE LA IGLESIA GALICANA.

OBRA IMPRESA EN FRANCIA

EN LOS AÑOS 1819 Y 1821.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR UN ECLESIÁSTICO.

TOMO II.

CON LICENCIA:

EN VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.

AÑO 1824.



DEL TRADUCTOR.

Segun hemos indicado en nuestra nota puesta en el tomo primero pág. 345, el digno Conde de Maistre Autor de esta Obra, y de algunas otras, que transmitirán su memoria con mucho elogio á la posteridad; hizo algunas variaciones para la segunda edicion, en el manuscrito original que conservan, segun dicen, en su poder los Editores de Lyon. Estas variaciones no son de grande entidad; y por lo mismo, reservándonos dar una noticia circunstanciada de todas ellas, en un apéndice del tercer tomo, (con solo el fin de que nuestros lectores tengan esta Obra del todo completa) hemos creido que les seria mas agradable ver al frente de este segundo tomo

el Prefacio escrito por el Autor para la segunda edicion. En nuestro tercer tomo daremos tambien otra noticia no menos interesante, y es, la de una impugnacion á esta Obra *Del Papa*, que se publicó en París; y de un juicioso escrito de otro Sabio, en que se ha defendido y vindicado como se merece la buena memoria del Conde de Maistre, refutando sin mucho trabajo á su débil impugnador.

PREFACIO DEL AUTOR

PARA LA SEGUNDA EDICION

DE LA OBRA DEL PAPA.

Presentando al público una nueva edicion de este libro, cree el Autor que debe recordar dos objeciones principales que se le han hecho, de dos regiones directamente opuestas. La primera, que es ultramontana, recae sobre el modo con que ha mirado la infalibilidad. Temen que la haya, por decirlo así, *humanizado demasiado*, apoyándola solamente en consideraciones filosóficas. La segunda, que es galicana, se queja de que haya favorecido demasiado las *máximas ultramontanas*.

En cuanto á la primera objecion, el Autor está muy seguro de que no

lo han entendido: pero no está tan seguro, de que esto no haya sido por su falta; y así, cree de su obligacion deber explicarse.

En mas de un escrito suyo ha tenido ocasion de observar que los dogmas, y aun las máximas de la alta disciplina católica, no son en gran parte otra cosa, sino *leyes del Mundo* divinizadas, y algunas veces tambien, tradiciones respetables, sancionadas por la revelacion.

Lo que se ha dicho en esta obra sobre *la confesion*, y sobre *el celibato eclesiástico*, basta para dar una idea de esta teoría.

El Autor ha hecho mucho uso de esto, tratando del importante asunto de la infalibilidad: manifestando desde luego, que en virtud de las leyes sociales solas, toda soberanía es infalible por su naturaleza; y que aun los tribunales superiores gozan de esta prerogativa,

sin la cual no podrá subsistir ningun Gobierno.

Partiendo pues, de este principio incontestable, ha dicho: *pues que la soberanía es infalible por su naturaleza, Dios no ha hecho mas que divinizar esta ley, estableciéndola en su Iglesia, que es una sociedad sujeta á todas las leyes de la soberanía. Si es preciso pues, suponer la infalibilidad aun en las Soberanías temporales donde no existe, bajo la pena de ver disolverse la asociacion, ¿cómo se puede rehusar de reconocerla en la soberanía espiritual, que tiene una inmensa superioridad sobre la otra; pues que por un lado este gran privilegio está tan solo humanamente supuesto, y por el otro lado está* DIVINAMENTE PROMETIDO? (Lib. 1.º capít. 19 pág. 235. y 236.)

En otra parte de su libro llama á la infalibilidad *un privilegio magnífico y* DIVINO *de la Cátedra de San Pe-*

dro. (Lib. 1º cap. 15 pág. 197.)

En fin ha habido quejas, y muy notables, segun le han dicho, de parte de los que han querido mostrarnos la fecha de esta creencia de la infalibilidad. (Lib. 1º capít. 1. pág. 14 y siguientes.)

Todos estos textos le parecen bastante claros. Mas no obstante, si acaso por apoyarse el Autor demasiado sobre una verdad, ha podido hacer sospechar que olvidaba alguna otra (lo que alguna vez ha sucedido á hombres muy superiores), se lisongea que despues de lo que va referido, no quedará la menor duda acerca de sus principios.

Por último, no cree que se deba ser muy difícil, con los hombres que manifiestan su buena voluntad. Aun cuando hubiera negado abiertamente la infalibilidad del Papa en el sentido teológico, no se le podia tener por mas herege que á Bossuet; y siempre hubie-

ra servido á la causa pontifical, procurando probar que en virtud solamente de las leyes generales de toda agregacion social, las voces de *soberanía*, y de *infalibilidad*, son naturalmente sinónimas: de modo que en ningun caso podria haber apelacion de las decisiones de la Santa Sede.

Pero le es preciso repetirlo: jamás se ha atenido á esta teoría general, que recomienda no obstante á todos los hombres sensatos. La analogía de los dogmas y de los usos católicos, con las creencias, tradiciones y prácticas de todo el universo, produciria una obra de controversia de un género nuevo, y que no seria de los menos convincentes, si este asunto se tratase con toda la extension conveniente. Sobre todo, destruiria por los fundamentos la grande acusacion de los protestantes, sacada de las imitaciones paganas, que nos han supuesto. Se veria que Midleton y otros han

gastado sus plumas, para establecer por último resultado, *que la antigüedad pagana presenta muchas señales de estas mismas verdades que nosotros enseñamos, ó de algunas ceremonias de las que usamos.* Cualquier católico instruido no dejará de darles gracias, *salutem ex inimicis nostris*: mas este no es lugar para hacer una disertacion sobre un asunto tan vasto: bastante es observar que Tertuliano cuando dijo *que el hombre es naturalmente cristiano*, dijo mucho mas de lo que creía decir.

En cuanto á la otra objecion que viene de un lado opuesto, y que rueda sobre las *máximas galicanas*, es un artículo sobre el cual debe pasarse ligeramente. El Autor confiesa que no tiene el mayor respeto á las famosas *máximas*. Ya las habia atacado de frente en el 5º libro de su obra, que intituló: *De la Iglesia Galicana*, ó bien *del Papa en sus relaciones con dicha*

Iglesia. Mas tuvo por conveniente suprimir por el pronto aquel libro 5º (1) porque necesariamente tenia un cierto aire polémico, que le parecia no estar en perfecta harmonía con el resto de su obra; y que cuando se determinase á publicarlo aparte, diria sus razones.

No ignora que se le ha desaprobado, haber tratado algo ligeramente ciertas autoridades que se miraban en Francia como decisivas: pero no obstante,

(1) En el prospecto y en el título de esta Obra hemos dicho, que el original se publicó en Francia en los años 1819 y 1821, porque efectivamente en el egemplar que poseíamos se ven impresos los dos primeros tomos en el año 19, y el tercero en el 21.

Por lo que dice el Autor en este prefacio, se echa de ver, que despues de escribir el libro quinto, juzgó mas conveniente hacer de él una obra separada; y así no es estraño que se imprimiese suelta dos años despues: ni tampoco que casi al mismo tiempo saliese ya la segunda edicion de los dos primeros tomos. Pero debemos advertir, que este libro quinto luego que formó obra separada, se dividió en dos, lib. I. y II., como lo verán nuestros lectores en el tercer tomo.

habiéndose examinado severamente, no ha juzgado á propósito hacer sobre este punto ninguna variacion en su obra. Todo hombre tiene su carácter, su modo de ver, y de explicarse, y sobre todo su conciencia que le avisa de lo que puede hacer. Es cierto que con facilidad puede extraviarse, si se entrega del todo á este impulso interior; pero tambien se expone muchas veces á obrar mucho peor, si lo contradice ó ataca de frente. *Serpit humi tutus nimium.*

Cualquiera que sea, además, su inferioridad respecto de ciertos ilustres personages que el lector puede conocer, (de cuya inferioridad nadie en el mundo está mas persuadido que él mismo), no se le podria no obstante negar, que poseía igualmente que ellos dos cualidades idénticas, que son, la de raciocinar, y la de hablar francés: lo cual le parece suficiente para tener derecho de

expresar con franqueza sus opiniones; aunque acaso una ó dos veces tuviese la desgracia de que estas se hallasen en oposicion con las de aquellos hombres ilustres, ante cuya presencia se humilla como debe.

Bien conocido es además en Francia, el modo de pensar del Autor, tanto sobre la Francia en general, como sobre su Iglesia en particular. A la verdad no desea chocar con una, ni con otra; ha dicho lo que esperaba de ellas, y nunca ha combatido mas que las funestas preocupaciones, capaces de engañar tan bellas esperanzas. Las ilusiones de la costumbre, y acaso las del orgullo! sin duda podrán retardar el cumplimiento de ciertas profecías: mas entretanto no debe dejar de contarse sobre *la época de las lises*, como la llamaba hace muchos años un iluminado aleman.

El Autor no puede terminar este

prefacio, sin aprovechar esta ocasion para someter su obra al juicio de Roma, sin la menor reserva imaginable: pues ciertamente se hallaria en contradiccion consigo mismo, del modo menos excusable, si rehusase reconocer contra él una autoridad que ha defendido contra las otras, con tanto celo y buena fe.

DEL PAPA.

LIBRO TERCERO.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Misiones.

Para conocer los servicios que los Sumos Pontífices han hecho al mundo, seria menester copiar todo el libro inglés del doctor Ryan, intitulado *beneficios del cristianismo.* Estos beneficios son los de los Papas, porque solo por medio de ellos puede decirse, que tiene el cristianismo accion exterior. Todas las Iglesias separadas del Papa, se dirigen interiormente como pueden ó saben: mas na-

da pueden hacer, para la propagacion de la luz evangélica; y por ellas solas, la obra del cristianismo nada adelantará: porque siendo justamente estériles desde su divorcio, no pueden recobrar su fecundidad primitiva, á menos de reunirse á su Esposo. ¿Y á quién pertenece la obra de las misiones? Al Papa y á sus Ministros. Véase esa famosa *Sociedad bíblica* de Inglaterra, émula débil, y acaso peligrosa de nuestras misiones. Cada año nos cuenta los miles de egemplares de la biblia que ha esparcido por el mundo, pero siempre se olvida de decirnos cuantos nuevos cristianos ha producido (1). Si el dinero que esta sociedad expende en biblias, se diese

(1) Los males que puede causar esta sociedad no han sido desconocidos á la Iglesia anglicana, que muchas veces se ha mostrado temerosa de ellos. Pero si se llega á meditar, qué especie de bienes son los que está destinada á producir en las miras de la Providencia, se halla desde luego, que esta empresa puede ser una preparacion evangélica, de un género del todo nuevo y divino. Acaso podria contribuir poderosamente á

al Papa para emplearlo en las misiones, hubiera producido ya mas cristianos que páginas tienen las biblias.

Las Iglesias separadas, y sobre todo la primera de ellas, han hecho varios ensayos de este género: mas todos estos pretendidos obreros evangélicos, separados del Gefe de la Iglesia, son como ciertos animales á quienes se enseña á andar con solos dos pies, y á contrahacer algunos otros movimientos humanos. Estas habilidades llegan hasta cierto punto: se admiran por la dificultad que han tenido que vencer: mas no obstante se apercibe muy bien que todo es forzado, y que dichos animales están deseando volver á caer sobre sus cuatro pies.

Aun cuando semejantes gentes no tuviesen contra sí mas que sus divisiones, nada mas se necesitaría para reconocer su impotencia. *Anglicanos,*

reconciliarnos la Iglesia anglicana, que ciertamente no podrá escapar de los golpes que se la dan, sino por el principio universal.

luteranos, *moravos*, *metodistas*, *baptistas*, *puritanos*, *cuácaros* &c. Este es el pueblo con quien tienen que hacer los infieles. Escrito está ¿y *cómo entenderán ellos, si no se les habla?* Y con la misma verdad pudiera decirse *¿cómo los creerán si no los entienden?*

Un misionista inglés ha sentido bien el anatema, y se ha explicado con tanta franqueza, delicadeza, y probidad religiosa, que le hacen parecer digno de la mision que le faltaba.

El misionero (dice) *debe estar muy apartado de una estrecha* HIPOCRESÍA *y poseer un espiritu verdaderamente católico* (1). *No es el calvinismo ni*

(1) Esta palabra *hipocresía*, que segun su accepcion natural en la lengua inglesa, da la idea de un celo ciego, de una preocupacion ó supersticion, se aplica hoy en la pluma liberal de los escritores ingleses á todo hombre que se toma la libertad de creer diferentemente que aquellos señores. En fin, hemos visto á los revisores de Edimburgo acusar á Bossuet de hipócrita. (Edimb. rev. Oct. 1803 núm. 5. pág. 215.) ¡Bossuet hipócrita! El universo aun lo ignoraba.

tampoco el arminianismo lo que debe enseñar, sino el cristianismo. Su fin no debe ser el de propagar la gerarquía inglesa, ni los principios de los protestantes disidentes. Su objeto debe ser el de servir Á LA IGLESIA UNIVERSAL (1). *Yo quisiera que el misionero estuviese muy persuadido, de que su ministerio no reposa sobre los puntos de separacion, sino sobre los que reunen el consentimiento de todos los hombres religiosos* (2).

Ya nos hallamos conducidos á la eterna y vana distincion, de los dogmas capitales y no capitales. Mil veces ha sido refutada, y así será inútil volver á tratar de ella. No hay

(1) Aquí repite en inglés lo que antes habia dicho en griego. *Católico*, *universal*, qué importa! Bien se deja ver la necesidad que tenia de recurrir á la *unidad*, que no puede hallarse fuera de la *universalidad*.

(2) Véanse las Cartas sobre las misiones, dirigidas á los Ministros protestantes de las Iglesias inglesas. Por Melvil Horne, capellan que fue de Sierra Leona en África. En inglés. Bristol 1794.

un dogma que no haya sido negado por algun disidente. ¿Con qué derecho pues, se preferiria el uno al otro? Cualquiera que niegue un dogma, pierde el derecho de enseñar cualquier otro. ¿Cómo podrá además creerse que el poder evangélico no es divino; y que por consiguiente puede hallarse fuera de la Iglesia? La divinidad de este poder es tan visible como el sol. *Parece* (dice Bossuet) *que los Apóstoles y sus primeros discípulos, hayan trabajado por debajo tierra, para poder establecer tantas Iglesias, en tan poco tiempo, sin que se sepa como lo han hecho* (1).

La Emperatriz Catalina II. en una carta en extremo curiosa, que yo vi en Petersburgo (2) dice, que muchas veces habia observado con asombro, la influencia de las misiones sobre la civilizacion, y sobre la organizacion

(1) Hist. de las Variaciones, lib. 7. n. 16.

(2) Esta Carta estaba dirigida á un francés llamado Mr. de Meillan, que segun creo era del antiguo Parlamento de París.

política de los pueblos. *A medida* (dice) *que la Religion va ganando terreno, se ven parecer pueblos enteros como por encanto*, &c. La Iglesia antigua era la que obraba estos milagros, porque entonces era legítima; y bien podria la Emperatriz comparar esta fuerza y esta fecundidad, con la nulidad absoluta de esta misma Iglesia, separada de su raiz principal.

El docto caballero Guillermo Jones ha observado, la impotencia de la palabra evangélica en la India (es decir en la India inglesa), y desespera absolutamente de vencer las preocupaciones nacionales: de modo que lo que imagina de mejor, es traducir en persa y en sanscrit los textos mas decisivos de los profetas, y ensayar el efecto que producen entre los indígenas (1). Aquí se ve que

(1) *Si hay algun medio humano para convertir á estos hombres* (los indios), *seria acaso el de traducir en sanscrit ó en persa, pasages escogidos de los antiguos Profetas, acompañados con un prefacio razonado, donde se*

el error protestante se obstina siempre en principiar por la ciencia, cuando es preciso comenzar por la predicacion imperativa, acompañada de la música, de la pintura, de los ritos solemnes y de todas las demostraciones de la fe sin discusion: y ¡cómo se hará comprender esto al orgullo!

Mr. Claudio Buchanan, doctor en teología inglesa, publicó hace pocos años una obra sobre el estado del cristianismo en la India, en cuya obra se ve el mas extraordinario fanatis-

mostrase el cumplimiento perfecto de aquellas predicciones; y extender esta obra entre los nativos que han tenido una educacion distinguida. Si este medio y el tiempo no producian ningun efecto saludable, no habria mas que hacer sino llorar la fuerza de las preocupaciones, y la debilidad de la sola razon (de la razon no asistida). (Obras de Guillermo Jones en inglés, sobre los dioses de la Grecia, la Italia y la India, in 4. tom. I. pág. 279 y 280.) Nada hay de mas cierto, ni de mas notable que lo que dice aquí Guillermo Jones sobre la razon *no asistida*: mas para él y muchos otros es una verdad estéril.

mo, unido á muchas observaciones interesantes (1). En cada página se encuentra confesada la nulidad del proselitismo protestante; como igualmente la indiferencia absoluta del gobierno inglés, sobre el establecimiento religioso de aquel grande pais.

»Veinte regimientos ingleses (di»ce) no tienen en Asia ni un solo »capellan; y los soldados viven y mue»ren sin ningun acto de Religion (2). »Los Gobernadores de Bengala y de »Madrás, no conceden la menor pro»teccion á los cristianos del pais; y »prefieren regularmente para los em»pleos á los indios y á los maho»metanos (3). En Saffera todo el pais »está sometido al poder (espiritual) »de los católicos, que tomaron tran»quilamente posesion de él, en vis»ta de la indiferencia de los ingleses;

(1) Véase la obra inglesa Averiguaciones cristianas en Asia, por el R. Claudio Buchanan in 8. London 1812, nona edicion.

(2) Ibid. pág. 80.

(3) Ibid. pág. 89 y 90.

»y el Gobierno de Inglaterra, prefi»riendo *justamente* (1) la supersticion »católica al culto de Buddha, sostie»ne la Religion católica en Ceylan (2). »Un sacerdote católico decia á este »Gobierno: *¿cómo quereis que vuestra »nacion se ocupe en convertir al cris»tianismo sus súbditos paganos, cuan»do rehusa la instruccion cristiana á »sus propios súbditos cristianos?* (3). »Por esto no se sorprendió Claudio »Buchanan al saber que cada año *un »gran número de protestantes se vol»vian á la idolatría* (4). Acaso jamás »se ha visto *la Religion de Cristo,* »en ninguna época del cristianismo »tan humillada, como lo ha sido en »la isla de Ceylan, por la *negligen-*

(1) ¡Con qué bondad conviene este Gobierno en que el Catolicismo vale mas que la religion de Buddha!

(2) Ibid. pág. 92.

(3) El Gobierno no tiene celo porque no tiene fe. Su conciencia es quien le quita las fuerzas; y esto es lo que el ciego Ministerio no ve, ó por mejor decir, no quiere ver.

(4) Ibid. pág. 95.

»*cia oficial* que hemos hecho sufrir á »la Iglesia protestante (1). Es tal la »indiferencia inglesa, que si pluguiese »á Dios quitar sus Indias á los ingle- »ses, apenas quedarian en aquella tier- »ra vestigios de haber sido goberna- »da por una nacion, que habia reci- »bido la luz del evangelio (2). En to- »dos los departamentos militares se »observa una extincion casi total del »cristianismo. Cuerpos numerosos de »hombres envejecen lejos de su pa- »tria, entre el placer y la indepen- »dencia; sin ver el menor signo de »la Religion de su pais. Hay inglés »que en veinte años no ha visto ce- »lebrar un oficio divino (3); y es »cosa bien extraña, que en cambio »de la pimienta que nos dan aque- »llos infelices indios, la Inglaterra no

(1) Esta es aun otra delicadeza del Gobierno inglés, que tiene bastante prudencia para no ensayar á plantar *la Religion de Cristo*, en un pais donde reyna *la de Jesucristo*: pero ¿qué puede entender de todo esto un eclesiástico *oficial*.

(2) Ibid. pág. 283 not.

(3) Ibid. pág. 285, 287.

»les quiera dar ni aun el nuevo tes»tamento (1). Cuando este autor re»flexiona sobre *el poder inmenso* que »tiene la Iglesia romana en la In»dia, y sobre la incapacidad del cle»ro anglicano para contrarestar esta »influencia, es de parecer que no ha»ria mal la Iglesia protestante en bus»car por su aliada á la Siriaca, que »se halla en los mismos paises, y que »tiene todo lo necesario para unirse »con una Iglesia PURA: pues que *pro»fesa las doctrinas de la biblia*, y »tambien desecha la supremacía del »Papa (2).

Acabamos de oir de una boca la menos sospechosa, las confesiones mas expresas sobre la nulidad de las Iglesias separadas; y que no solamente

(1) Ibid. pág. 102.

(2) Pág. 285, 287. ¿Pues que acaso la Iglesia católica profesa las doctrinas del Alcorán? Cuidado no se engañe el clero inglés: porque estas vergonzosas extravagancias están muy lejos de encontrar, entre la gente sensata de su pais, la misma indulgencia, y la misma compasion que hallan entre nosotros.

las anula todas, una despues de otra el espíritu que las divide, sino que tambien nos detiene á nosotros, y retarda nuestros progresos. Sobre este punto ha hecho Voltaire una observacion importante. *El mayor obstáculo* (dice) *que tiene el progreso de nuestra Religion en la India, es la diferencia de opiniones que dividen á nuestros misioneros. El católico combate allí al anglicano, este al luterano, y estotro al calvinista: de modo que hallándose todos encontrados, y queriendo cada uno de ellos anunciar la verdad, y acusar á los otros de mentira, asombran á un pueblo sencillo y pacífico, que ve llegar allí desde las extremidades occidentales de la tierra, hombres acalorados, para despedazarse unos á otros en las riveras del Ganges* (1).

El mal no es ni con mucho, tan grande como dice Voltaire, quien to-

(1) Voltaire, Ensayo sobre las costum., &c. tom. I. cap. 4.

ma su deseo por la realidad: pues que nuestra superioridad sobre las sectas, se halla confesada tan solemne y manifiestamente por nuestros mas encarnizados enemigos, como se acaba de ver. Sin embargo, la division de los cristianos es un gran mal, que por lo menos retarda la grande obra, si no la impide enteramente. Desgraciadas las sectas que han despedazado *la túnica inconsútil*. Sin ellas todo el mundo seria cristiano.

Otra razon que anula este falso ministerio evangélico, es la conducta moral de sus órganos. Ellos nunca procuran elevarse mas allá de *la probidad*, débil y miserable instrumento, para todos los esfuerzos que exige *la santidad*. El misionero que no renuncia, por un voto sagrado, la mas dulce de las inclinaciones humanas, siempre se quedará muy inferior á sus funciones, y concluirá por hacerse ridículo ó culpable. Bien sabido es el éxito de las misiones inglesas en Taiti. Cada apóstol hecho un libertino, no

ha tenido dificultad en confesarlo, y el escándalo ha resonado en toda Europa (1).

En medio de las naciones bárbaras, hallándose lejos de todo superior, y de todo el apoyo que podria encontrar en la opinion pública, solo con su corazon y sus pasiones; ¿qué hará el misionero *humano*? Lo que hicieron sus concolegas en Taiti. El mejor de estos misioneros, despues de recibir su mision por la autoridad civil, se pone en camino para habitar en una casa muy cómoda, con su muger y sus hijos, para predicar filosóficamente *á ciertos súbditos* bajo el cañon de su Soberano: pero en cuanto á los verdaderos trabajos apos-

(1) He oido decir que despues de algun tiempo se han mejorado las cosas en Taiti; mas sin discutir los hechos que solo presentan vanas apariencias, no diré mas que una palabra. ¿*Qué nos importan estas conquistas equívocas del protestantismo, en alguna isla imperceptible del mar del Sud, mientras que destruye el cristianismo en Europa*?

tólicos, jamás se atreverá á tocarlos con la punta del dedo.

Además es menester distinguir entre infieles civilizados, é infieles bárbaros. A estos se les puede decir cuanto se quiera: mas por fortuna el error no se atreve á hablarles. En cuanto á los otros es todo lo contrario, porque saben ya bastante para entendernos. Cuando el Lord Macartney iba á partir para su célebre embajada, el Rey de Inglaterra pidió al Papa algunos alumnos de la Propaganda, para la lengua china, lo que su Santidad concedió desde luego. Entonces el Cardenal Borgia que presidia la congregacion de Propaganda, rogó al Lord Macartney que tuviese la bondad de recomendar en Pekin las misiones católicas. El Embajador se lo prometió de buena gana, y cumplió su promesa como hombre de bien: pero quedó en extremo admirado cuando el *Collao*, ó primer Ministro, le respondió *que el Emperador habia extrañado mucho ver que los ingleses*

protegian en el fondo de la Asia, una Religion que sus padres habian abandonado en Europa. Esta anécdota que he sacado de buena fuente, prueba que aquellos hombres están mas instruidos de lo que nosotros pensamos, aun de las cosas que á nuestro parecer no deberian serles interesantes. Vaya un predicador inglés á la China, á decir á su auditorio *que el cristianismo es la mas bella cosa del mundo; pero que esta Religion divina se corrompió desgraciadamente en su primera juventud, por dos grandes apostasías: la de Mahoma en Oriente y la del Papa en Occidente: que habiendo principiado una y otra juntas, y debiendo durar* 1260 *años* (1), *una y*

(1) En efecto, como *las Naciones deben hollar la Ciudad santa durante cuarenta y dos meses* (Apoc. XI. 2.), es claro que por las *Naciones* se debe entender los mahometanos. Además, 42 meses de á 30 dias cada uno hacen 1260 dias; esto es evidente. Mas cada dia significa un año, y así 1260 dias valen 1260 años, y si á estos se añaden los 622, que es la fecha de la Hegira, tenemos 1882. Luego el Mahometis-

otra deben acabar juntas, y estar ya cercanas á su fin: que el mahometismo y el catolicismo son dos corrupciones perfectamente paralelas, y del mismo género; y que no hay en el universo un hombre que se llame cristiano, que pueda dudar de la verdad de esta profecía (1). Seguramente que el mandarin que oyese estas brillantes aser-

mo no puede durar mas que hasta el año 1882. Ahora pues, la corrupcion papal debe acabar con la corrupcion mahometana: luego &c. Este es el razonamiento de Mr. Buchanan que hemos citado mas arriba.

(1) Cuando se piensa, que tan inconcebibles locuras, manchan aun en el siglo 19 las obras de unos teólogos ingleses, como los Doctores Daubeney, Faber, Cuninghan, Fire, Hartley, &c., no puede contemplarse sin un religioso terror, el abismo en que por el mas justo de los castigos, se precipita la mas criminal de todas las rebeliones. El moderno Atila, menos civilizado que el primero, arroja de su trono al Sumo Pontífice, lo hace prisionero, y se apodera de sus estados. Al momento se inflama la cabeza de estos escritores, y creen que se acabó el Papa, y que Dios ya no tiene medios para salir del paso. He aquí pues, que empiezan á componer libros en 8. sobre el cumplimiento de las profecías: mas

ciones tendria al predicador por loco, y se burlaria de él. Si en los paises infieles civilizados, existiesen hombres capaces de abrazar las verdades del cristianismo, luego que nos oyesen, no tardarian mucho en darnos la preferencia sobre todos los sectarios. Voltaire tenia sus razones para mirarnos como una secta que disputaba con las otras: pero el sentido comun libre de prevenciones, se apercebirá desde luego que de un lado se halla la Iglesia una é invariable, y del otro lado la heregía con sus mil cabezas. Mucho tiempo antes de saber su nombre, ya la conocen y no se fian de ella.

Nuestra inmensa superioridad es tan conocida, que ha llegado á alarmar á la Compañía de las Indias: pues que algunos clérigos franceses llevados á aquellos paises por el turbillon revolucionario, la causaron miedo,

entretanto que se imprimen, el poder y el voto de la Europa restituyen el Papa á su trono, y tranquilo en la eterna Ciudad ruega á Dios por estos insensatos.

por el temor de que haciendo prosélitos cristianos, los hiciesen tambien franceses. (Espero que ningun inglés instruido podrá contradecirme). La Compañía de las Indias dice sin duda como nosotros *venga á nos el tu reyno:* pero añade siempre el correctivo, *y que el nuestro subsista.*

Mas si nuestra superioridad en este punto está reconocida en Inglaterra, no está allí menos conocida la nulidad del clero inglés para lo mismo. Hace pocos años que unos diaristas estimables de aquel pais, decian: *no creemos que la sociedad de las misiones sea obra de Dios.... porque dificilmente se nos persuadirá que Dios sea el autor de la confusion; y que los dogmas del cristianismo deban ser sucesivamente anunciados á los paganos, por hombres que no solamente van sin ser enviados* (1), *sino que di-*

(1) *No solamente corren siendo* NO-ENVIADOS. Expresion muy notable: porque el nombre de misionero es sinónimo de enviado, y así todo misionero que obra fuera de la unidad, de-

fieren de opiniones entre ellos, de un modo tan extraordinario, como difieren entre si los Calvinistas, los Armenios, los Episcopales, los Presbiterianos, &c. &c.

Los redactores soplan despues sobre el débil sistema de los *dogmas esenciales*, y luego añaden: *entre misioneros tan heterogéneos, las disputas son inevitables, y sus trabajos en lugar de ilustrar á los gentiles, no son propios sino para aumentar las preocupaciones contra la fe, si acaso alguna vez se les ha* ANUNCIADO DE UN MODO MAS REGULAR (1). *En una*

be precisamente decir, *yo soy un enviado no-enviado.* Aun cuando la sociedad de las misiones fuese aprobada por la Iglesia anglicana, la misma dificultad subsistiria siempre, porque esta Iglesia no siendo *enviada* no tiene el derecho de *enviar. No enviada*: este es el carácter general, humillante é indeleble de toda Iglesia separada de la unidad.

(1) ¿Qué quieren pues decir los diaristas con esta expresion *de un modo mas regular*? ¿Puede haber alguna cosa regular estando fuera de la regla? Bien puede estar un hombre mas ó menos cerca de una barca, pero mas ó menos den-

palabra, la sociedad de las misiones no puede hacer ningun bien, y puede hacer mucho mal.

No obstante creemos que es un deber de la Iglesia, predicar el evangelio á los infieles (1).

Estas declaraciones son muy expresas, y no necesitan comentarios. En cuanto á las Iglesias orientales, y todas las que dependen de ellas, ó hacen causa comun con ellas, será inútil que nos ocupemos. Ellas mis-

tro de ella no puede ser. Aun la Iglesia de Inglaterra tiene alguna desventaja sobre las otras Iglesias separadas: pues como es evidentemente *sola*, es evidentemente *nula*. (Véase el Censor político. y literario, mensual, ó anti-jacobino, Marzo 1803, vol. 14. num. 9. pag. 280 et 281.) Acaso estas palabras *de un modo mas regular* ocultan algun misterio, como muchas veces lo he observado en las obras de los escritores ingleses.

(1) `Esta es una grande palabra. *La Iglesia sola tiene el derecho, y de consiguiente el deber de predicar el Evangelio á los infieles.* Si los redactores hubieran rayado por bajo esta palabra *la Iglesia*, sin duda hubieran predicado una verdad muy profunda á los infieles.

mas se hacen la justicia: pues penetradas de su impotencia, han acabado por convertir su apatía en una especie de deber. Aun se creerian ridículas si se dejasen abordar, por la idea de adelantar las conquistas del Evangelio, y por ellas la civilizacion de los pueblos.

La Iglesia pues, es la sola que tiene el honor, el poder, y el derecho de las misiones; y sin el Sumo Pontífice, no hay Iglesia. ¿No es el Pontífice quien ha civilizado la Europa, y creado este espíritu general, este genio fraternal que nos distinguen? Apenas se afirma la Santa Sede cuando *la solicitud universal* ocupa con transporte á los Sumos Pontífices. Ya en el siglo 5.° enviaron á la Nórica á San Severino; y otros obreros apostólicos recorrieron las Españas, como se ve en la famosa carta de Inocencio I. á Decencio. En el mismo siglo San Palade y San Patricio parecen en Irlanda, y en el norte de Escocia. En el siglo 6.° San Grego-

rio el Grande envia á San Agustin á Inglaterra. En el 7.º San Kilian predica en Franconia, y San Amando á los flamencos, carintios, esclavones, y á todos los bárbaros que habitaban las márgenes del Danuvio. Eluff de Werden se transporta á Sajonia en el siglo 8.º San Willebrod y San Swidbert á la Frisia; y San Bonifacio llena la Alemania con sus trabajos, y sus conquistas. Pero el siglo 9.º parece distinguirse de todos los demás, como si la divina Providencia hubiera querido consolar la Iglesia, de las desdichas que tan de cerca la amenazaban. Durante este siglo, San Siffroi fue enviado á los suecos, Anchario de Hamburgo les predicó tambien, como á los vándalos y á los esclavones: Remberto de Bremen, los hermanos Cirilos, y Metodio á los búlgaros, á los chazares, á los turcos del Danuvio, á los moravos, á los bohemos, y á la inmensa familia de Esclavonia. Todos estos varones apostólicos juntos, podian decir con

mucha razon: *Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis.*

Mas cuando el universo se ensancha por las memorables empresas de los navegantes modernos: ¿los misioneros del Pontífice no siguieron en pos de estos esforzados aventureros? ¿No fueron á buscar el martirio, del mismo modo que la avaricia buscaba el oro y los diamantes? ¿Sus manos bienhechoras no estaban extendidas constantemente, para curar los males nacidos de nuestros vicios, y para hacer menos odiosos á los europeos en aquellos paises lejanos? ¿Qué no ha hecho San Francisco Javier (1)? ¿Los jesuitas *solos no han*

(1) *A Paulo III. Indiæ destinatus, multos passim toto oriente christianos ad meliorem frugem revocavit, et innumeros propemodum populos ignorantiæ tenebris involutos, ad Christi fidem adduxit. Nam præter indos, brachmanes, et malabaras, ipse primus paravis, malais, jais, acenis, mindannis, molucensibus et japonibus, multis editis miraculis et exantlatis laboribus Evangelii lucem intulit. Perlustrata tandem Japonia, ad Sinas profecturus in insula*

curado una de las mayores llagas de la humanidad (1)? Acerca de las misiones del Paraguay, de la China, y de las Indias, todo se ha dicho ya, y seria supérfluo volver á tratar sobre cosas tan conocidas. Basta solo advertir que todo el honor que de ellas resulta, debe atribuirse á la Santa Sede.

He aqui decia, el gran Leibnitz (con un noble sentimiento de envidia muy digno de él) *he aqui la China abierta á los jesuitas. El Papa envia allá muchisimos misioneros.* *NUESTRA FALTA DE UNION NO NOS PERMITE EMPRENDER ESTAS GRANDES CONVERSIONES* (2). *En el tiempo del*

Sanciana obiit. (Véase su oficio en el breviario de París.) Los viages de este Santo se hallan al fin de su vida escrita por el P. Bouhours, y merecen grande atencion. Si se hubiesen publicado luego, hubieran dado tres veces la vuelta al mundo. Murió el Santo á los 46 años de su edad y solo empleó 10 para la egecucion de sus prodigiosos trabajos. Este es el mismo tiempo que empleó César para sujetar y devastar las Galias.

(1) Montesquieu.

(2) Carta de Leibnitz, citada en el diario

Rey Guillermo, se habia formado una especie de sociedad en Inglaterra, que tenia por objeto la propagacion del Evangelio: mas hasta ahora no ha hecho grandes progresos (1).

¿Y cómo los ha de hacer? Nunca podrá hacerlos, bajo cualquier nombre que proceda, hallándose fuera de la unidad; y no solamente no hará progresos, sino que *no hará mas que mal*, como nos lo acaba de confesar una boca protestante.

Los Reyes (decia Bacon) *son verdaderamente inexcusables, de no haber procurado con sus armas y sus riquezas la propagacion de la Religion cristiana* (2).

Sin duda que lo son, y lo son tanto mas, (hablo solamente de los Soberanos católicos) cuanto que fasci-

hist. polít. y liter. del Abate de Feller, Agost. de 1774, pág. 209.

(1) Carta de Leibnitz á Kortholtam. en sus obras en 4. pág. 323. — Pensamientos de Leibnitz in 8. tom. I. pág. 275.

(2) Bacon Diálogo *de bello sacro* tom. 2 p. 274.

nados por las preocupaciones modernas sobre sus verdaderos intereses, no saben que todo Príncipe que emplea sus fuerzas en la propagacion del cristianismo legítimo, será infaliblemente recompensado con grandes progresos, con un largo reynado, con una inmensa reputacion, y con todas estas ventajas reunidas. Sobre este punto, ni hay, ni habrá nunca, ni puede haber excepcion. Constantino, Teodosio, Alfredo, Carlo-Margo, San Luis, Manuel de Portugal, Luis XIV. &c. todos los grandes protectores ó propagadores del cristianismo legítimo, están señalados en la historia con los caractéres que acabo de indicar. Cualquier Príncipe que emprenda esta obra divina, y la adelante lo posible con todas sus fuerzas, sin duda podrá estar sujeto á pagar su tributo de imperfecciones y de desdichas á la miserable humanidad: mas á pesar de esto llevará siempre sobre su frente una cierta señal, que todos los siglos reverenciarán.

Illum aget penna metuente solvi
Fama superstes.

Por el contrario, todo Príncipe que nacido en la luz, la desprecie ó se esfuerce para apagarla, y sobre todo que se atreva á poner su mano sobre el Sumo Pontífice, ó á afligirlo sin medida, puede contar con un castigo temporal y visible. Corto reynado, desastres humillantes, muerte violenta y vergonzosa, mal renombre en la vida, y memoria obscurecida en su muerte: esta es la suerte que lo espera poco mas ó menos. Desde Juliano á Felipe el hermoso, los egemplos antiguos se hallan escritos en todas partes; y en cuanto á los egemplos recientes, el hombre prudente antes de exponerlos con toda su claridad, hará bien de esperar que los tiempos los hayan llevado hasta cierta profundidad en la historia.

CAP. II.

Libertad civil de los hombres.

Hemos visto que el Sumo Pontífice es el gefe natural, el promotor mas poderoso, el Demiurgo ó Supremo Magistrado de la civilizacion universal; y que en sus fuerzas sobre este punto, no tienen mas límites que los de la ceguedad, ó mala voluntad de los Príncipes. Igualmente no les debe estar menos agradecida la humanidad, por la extincion de la servidumbre que han combatido sin descanso, y que acabarán de apagar infaliblemente sin violencia, sin conmociones y sin peligro, en todas partes donde se les dejará obrar.

Muy ridícula ha sido la manía del último siglo, de querer juzgar de todo por reglas abstractas, sin consideracion á la experiencia; y esto es tanto mas chocante, cuanto que este mismo siglo no cesó de gritar al mismo tiempo contra todos los filósofos, que

han principiado por los principios abstractos, en vez de buscarlos en la experiencia.

Rousseau es exquisito cuando principia su *contrato social* por esta máxima retumbante: *el hombre nace libre, y en todas partes se halla preso.*

¿Qué quiere decirnos con *nace libre*? Seguramente no hablará del hecho: pues que continua diciendo, y en todas partes se halla aprisionado. Luego se trata *del derecho*: mas este debia ante todas cosas probarse *contra el hecho.*

Lo contrario de esta loca asercion de *el hombre nace libre*, es la verdad. Porque en todos tiempos y en todos los lugares, hasta que se estableció el cristianismo, y aun hasta que esta Religion hubo penetrado suficientemente en los corazones, la esclavitud fue siempre considerada como una parte necesaria para el Gobierno, y para el estado político de las naciones, tanto en las repúblicas, como en las monarquías, sin que jamás

haya entrado en la cabeza de ningun filósofo, condenar la esclavitud, ni en la de ningun legislador, atacarla por medio de leyes fundamentales ó de circunstancias.

Uno de los mas profundos filósofos de la antigüedad, Aristóteles, ha llegado á decir como todo el mundo sabe, *que habia hombres que nacian esclavos*, y nada es mas cierto. Bien sé que en nuestro siglo ha sido motejado este filósofo por esta asercion: pero mas hubiera valido comprenderle bien, que criticarle. Su proposicion está fundada en la historia entera, que es la política experimental, y sobre la naturaleza misma del hombre, que ha producido la historia.

Quien haya estudiado suficientemente esta triste naturaleza, sabe que *el hombre en general*, si se le abandona á sí mismo, *es demasiado malo para ser libre.*

Examine cualquiera al hombre en su propio corazon, y quedará convencido de que en todas partes don-

de la libertad civil pertenezca á todo el mundo, no habrá absolutamente medio, *sin algun socorro extraordinario*, de gobernar á los hombres como cuerpo de nacion.

Por ésto la esclavitud ha sido constantemente el estado natural de una gran parte del género humano, hasta el establecimiento del cristianismo; y como el sentido comun universal, conocia la necesidad de este órden de cosas, jamás fue combatido, ni por las leyes ni por el raciocinio.

Un gran poeta latino puso en la boca de César esta máxima terrible: *el género humano se ha hecho para algunos hombres* (1). Es verdad que esta máxima en el sentido que le da el poeta, se presenta bajo un aspecto maquiavélico y chocante: pero bajo otro punto de vista, es muy justa. En todas partes un pequeño nú-

(1) *Humanum paucis vivit genus.* Lucan. Phars.

mero de gentes, ha conducido siempre al mayor número, y es visto que sin una aristocracia, mas ó menos numerosa, la Monarquía no tendria bastante fuerza.

En la antigüedad el número de los hombres libres, era sumamente inferior al de los esclavos. Atenas contaba 40∂ esclavos y 20∂ ciudadanos (1). En Roma hácia el fin de la república, habia cerca de un millon y doscientos mil habitantes; y apenas se contaban dos mil propietarios (2), y esto solo, manifiesta la inmensa cuantidad que habia de esclavos. Un solo individuo tenia á veces muchos miles de hombres á su servicio (3); y en cierta ocasion se vieron egecutar cuatrocientos de una sola casa, en virtud de la horrible ley, que disponia en Roma que cuando un ciudadano romano fuese muer-

(1) Larcher sobre Herodote, lib. I. not. 258.
(2) *Vix esse duo millia hominum qui rem habeant* (Cic. de Officiis II. 21.)
(3) Juven. Sat. 3. 140.

to en su misma casa, todos los esclavos que habitasen bajo del mismo techo perdiesen la vida (1); y cuando se trató de dar á los esclavos un trage particular que los distinguiese, el senado lo rehusó *temiendo que ellos pudiesen contarse* (2).

Otras naciones prestarian en corta diferencia los mismos egemplos: mas es preciso no detenerse mucho; y además seria muy inútil probar largamente lo que nadie ignora, á saber, *que el universo hasta la época del cristianismo, siempre ha estado cubierto de esclavos, y que jamás los sabios han desaprobado este uso.* Esta proposicion es incontrastable.

Mas en fin la ley divina amaneció sobre la tierra; y al instante apoderándose del corazon del hombre, lo mudó de una manera, que debe ex-

(1) Tacit. Ann. XIV. 43. Los discursos pronunciados en el Senado sobre este punto son en extremo curiosos.

(2) Adam, Antigüedades romanas en inglés, in 8. London, pag. 35. et seq.

citar la eterna admiracion de todo verdadero observador. La Religion principió sobre todo á trabajar sin descanso, para abolir la esclavitud: cosa que ninguna otra Religion, ni legislador, ni filósofo se habian atrevido á emprender, ni aun á soñar. El cristianismo que obraba divinamente, por la misma razon obraba con lentitud: porque todas las operaciones legítimas de cualquier género que sean, se hacen siempre de una manera imperceptible. Por do quiera que se halle el ruido, el estrépito, la impetuosidad, las destrucciones, puede creerse con seguridad que el crímen ó la locura son los que obran.

La Religion pues abrió una campaña continua á la esclavitud, trabajando de un modo ó de otro, ya aquí ya allá, pero sin cansarse jamás; y los Soberanos conociendo, aunque sin apercebirse por qué razon, que el sacerdocio les aliviaba de una parte de sus penas y de sus temores, cedieron insensiblemente, y se

prestaron á sus miras benéficas.

En fin en el año 1167, el Papa Alejandro III. declaró en nombre del concilio, QUE TODOS LOS CRISTIANOS DEBIAN SER EXENTOS DE LA ESCLAVITUD. Esta ley sola DEBE HACER GRATA SU MEMORIA Á TODOS LOS PUEBLOS; y sus esfuerzos para sostener la libertad de Italia, deben hacer precioso su nombre á los italianos. En virtud de esta ley, mucho tiempo despues declaró Luis X. que todos los siervos que aun quedaban en Francia, debian ponerse en libertad.... Los hombres sin embargo, no volvieron á entrar sino por grados, y muy dificilmente EN SU DERECHO NATURAL (1).

(1) Voltaire, Ensayo sobre las cost. cap. 83. Aquí se ve que Voltaire corrompido por los sueños de su siglo, nos cita *el derecho natural del hombre á la libertad.* Yo celebraria saber cómo ha podido establecer este derecho contra los hechos, que testifican invenciblemente, *que la esclavitud es el estado natural de una gran parte del género humano, hasta la manumision SOBRENATURAL.*

Sin duda, *la memoria de este Pontífice debe ser grata á todos los pueblos.* Pertenecia legítimamente á tan sublimes cualidades, la iniciativa de tal declaracion: mas debe observarse que hasta el siglo 12 no tomó la palabra el Sumo Pontífice sobre este punto; y que declaró antes bien el derecho á la libertad, que la libertad misma: como tambien que no se usó para ello de violencias ni amenazas: nada de lo que se hace bien, se hace de prisa.

En cualquier parte que reyne otra Religion que la nuestra, la esclavitud es de derecho, y á medida que la Religion se debilite, la nacion llegará á ser á proporcion, menos susceptible de la libertad general.

Acabamos de ver el estado social conmovido hasta en sus fundamentos, porque en Europa habia demasiada libertad, y no habia bastante Religion. Aun habrá otras conmociones, y el buen órden no se establecerá sólidamente, hasta que la es-

clavitud ó la Religion sean restablecidas.

El gobierno solo no puede gobernar. Esta es una máxima que se hallará mas incontestable cuanto mas se medite sobre ella. Tiene pues neoesidad de valerse (como de un ministro indispensable) ó bien de la esclavitud, que disminuye el número de las voluntades que obran en el estado, ó bien de la fuerza divina, que por una especie de ingerto espiritual, neutraliza la natural aspereza de estas voluntades, y las pone en estado de obrar juntas sin perjudicarse.

El nuevo mundo nos ha dado un egemplo que completa la demostracion. ¿Qué no han hecho los misioneros católicos, es decir, los enviados del Papa, para extinguir la esclavitud, para consolar, para resanar y ennoblecer la especie humana en aquellos vastos paises? En todas partes donde se dejará obrar á esta autoridad, producirá los mismos efectos. Pero las naciones que la desco-

nocen, aunque sean cristianas, no deben tentar de abolir la esclavitud si aun subsiste en ellas, pues una gran calamidad política, seria infaliblemente la consecuencia de esta ciega imprudencia.

Mas no debe imaginarse que la Iglesia, ó el Papa, (ya hemos dicho que es lo mismo) no tenga otra mira en la guerra que tiene declarada á la esclavitud, sino la perfeccion política del hombre: pues se dirige á otra cosa mas alta, que es la perfeccion de la moral, de la cual la política es solo una derivacion. Donde reyne la servidumbre, no puede haber verdadera moral, á causa del imperio desordenado del hombre sobre la muger. Aun siendo esta dueña de sus derechos, y de sus acciones, es ya demasiado débil contra las seducciones que la rodean por todas partes; ¿pues qué seria si ni aun su propia voluntad la pudiera defender? La idea de la resistencia se desvaneceria: el vicio se conver-

tiria en deber; y el hombre gradualmente envilecido por la facilidad de los placeres, no podria elevarse á otro nivel que el de las costumbres de la Asia.

Mr. Buchanan que poco hace he citado, y de quien tomo con gusto otra cita nueva, igualmente justa que importante, ha observado muy bien, que *en todos los paises donde no reyna el cristianismo, se advierte una cierta tendencia á la degradacion en las mugeres* (1). Nada es mas evidentemente verdadero; y aun es muy posible asignar la razon de esta degradacion, que no puede ser combatida sino por un principio sobrenatural. Donde quiera que nuesto sexo pueda mandar el vicio, no puede haber ni verdadera moral, ni verdadera dignidad de costumbres. La muger que lo puede todo sobre el corazon del hombre, le devuelve toda la

(1) Christian, Investigaciones sobre la Asia, &c. por el R. Claudio Buchanan D. D. London 1812, pág. 56.

perversidad que recibe de él, y las naciones se corrompen en este *círculo vicioso*, del cual es imposible radicalmente que salgan por sus propias fuerzas.

Por una operacion del todo contraria, aunque muy natural; el medio mas eficaz de perfeccionar al hombre, es el de ennoblecer y exaltar á la muger; y para esto, solo el cristianismo trabaja sin descanso, con un acierto infalible, capaz solamente de aumento ó diminucion, segun el género y la multilud de los obstáculos, que puedan contrariar su accion. Pero este poder inmenso y sagrado del cristianismo, será nulo, si no se halla concentrado en una mano única, que lo egerza y lo haga valer. Lo mismo es el cristianismo diseminado por todo el globo, que una nacion, que no tiene existencia, accion, poder, consideracion, y ni aun nombre, sino en virtud de la soberanía que la da una personalidad moral entre los pueblos.

La muger es mas deudora que el hombre al cristianismo: pues este la da la dignidad que tiene. La muger cristiana es verdaderamente un ente *sobrenatural*: pues que el cristianismo la levanta y mantiene en un estado que no la es *natural*. Mas con qué servicios inmensos no paga esta especie de ennoblecimiento!

De este modo el género humano es en gran parte siervo, y no puede salir de este estado sino *sobrenaturalmente*. Con la servidumbre no puede haber moral propiamente dicha: sin el cristianismo, no hay libertad general; y sin el Papa no hay verdadero cristianismo: es decir, cristianismo operador, poderoso, convertidor, regenerante, conquistador, perfeccionador. Pertenecia pues al Sumo Pontífice proclamar la libertad universal: así lo hizo; y su voz resonó en todo el universo. Él solo hizo posible esta libertad, por su cualidad de Gefe único de esta Religion, que es la sola capaz de amansar las voluntades,

y que solo por mano del Pontífice podia desplegar todo su poderío. Al presente seria menester estar ciego, para no ver que en Europa se debilitan todas las soberanías; y que por todos lados van perdiendo la confianza y el amor. Las sectas y el espíritu particular, se aumentan de un modo asombroso; y así es preciso purificar las voluntades, ó encadenarlas. No hay medio. Los Príncipes disidentes que tienen aun en sus estados la servidumbre, deberán conservarla, ó perecerán. Los demás serán conducidos ó á la servidumbre ó á la unidad....

¿Mas quién me asegura que viviré mañana? Quiero pues escribir hoy un pensamiento que me ocurre sobre este punto de la esclavitud, aunque esto sea salirme de mi asunto, bien que me parece que no.

¿Qué viene á ser el estado religioso en los paises católicos? La esclavitud ennoblecida (1). A la insti-

(1) Uno de los antiguos jurisconsultos que ya no se lee, aunque se le debe mucho, ha dicho

tucion antigua que en sí misma era útil por muchos respectos, añade este estado una multitud de ventajas particulares, al paso que le quita todos los abusos. En vez de envilecer al hombre el voto de la Religion, lo santifica. En lugar de sujetarlo á los vicios de otro, lo liberta de ellos; y sometiéndolo á una persona por eleccion, lo declara libre respecto de los demás, con quienes en adelante nada tendrá que ver.

Siempre que se puedan amortiguar las pasiones, sin degradar á los sugetos, se hace un servicio inapreciable á la sociedad: pues que se descarga al Gobierno del cuidado de velar á aquellos hombres, de emplearlos, y sobre todo de pagarlos. Jamás hubo idea mas feliz que la de reunir ciudadanos pacíficos que trabajan, oran, estudian, escriben, hacen

con razon: *omnia jura loquentia de servis habent locum etiam in monachis, in his scilicet quæ possunt monacho adaptari.* (Baldus in leg. servus 4. cod. com. de succes.)

limosna , cultivan la tierra , y nada piden á la autoridad pública; y esta verdad se hace particularmente sensible y manifiesta , en este momento en que de todos lados se ven caer multitud de hombres en los brazos del Gobierno, que no sabe qué hacerse de ellos.

Una juventud impetuosa, innumerable , libre por su desgracia, ansiosa de distinciones y de riquezas, se precipita á enjambres en la carrera de los empleos. Todas las profesiones imaginables, tienen cuatro ó cinco veces mas candidatos de los que necesitarian. No se encontrará en Europa una oficina, donde no se haya doblado ó triplicado el número de los empleados, de cincuenta años á esta parte. Dicen que los negocios se han aumentado: pero los hombres son los que crean los negocios , y demasiados los que se mezclan en ellos. Todos se arrojan de una vez sobre el poder, y sobre las funciones, fuerzan todas las puertas, y obligan á la creacion

de nuevas plazas. Hay demasiada libertad, demasiado movimiento, demasiadas voluntades desencadenadas en el mundo.

¿De qué sirven los religiosos? Esto dicen muchos imbéciles. Pero que ¿no se puede servir al estado sin tener un empleo? ¿Es poca cosa el beneficio que se hace encadenando las pasiones, y neutralizando los vicios? Si Robertspierre en lugar de hacerse abogado, se hubiera hecho capuchino, se hubiera dicho tambien de él viéndole pasar, *Dios mio! de qué sirve este hombre?*

Mil escritores han puesto en toda su evidencia, los muchos servicios que el estado religioso hacia á la sociedad: mas yo creo que será útil hacerlo ver por el lado que menos se ha mirado; y que á la verdad no es el menos importante, á saber, como dueño y director de un gran número de voluntades, y como suplente inapreciable del Gobierno, cuyo mayor interés es el de moderar el

movimiento intestino del estado, y aumentar el número de los hombres que nada le piden.

En el dia, gracias al sistema de independencia universal, y al inmenso orgullo que se ha apoderado de todas las clases, todo hombre quiere pelear, juzgar, escribir, administrar gobernar. Se pierde la imaginacion en el turbillon de los negocios, y gime bajo el peso enorme de los escritos. La mitad del mundo se emplea en gobernar la otra mitad, y no puede conseguirlo.

CAP. III.

Institucion del Sacerdocio. Celibato de los Clérigos.

§. 1.°

Tradiciones antiguas.

En la Iglesia católica no hay dogma, ni aun uso alguno general, per

teneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raices en lo mas profundo de la naturaleza humana; y por consiguiente en alguna opinion universal, mas ó menos alterada en este ó en el otro pais, pero no obstante comun en su orígen, á todos los tiempos y á todos los pueblos.

Desenvolver esta proposicion, prestaría materia suficiente para una obra interesante: mas yo no creo apartarme sensiblemente de mi asunto, si doy un solo egemplo de este acuerdo maravilloso; y así elegiré la confesion, únicamente para hacerme entender mejor.

¿Qué cosa hay mas natural en el hombre, que este movimiento de un corazon *que se inclina hácia otro para depositar en él un secreto* (1)? Un desgraciado que se halla despedazado su interior por el remordimiento, ó por la pena; necesita de un amigo,

(1) Expresion admirable de Bossuet en su oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra. La Harpe la alaba mucho en su Liceo.

de un confidente que lo escuche, que lo consuele, y alguna vez tambien que lo dirija. El estómago que encierra algun veneno, y que se pone en convulsion para arrojarle, es la imágen mas natural de un corazon, donde el crímen ha introducido su veneno. Sufre, se agita, y entra en convulsion hasta encontrar el oido de la amistad, ó á lo menos el de la benevolencia.

Mas cuando de la confianza pasamos á la confesion, y que esta se hace en manos de la autoridad; la conciencia universal reconoce en esta confesion espontánea, una fuerza, por decirlo así, expiadora, y un mérito acreedor á la gracia. Sobre este punto no hay mas que un modo de pensar generalmente, desde la madre que pregunta á su niño acerca de un plato roto, ó un dulce que ha comido sin licencia, hasta el juez que sentado en su tribunal interroga á un ladron ó un asesino.

Muchas veces el culpado, obligado por su propia conciencia, rehusa la

impunidad que hallaria en el silencio. Por yo no sé qué instinto misterioso, aun mas fuerte que el de la conservacion; parece que busca la pena que podria evitar; aun en los casos donde no puede temer ni los testigos ni el tormento, se le oye decir: *Sí: yo soy el culpado!* y pudieran citarse legislaciones misericordiosas, que en semejantes casos confian á los Magistrados superiores el poder de moderar los castigos, aun sin recurrir al Soberano.

Independientemente de toda idea sobrenatural, no puede menos de reconocerse en la simple confesion de nuestras faltas, alguna cosa que sirve infinito para establecer en el hombre la rectitud de corazon y la simplicidad de conducta (1). Además como todo crímen es por su naturaleza una razon para cometer otro, toda confesion voluntaria es tambien por su naturaleza una razon para corregirse, que

(1) Berthier sobre los salmos, tom. I. p. 31.

liberta al culpado de la desesperacion y del endurecimiento: porque el crímen no puede permanecer en el corazon del hombre, sin conducirle á uno ú otro de estos dos abismos.

¿*Sabeis* (decia Séneca) *por qué ocultamos nuestros vicios? Porque estamos encenagados en ellos. Luego que los confesemos, nos curaremos* (1).

Nos parece oir á Salomon que dice al culpado: *el que oculta sus crímenes perecerá: pero el que los confiesa y se aparta de ellos, obtendrá misericordia* (2).

Todos los legisladores del mundo han conocido estas verdades, y las han aplicado al beneficio de la humanidad. Moysés se halla á la cabeza de todos, y establece en sus leyes una

(1) ¿*Quare sua vitia nemo confitetur? Quia in illis etiamnum est, vitia sua confiteri, sanitatis indicium est.* Sen. epist. mor. 53. — Creo que en nuestros libros piadosos no pueden hallarse mejores consejos para la eleccion de un director, que los que pueden leerse en la antecedente epístola de este mismo Séneca.

(2) Prov. XXVIII. 13.

confesion expresa, y aun pública (1).

El antiguo legislador de las Indias ha dicho: *el hombre que ha cometido un delito, cuanto mas verdadera y voluntariamente lo confiesa, tanto mas se desembaraza de él, como la serpiente cuando deja toda su piel antigua* (2).

Como estas ideas han existido en todos tiempos, se ha hallado la confesion establecida en todos los pueblos que habian conocido los misterios *Eleusinos;* (ó de Ceres) y así se la ha encontrado en el Perú, entre los brahmas, entre los turcos, en el Tibét y en el Japon (3).

(1) Levit. V. 5. 15. et 18. VI. 6. Núm. V. 6. et 7.

(2) Á continuacion añade: *pero si el pecador quiere obtener una plena remision de su pecado, que evite sobre todo la recaida.* (Leyes de Menu, hijo de Brahma, en las obras del caballero Guillermo Jones, en 4. tom. 3. cap. 11. núm. 64. y 233.)

(3) *Carli*, *Lettere Americane*, tom. I. lect. 19. Extracto de los viages de Effremoff en el diario del Norte. S. Petersb. Mayo de 1807 número 18. pág. 335. — Feller Cath. filos. tom. 3. núm. 501., &c.

Y ¿sobre este punto qué ha hecho el cristianismo? Ha manifestado ó descubierto el hombre al hombre, se ha apoderado de sus inclinaciones, de sus creencias eternas y universales, ha puesto en claro sus fundamentos antiguos, los ha desembarazado de toda mancha, de toda mezcla extraña, los ha honrado imprimiendo en ellos un sello divino; y sobre estas bases *naturales* ha establecido su teoría *sobrenatural* de la penitencia, y de la confesion sacramental.

Lo que digo de la penitencia podia decirse de todos los demás dogmas del cristianismo católico: pero un egemplo basta; y espero que por esta especie de introduccion, se dejará conducir naturalmente el lector á lo que sigue.

Ha sido una opinion comun en todos tiempos, en todos paises, y en todas religiones, *que en la virtud de la continencia hay alguna cosa de celestial, que exalta al hombre, y lo hace agradable á la Divinidad, y por con-*

secuencia necesaria, que toda funcion sacerdotal, todo acto religioso, toda ceremonia santa concuerda poco, ó no concuerda nada con el uso, aun legitimo, de las mugeres.

No hay legislacion en el mundo que sobre este punto no haya atado á sus Ministros de alguna manera; y que aun respecto de los demás hombres, no haya acompañado las oraciones, los sacrificios, las ceremonias solemnes, con alguna abstinencia de este género, mas ó menos severa.

El sacerdote hebreo no podia casarse con muger repudiada, y el gran sacerdote ni aun podia casarse con viuda (1). El Talmud añade, que tampoco podia tener dos mugeres, aunque la poligamia estaba permitida para el resto de la nacion (2), y todos debian estar puros para entrar en el santuario.

Los sacerdotes egipcios no tenian

(1) Levit. XXI. 7. 9. 13.
(2) Talm. in Massechta Jona.

mas que una muger (1) y el hierofante ó intérprete de los ritos entre los griegos, estaba obligado á guardar el celibato, y la mas rigorosa continencia (2).

Orígenes nos enseña lo que hacia el hierofante para poder guardar su voto (3): con lo que nos confiesa expresamente la antigüedad, cuánta era la importancia de la continencia en las funciones sacerdotales, y cuán poco poderosa la naturaleza humana, reducida á sus propias fuerzas.

Los sacerdotes tanto en Etiopia como en Egipto, estaban en reclusion y guardaban el cèlibato (4); y

(1) Phil. apud Cunæum de Rep. Hebr. Elzevir, 16. pág. 190.

(2) Antigüedades griegas de Potter, tom. I. pág. 183 y 356.— Cartas sobre la hist., &c. tomo 2. pág. 571.

(3) Contra Celsum cap. 7. núm. 48. Vid. Diosc. lib. 4. cap. 79. Plin. hist. nat. lib. 35 capít. 13.

(4) Briant. mitolog. explan. in 4. tom. 1. págin. 281. tom. 3. pág. 240. segun Diodoro de Sicilia. Porphyr. de abst in. lib. 4. pág. 364.

Virgilio hace brillar en los campos Eliseos:

El sacerdote que siempre fue casto (1).

Las sacerdotisas de Ceres, en Atenas, donde las leyes las concedian la mayor importancia, eran escogidas por el pueblo, se alimentaban á las expensas del público: estaban consagradas para toda su vida al culto de la diosa, y obligadas á vivir en la mas austera continencia (2).

Así pensaba todo el mundo conocido. Pasaron muchos siglos y se en-

(1) *Quique sacerdotes casti dum vita manebat.* Virgil. En. 661.— Heyne que creyó ver en este verso la condenacion formal de un dogma de Gottinga, le añadió una nota graciosa. *Esto se entiende* (dice) *de los sacerdotes que llenaron sus deberes* CASTE, PURE, *ac* PIE, (es decir escrupulosamente) *durante su vida. De este modo Virgilio no es reprensible.* ITA NIHIL EST QUOD REPREHENDAS. (London 1793 in 8. tom. 2. págin. 741.) Así pues, si se digese de un zapatero, *que era casto*, esto significaria, segun Heyne, *que hacia muy bien los zapatos.* Sea esto dicho sin faltar al respeto que se merece la memoria de este hombre ilustre.

(2) Cartas sobre la hist., tom. 2. pág. 577.

contraron las mismas ideas en el Perú (1).

¿Cuánto no han estimado, y qué honores no han tributado todos los pueblos del universo á la virginidad? Aunque el matrimonio sea el estado natural del hombre en general; y tambien un estado santo, segun la opinion igualmente general; no obstante, se ve constantemente manifestarse en todas partes, un cierto respeto hácia una persona vírgen, y se la mira como un ente superior: de modo que cuando pierde esta cualidad, aunque sea legítimamente, parece que se degrade. Las mugeres prometidas en Grecia, debian hacer un sacrificio á Diana, para expiar esta especie de profanacion (2). La ley habia establecido en Atenas misterios particulares, relativos á esta ceremo-

(1) *I sacerdoti nella settimana del loro servizio si astenevano dalle Mogli.* (Carli Lett. Americ., tom. 1. lib. 19.)

(2) Véase el Escoliaste de Teócrito sobre el verso 66. del 2. idilio.

nia religiosa (1). Las mugeres los observaban con mucho rigor, y temian la cólera de la diosa si llegaban á descuidarse en ellos (2).

Las vírgenes consagradas á Dios se hallan en todas partes, y en todas las épocas del género humano. ¿Hay alguna cosa en el mundo mas célebre que las Vestales? Pues, *con el culto de Vesta brilló el imperio romano, y con su caida cayó* (3).

En el templo de Minerva de Atenas, se habia conservado el fuego sagrado lo mismo que en Roma, por medio de las vírgenes; y estas mismas Vestales se encuentran en otras naciones, especialmente en las In-

(1) Ibid.

(2) Cualquiera que conozca las costumbres antiguas, no preguntará sin admiracion, qué sentimiento interior era el que establecia estos misterios, y tenia la fuerza para persuadir su importancia. Es preciso que este tenga alguna raiz. Mas ¿dónde la hallaremos humanamente?

(3) Con estas memorables palabras termina la memoria sobre las Vestales, que se lee en las de la academia de las inscripciones y bellas letras de París, tom. 5. en 12. por el Abate Naudal.

dias (1) y en el Perú, donde es muy digno de notarse que la violacion de su voto, se castigaba con el mismo suplicio que en Roma (2); y la virginidad estaba considerada allí como un carácter sagrado, igualmente agradable al Emperador que á la Divinidad (3).

En la India la ley de Menú declara, que todas las ceremonias prescritas para los matrimonios, deben entenderse con las que son vírgenes, pues las que no lo son están excluidas de toda ceremonia legal (4).

(1) Véase el Herodoto de Larcher tom. 6. pág. 133. — Carli Lest. Amer. tom. 1. lect. 5. et tom. 1. lect. 26 pág. 458. — Not. Procop. lib. 2. de bello persic.

(2) Carli, ibid. tom. I. lect. 8. — El traductor de Carli asegura que el castigo de las Vestales en Roma solo era fingido, y que ninguna de ellas se quedaba en el subterráneo, (tom. I. lect. 9. pág. 114. not.) mas no cita ninguna autoridad. Bien pudiera creerse que algunos Pontífices poco escrupulosos, hayan tomado voluntariamente este engaño sobre sus conciencias.

(3) Carli, ibid. tom. I. lib. 9.

(4) Leyes de Menu, cap. 8. núm. 226. Obras del cabellero Jones, tom. 3.

El voluptuoso legislador de Asia tambien nos dice: *Los discípulos de Jesus guardaron la virginidad, sin que les hubiese sido prescrita,* Á CAUSA DEL DESEO QUE TENIAN DE AGRADAR Á DIOS (1). *La hija de Josafat conservó su virginidad: Dios le inspiró su espíritu : ella creyó las palabras de su Señor, y las escrituras:* ERA DEL NÚMERO DE LAS QUE OBEDÊCEN (2).

¿De dónde viene pues este sentimiento universal? ¿Dónde habia aprendido Numa que para que las Vestales fuesen *santas* y *venerables*, era preciso prescribirlas la virginidad (3)?

¿Por qué Tácito tomando con anticipacion el estilo de nuestros teólogos, nos habla de aquella respetable *Occia*, que habia presidido durante cincuenta y siete años el colegio de las Vestales, *con una eminente santi-*

(1) Alcoran, cap. 57.
(2) Ibid., cap. 56.
(3) *Virginitate aliisque ceremoniis venerabiles ac sanctas fecit.* (Tit. Liv. I. 29.)

dad (1)? ¿y de dónde venia en fin aquella persuasion general entre los romanos, de que si una Vestal usaba del permiso que la daba la ley, para poder casarse despues de treinta años de egercicio, *esta especie de casamientos nunca eran felices* (2)?

Si de Roma nos transportamos á la China, encontramos tambien religiosas sujetas á la virginidad, sus casas ó conventos están adornados con varias inscripciones, que les da el mismo Emperador, el cual no concede esta prerogativa sino á aquellas que han permanecido en aquel estado durante cuarenta años (3).

Así como hay religiosos y religio-

(1) *Occia quæ septem et quinquaginta per annos summa sanctimonia Vestalibus sacris præsederat.* (Tacit. ann. II. 86.)

(2) *Etsi antiquitus observatum infaustas fere et parum lætabiles eas nuptias fuisse.* (Just. Lip. Syntagma de Vest. cap. 6.) Es conveniente observar aquí, que Justo Lipsio lo refiere sin poner duda alguna.

(3) M. de Guignes, viage á Pekin, in 8. tom. 2. pág. 279.

sas en la China, tambien los hay entre los megicanos (1). ¡Qué maravilloso acuerdo entre naciones tan diferentes de costumbres, de lengua, de carácter, de religion y de clima! Pero aun debe sorprender mas lo siguiente.

Entre los antiguos habia una creencia bastante general, de que la divinidad se encarnaba de tiempo en tiempo, y venía bajo de una forma humana, para instruir ó consolar á los hombres. Esta especie de apariciones se llamaban *Theofanias* entre los griegos; y en los libros sagrados de los brahmas se llaman *Avantaras;* y estos mismos libros declaran que cuando un Dios se digna visitar de este modo al mundo, toma carne en el seno de una vírgen, sin que haya mezcla de sexos (2): los antiguos hebreos tenian la misma idea sobre el futu-

(1) Idem, tom. 2. pág. 367 y 368. — Mr. de Humbold, vista de las Cordilleras, &c. in 8. París, 1816 tom. 1. pág. 237 y 238.

(2) Suplemento á las obras del caballero Jones in 4. tom. 2 pág. 648.

ro Mesías (1); y segun los Japones, su gran Dios Jaca era nacido de una Reyna, que no habia tenido comercio con ningun hombre (2).

Los maceniques, pueblos del Paraguay que habitan junto al gran lago *Zarayas*, contaban á los misioneros *que en otro tiempo una muger de la mas rara belleza, parió del mismo modo un hermoso niño, que cuando llegó á ser hombre, hizo insignes milagros en el mundo, hasta que un dia, en presencia de muchos discipulos suyos se elevó por los ayres, y se transformó en este sol que ahora vemos* (3).

Los chinos generalizan aun mas esta doctrina. Segun ellos, *los santos, los sabios, los libertadores de los pue-*

(1) Berthier sobre Isaías, in 8. tomo 1. págin. 293.

(2) Vida de San Francisco Javier por el P. Bauhours, París 1787. tom. 2. 1. V. in 12. págin. 5.

(3) Muratori, *Christianesimo felice.* Venet. 1752 tom. 1. cap. 5.

blos, nacen de una virgen (1). *De este modo nació Heou-tsi, Gefe de la dinastía de los Tcheou.* KIANG-YUEN *su madre, que habia concebido* POR LA OPERACION *de Chang-ty, parió su primogénito sin dolor y sin mancha.* Los poetas chinos exclaman: *¡Qué brillante prodigio! ¡Qué milagro divino! Pero Chang-ty no tiene mas que hacer sino querer. ¡Ó grandeza! ¡Ó santidad de Kiang-Yuen! Lejos de ella el dolor y la mancha* (2).

Despues de la virginidad, el estado de viudéz es el que ha merecido mayor respeto entre los hombres; y es muy digno de notar, que entre los muchos elogios prodigados á este estado, por toda especie de escritores, no se encuentra que se haya tenido nunca en consideracion el interés de

(1) Memor. de los Mision. in 4. tom. 9. págin. 387. — Mem. del P. Cibot.

(2) Memor. de los Mision. id. id. note. — Yo no presento comentario alguno sobre estos textos: pues como no se trata aquí de disertar, cada uno es libre de pensar como quiera acerca de ellos.

los hijos, que no obstante es muy evidente. La santidad sola es la que se ha elogiado, y la política se ha olvidado siempre.

Bien conocida es la importancia que daban los hebreos al matrimonio, y la ignominia con que miraban la esterilidad. Se sabe que en sus ideas la primera bendicion era la de la *perpetuidad* de las familias. ¿Por qué pues por egemplo, los grandes elogios dados á Judit *por haber sabido unir la castidad á la fuerza, y por haber pasado ciento y cinco años en la casa de Manases su esposo, sin haberle dado sucesores?* Todo el pueblo que esta muger salvó, le canta este coro: *vos sois la alegría y el honor de nuestro pueblo, porque habeis obrado con un valor varonil; y vuestro corazon se ha afirmado, porque habeis amado la castidad; y que despues de haber perdido vuestro marido, no habeis querido desposaros con otro* (1).

(1) Judith XV. 10. 11. — XVI. 26.

Pues cómo es esto! ¿Acaso la muger que se vuelve á casar, peca *contra la castidad?* De ningun modo: mas parece que *renuncia á la santidad*; y si esta última gloria la anima, será alabada en todos tiempos y en todos los puntos del globo, á pesar de todas las preocupaciones contrarias.

En el *Veda* jamás se hace mencion del casamiento de una viuda, y la ley en la India excluye de la sucesion de sus colaterales, al hijo nacido del tal matrimonio (1).

Menú grita á sus discípulos: *huid del hijo de una muger que se haya casado dos veces* (2); y mientras yo medito sobre los textos de la venerable Asia, Kolbé me enseña que *entre los otentotes la muger* que se vuelve á casar, está obligada á cortarse un dedo (3).

(1) Leyes de Menú, en las obras de Jones, tom. 3. cap. 9. núm. 57. y 155.

(2) Ibid. cap. 3. núm. 155.

(3) Kolbe, descripcion del cabo de Buena Esperanza, Amst. 1741, 3. vol. in 8.

Entre los Romanos se hallaba hacerse el mismo honor á la viudez, y mirarse con muy poco aprecio las segundas nupcias; y esto aun cuando en la declinacion del imperio habian casi desaparecido las antiguas costumbres: pues vemos á la viuda de un Emperador, que deseando tomarla otro por esposa, declaró *que seria sin egemplo, y sin excusa, que una muger de su nombre y de su clase contragese segundo matrimonio* (1).

Mas nadie ha expresado mejor la opinion romana sobre este punto, que Propercio en su última elegía, con tanta gracia como interés y sensibilidad.

Una dama romana de la mayor

(1) Esta muger fue Valeria, viuda de Maximiano, á quien Maximino quiso tomar por esposa: mas ella respondió entre otras cosas: *postremo nefas esse illius nominis ac loci fæminam sine more, sine exemplo maritum alterum experiri.* (Lact. de morte persec., cap. 39.) Seria muy inutil decir, que *esto era una excusa*: porque la excusa se hubiera tomado de las costumbres y de la opinion; y precisamente de la opinion y de las costumbres es de lo que se trata.

distincion acababa de fallecer. *Cornelia* por su nombre y *Paula* por el de su marido, unía á estos dotes de la fortuna, el mérito de una conducta irreprensible. Su muerte prematura habia hecho grande sensacion; y el poeta que quería celebrar las virtudes de Paula, imaginó dar á su elegía una forma dramática, y haciendo comparecer á Paula, y que esta tome la palabra para dirigirla á su esposo, se esconde el poeta enteramente detras de esta amable sombra.

La desgraciada esposa ve de una sola ojeada, la hacha que se encendió en el dia de sus bodas, y la otra que precedia á su convoy fúnebre; y jura por sus antepasados, y por cuanto estima por mas sagrado en el mundo, que entre estos dos términos no la acusa su conciencia de la menor debilidad:

Me he conservado ilesa entre los dos incendios (1).

(1) Nec mutata mea est ætas, sine crimine tota est.

Toda su gloria la funda en este matrimonio, en este amor único, en esta fe jurada á su tierno esposo una vez para siempre:

Al féretro pasé desde tu cama
Grábese en mi sepulcro, un solo esposo tuvo (1).

En seguida se vuelve á mirar á su querida hija y la dice:

Imítame, hija mia, da tu mano á uno solo (2).

Yo dudo que jamás se hayan expresado mejor ni con mas viveza, los sentimientos del deber, y el respeto á la buena opinion.

Mas esta misma universalidad que hace poco admirábamos, se vuelve á encontrar aquí, y la China piensa lo mismo que Roma. Allí se venera la honrada viudéz, hasta el punto de

Viximus insignes inter utramque facem.
(Sext. Aur. Prop. eleg. IV. 12. v. 44. et 45.)

(1) Jungor, Paule, tuo sic discessura cubili;
In lapide hoc, uni juncta fuisse legar.
(Ibid. 35. et 36.)

(2) Fac teneas unum, nos imitata, virum.
(Ibid. 68.)

hallarse muchos arcos de triunfo, elevados para perpetuar la memoria de las mugeres que permanecieron viudas (1).

El estimable viagero, heredero legítimo de un nombre ilustre en las letras, que nos instruye de estos hechos, se extiende despues en reflexiones filosóficas, sobre una grande contradiccion que advierte en el espíritu humano. *¿Cómo es posible* (dice) *que los chinos que tienen por una desgracia morir sin posteridad, honran al mismo tiempo el celibato de las mugeres? ¿Cómo pueden conciliarse ideas tan incompatibles? Pero tales son los hombres*, &c. (2)

Qué lástima! Esto es cantarnos las letanías del siglo 18. ¡Cuán difícilmente se evita esta especie de seduccion! Montesquieu por no oponerse á los errores que lo rodeaban, tambien ha tenido la debilidad de afirmar *que el cristianismo impide la*

(1) Mr. de Guignes, viage á Pekin, &c. tomo 2. pág. 183.

(2) Ibid. ibid.

poblacion, *exaltando la virginidad*, *honrando la viudéz*, *y favoreciendo las penas contra las segundas nupcias* (1).

Pero en el mismo libro, desembarazado el autor, yo no sé cómo, de esta desgraciada influencia, y hablando solo segun su modo de pensar, pronuncia claramente esta grande máxima moral y política: *que la continencia pública*, *está naturalmente unida á la propagacion de la especie humana* (2).

Nada es mas incontestable; y así, no se trata aquí de explicar *las contradicciones del espíritu humano*, pues sobre ello no las hay. Las naciones que favorecen la poblacion, y que honran la continencia, están de acuerdo perfectamente consigo mismas, y con el sentido comun.

Pero haciendo abstraccion del problema de la poblacion, que ya ha dejado de ser problema, volvamos al dogma eterno del género humano: *que nada es*

(1) Espíritu de las leyes, lib. 23. cap. 21.
(2) Montesquieu, ibid. lib. 23. cap. 2.

mas agradable á Dios que la continencia; y que no solamente toda funcion sacerdotal (como lo acabamos de ver) *sino aun todo sacrificio, toda plegaria, todo acto religioso, exigia preparaciones mas ó menos conformes á esta virtud.*

Ya hemos dicho las condiciones que se imponian al sacerdote hebreo, que debia entrar en el santuario. Entre las naciones paganas, los simples iniciados eran tratados con igual severidad. Para ser admitidos á los misterios, debian guardar continencia, y aun tenian suspendidos los derechos de esposos (1).

Los romanos cuando debian sacrificar, estaban sujetos á la misma preparacion (2). Esta era la ley de Jerusalen, ¿y de dónde venia este comun acuerdo?

(1) Antig. descub. por sus usos., lib. 3. c. I.

(2) *Sacris operaturi romani uxoribus abstinebant, ut erudite ostendit Brissonius in opere de formulis: abstinebant et judei.* (Huet. Dem. evang. in 4. tom. 1. prop. 4. cap. 2. n. 4.)

Todo el mundo conoce el espíritu general del islanismo. Sin embargo Mahoma manda á sus sectarios, que se separen de sus mugeres los dias de fiesta, y aun durante toda la peregrinacion (1). Así les dice: *O vosotros! los que creeis en Dios, si os habeis acercado á vuestras mugeres, purificaos antes de orar* (2).

El indio que quiere guardar la fiesta *nerpou tironnal* (en honor del fuego) debe ayunar y privarse de su muger (3).

Bien sabida es la especie de cuaresma prescrita en el culto de Ceres, de Baco, y de Isis; y todas las memorias clásicas han repetido, las quejas que los poetas eróticos dirigian á estas deidades exigentes. Ovidio se lamenta seriamente *de que las amigas de Tíbulo no hayan podido prolongarle la vida, privándose de él al-*

(1) Alcoran, cap. 1.
(2) Ibid., cap. 5.
(3) Sonnerat, viage á las Indias, pág. 248.

gunas veces (1)*: casi llega á dudar de la existencia de unos dioses que dejan morir á los hombres de bien* (2)*, y en fin exclama: Vivid piadosos y morireis piadosos* (3); y en otra parte recuerda la privacion general, que señalaba la llegada anual de las fiestas de Ceres (4), olvidando todo lo de-

(1) Quid vos sacra juvant? Quid nunc ægiptia prosunt
Sistra? Quid in vacuo secubuisse toro?
Ovid. Am.

(2) Quum rapiant mala fata bonos (ignoscite fasso).
Sollicitor nullos esse putare deos.
Ibid. 35. et 36.

(3) Vive pius, moriere pius, cole sacra, colentem
Mors gravis a templis in cava busta trahet.
Ibid. 37. et 38.

De manera que los dioses eran inexcusables de dejar morir á hombres tan *santos* como Tíbulo. En París no se discurriria mejor. Véanse no obstante los dogmas eternos, que siempre permanecen á pesar de estas extravagancias. 1. Abstinencia, privaciones, sacrificios por la salvacion de otro. 2. Piedad, mérito de la abstinencia.

(4) Annua venerunt Cerealis tempora festi
Secubat in vacuo sola puella toro.
(Am. III. X., 1. 2.)

más que mira como cosas simplemente accesorias.

Baco, sin embargo de ser un Dios tan alegre, era tan inexorable como Ceres sobre este punto. En la víspera de los misterios báchicos, Hércules y Omfal se someten á la ley rigorosa, *porque al dia siguiente al rayar la aurora deben estar* PUROS *para sacrificar* (1), y este cuento poético está fundado sobre la tradicion universal, y sobre las leyes sagradas de las naciones mas civilizadas. Las damas atenienses admitidas á celebrar estos misterios, juran solemnemente que tienen fe, que nada tienen que reprenderse, y en fin que están en el estado prescrito por la ley (2). De-

(1) Sic epulis functi, sic dant sua corpora somno,
Et positis juxta secubuere toris.
Causa, repertori vitis quia sacra parabant;
Quæ facerent pure, cum foret orta dies.
(Fast. II. 325. et seq.)

(2) La edicion Variorum sobre este verso de Ovidio, *causa repertori*, &c. ha citado una fórmula griega, y yo debo fiarme en el comenta-

móstenes nos ha conservado la fórmula de este juramento.

Los filósofos hablan como los poetas. *Pongamos mucho cuidado* (nos dice el sabio Plutarco) *de entrar por la mañana en el templo, y de poner nuestra mano en los sacrificios, inmediatamente despues de haber usado de nuestros derechos; porque no seria decente, sin interponer la noche y el sueño, á fin de que hubiese un intervalo suficiente. ASÍ NOS PRESENTAREMOS PUROS Y LIMPIOS, CON PENSAMIENTOS ENTERAMENTE NUEVOS* (1).

Demóstenes aun es mas severo: *Para mí* (dice) *estoy persuadido que el que debe acercarse á los altares, ó poner su mano en las cosas santas, debe ser no solamente casto durante un número determinado de dias, sino que debe haberlo sido durante toda su*

dor de Ovidio, que seguramente no ha inventado este pasage.

(1) Plut. Symp. lib. 3. cuest. 7. trad. de Amiot.

vida, y no haberse entregado jamás á prácticas viles (1).

La creencia sobre este punto estaba tan radicada en todos los espíritus, que aun para iniciar á un hombre en las ceremonias mas escandalosas, y en los misterios mas infames, se exigia de él como una preparacion indispensable la continencia preliminar y rigorosa: como puede verse en la aventura romana de las bacanales que cuenta Tito Livio (2).

Tal era la opinion universal del antiguo mundo. Cuando los navegantes del siglo 15 descubrieron un mundo nuevo, hallamos en el nuevo emisferio las mismas opiniones. En el Perú se celebraba el primer dia de la luna de Setiembre despues del equinoccio, una fiesta solemne llamada *el Cancu*, reducida á una purifica-

(1) Demosth. contra Timocratem, edic. griega de Venecia, 1541, in 8. fol. 332.

(2) Tit. Liv. hist. lib. 39. cap. 39. et seq.

cion religiosa del alma y del cuerpo; y su preparacion era la misma (1); y mientras que las naciones que han llegado ya á un cierto grado de civilizacion, convienen con las del antiguo continente en certificarnos este dogma universal, vemos que el Huron y el Irroqués que apenas son dignos del título de hombres, nos declaran desde la otra extremidad del nuevo continente, que es un crímen no observar la continencia, durante las veinte y cuatro horas que preceden á la ceremonia *del Calumet* (2).

La antigüedad no dice al hombre que piensa acercarse á los altares: *examinaos bien, y si por desgracia habeis muerto, robado, conjurado, calumniado, ó difamado á alguno, retiraos.* No. Cuando se trata de los Dioses y de los altares, se creeria

(1) Ceremonias religiosas de todos los pueblos. París, 1741 in fol. tom. 7. pág. 187.

(2) Makensie, viage al norte de la América.

que no habia mas que un solo vicio, y una sola virtud (1).

Jerusalem, Memfis, Atenas, Roma, Benarés, Quito, Mégico, y las chozas salvages de la América, levantan su voz de concierto para proclamar el mismo dogma. Esta idea eterna, comun á naciones tan diferentes, y que jamás han tenido punto de contacto, ¿no es natural? ¿No pertenece necesariamente á la esencia espiritual, que hace que seamos lo que somos? ¿Dónde la hubieran aprendido todos los hombres, si no fuese innata?

Y esta teoría parecerá tanto mas divina en su principio, cuanto contrasta mas evidentemente con la moral práctica de la antigüedad, que estaba corrompida hasta el exceso, y que arrastraba al hombre á toda especie de desórdenes, sin haber po-

(1) Vos quoque abesse procul jubeo, discedite ab aris.
Quæis tulit hesterna gaudia nocte Venus.
(Tibul. eleg. I. L. II. 11. 12.)

dido no obstante borrar de su espíritu aquellas leyes escritas *con caracteres divinos* (1).

Las costumbres orientales llegaron á tal estado, que un sabio geógrafo inglés dice de ellas lo siguiente: *en los paises orientales se hace muy poco caso de la castidad; y la moral sobre este artículo es tan relajada, que el comercio de los dos sexos se considera allí con tanta indiferencia, como el uso de varias comidas* (2).

Ahora bien, estas costumbres orientales, son precisamente las costumbres antiguas, y serán eternamente las de todo pueblo que no sea cristiano. Los que las han estudiado en los autores clásicos, y en ciertos monumentos del arte que nos quedan, hallarán sin duda que no hay exageracion en lo que dice el Abate de

(1) Orig. adver. Cels., lib. 1. cap. 5.

(2) Geograf. de M. Pinkerton, tom. V. de la trad. franc., pág. 5.—El autor describe en este texto la grande línea de demarcacion que existe entre el Alcorán y el Evangelio.

Feller, á saber, *que la mitad de un siglo de paganismo, presenta infinitos mas excesos enormes, que todos las monarquias cristianas, desde que el cristianismo reyna sobre la tierra* (1).

Plauto nos ha pintado en seis versos en extremo curiosos, la moral de un hombre de bien de su tiempo, que un padre de familia muy severo predicaba á su hijo; y que caracterizaba á un hombre irreprensible (2).

(1) Cath. philos. Liege, 1788 in 12. tom. 3. cap. 6. §. I. pág. 274.

(2) ...... Nemo hic prohibet, nec vetat
Quin, quod palam est venale, si argentum est, emas.
Nemo ire quemquam publica prohibet via,
Dum ne per fundum septum facias semitam,
Dum te te abstineas nupta, vidua, virgine,
Juventute, et pueris liberis ama quod lubet.
(Curcul. I. v. 33. et seq.)

Obsérvese que todos los crímenes de esta especie, no son considerados sino por el lado de la violacion de propiedad: pues que todo hombre que se abstenia de pasar *per fundum septum*, era irreprensible: y obsérvese además, que la masa inmensa de los esclavos, estaba enteramente entregada á la lubricidad de los señores que eran en extremo inferiores en número.

Léanse estos versos, y se verá si nuestras leyes podrian aun hacer quemar muy bien á un *Santo* de esta especie.

Si yo quisiera hacer el proceso â la antigüedad sobre el principal artículo de la moral, citaria sobre todo lo que ella alababa. Y así por egemplo, para deprimir á los filósofos, yo no quisiera poner en tortura á Sócrates, para hacerle confesar sus secretos; ni me sentaria á la puerta de Lais, para escribir los nombres de los que entraban en su casa. Antes bien preferiria citar el elogio, con que honró â Zenon esta virtuosa antigüedad (1).

Mas entretanto, en medio de esta profunda y universal corrupcion, se ve sobrenadar una verdad no menos universal, y que es enteramente inexplicable con semejante sistema de costumbres. *Un solo hombre está hecho para una sola muger*, y todo lo demás no va bien.

(1) Diog. Laërt., lib. 7. §. 10.

En Roma, en tiempo de los Emperadores cuando *las mugeres* (como lo dice muy bien Séneca) *no debian contar los años por la sucesion de los cónsules, sino por la de sus maridos; dos grandes personages que eran Pollion y Agrippa se disputaban el honor de presentar una vestal al estado; y la hija de Pollion fue preferida,* ÚNICAMENTE *porque su madre nunca habia tenido sino un solo esposo, en vez de que Agrippa habia* ALTERADO *su casa con un divorcio* (1).

¿Se há visto jamás cosa mas extraordinaria? ¿Dónde y cómo habian encontrado los romanos de aquel siglo, la idea de la integridad del matrimonio, y la de la alianza natural de la castidad con el altar? ¿De dónde sacaban que una vírgen hija de un hombre divorciado, aunque nacida de legítimo matrimonio, y per-

(1) Prælata est Pollionis filia non ob aliud quam quod mater ejus in eodem conjugio manebat. Nam Agrippa discidio domum *imminuerat.* Tacit. Ann. II. 86.

sonalmente irreprensible, era no obstante menos propia que otra para el altar? Es preciso que estas ideas nazcan de un principio natural en el hombre, tan antiguo como el hombre, y por decirlo así que sea parte del hombre.

§. 2.°

Dignidad del sacerdocio.

Así pues, el universo entero no ha cesado de atestiguar estas grandes verdades. Primera. *El mérito eminente de la castidad.* Segunda. *La alianza natural de la continencia con todas las funciones religiosas, pero sobre todo con las funciones sacerdotales.*

El cristianismo imponiendo á los sacerdotes la ley del celibato, no ha hecho mas que apoderarse de una idea natural, despojarla de todo error, darla una sancion divina, y convertirla en ley de alta disciplina. Mas contra esta ley divina, se presentaba la

naturaleza humana con tanta fuerza, que no podia vencerse sino es por el poder absoluto é inflexible de los Sumos Pontífices. Sobre todo en los siglos bárbaros, nada menos era necesario que la mano de hierro de Gregorio VII. para salvar al sacerdocio. Acordémonos que existe en el cuerpo del derecho canónico un capítulo intitulado *de filiis presbyterum*. Sin este hombre extraordinario todo estaba humanamente perdido. Se quejan del inmenso poder que egerció en su tiempo. Tanto valdria quejarse de Dios, que le dió la fuerza sin la cual no hubiera podido obrar. El poderoso Atleta obtuvo cuanto era posible, de una materia rebelde; y sus sucesores han sostenido su obra con tal perseverancia, que al fin han asentado el sacerdocio sobre bases inamovibles.

Estoy muy lejos de querer exagerar, ni de presentar la ley del celibato como un dogma propiamente tal: pero digo que esta ley pertenece á la alta disciplina: que es de una importancia

sin igual, y que nunca podremos tributar demasiadas gracias, á los Pontífices que nos la han dado.

El sacerdote que tiene muger é hijos, ya no pertenece á su rebaño, ó por lo menos no le pertenece bastante; pues carece de un poder esencial, que es el de hacer limosna. Pensando en sus hijos, no se atreve á entregarse á los impulsos de su corazon. Su bolsillo se cierra á la vista del pobre, que no espera otra cosa de él sino frias exhortaciones. Hay además en la sociedad y comercio con las mugeres ciertos inconvenientes, que son y deben ser nulos para nosotros (los seculares); porque son consecuencia necesaria de un órden de cosas necesario tambien, á lo menos en general: lo que no sucede en el clero en particular, cuya dignidad se ofende mortalmente con ciertas ridiculeces. La muger de un magistrado superior que olvidase sus deberes de un modo visible, perjudicaria mas la opinion de su marido, que la de otro hombre

cualquiera. Y por qué? Porque los magistrados superiores están revestidos de una dignidad santa y venerable, que los hace semejar á la del sacerdocio. ¿Qué diremos pues de quien realmente es sacerdote? Hojeando unos diarios ingleses, encuentro en ellos el artículo siguiente.

»Se ha visto la causa del Reveren»do.... contra el Marqués de.... acu»sado de un comercio criminal con »Madama.... (esposa del eclesiástico). »Por los detalles del proceso aparece »que el Reverendo esposo, fue ultra»jado en su casa, mientras estaba el »domingo celebrando en la Iglesia. Los »abogados para excusar á la dama, ale»gaban desde luego la franqueza con »que ella convenia abiertamente de su »ternura para con el sugeto, y ade»más del poco cuidado de su esposo....

»Se tasaron los daños y perjuicios »en favor de este último en *diez mil »libras esterlinas* (1)."

(1) E. M. Sept. 1804, núm. 273. pág. 235.

Caro cuesta, segun se ve, en Inglaterra hacer visitas á los eclesiásticos casados, durante los oficios del domingo: pero figurémonos un hombre ya notado en el público, (pues que su paciencia filosófica estaba señalada como un medio de atenuacion) que recibe el precio de su deshonor; y que al domingo siguiente sube al púlpito para predicar contra el adulterio. ¿Qué efecto pueden producir sus palabras?

No solamente reflejan los vicios de la muger, sobre el carácter del marido eclesiástico, en grande daño suyo; sino que aun este no se liberta del peligro comun á todos los demás hombres casados, es decir, de la ocasion de vivir criminalmente. La muchedumbre de razonadores, que han tratado esta grande cuestion del celibato de los clérigos, parte siempre de este gran sofisma *que el matrimonio es un estado de pureza*, cuando solo es puro para los que son puros. La esposa es peligrosa cuando no se la ama, y peligrosa cuando es amada. El hombre

mas irreprensible á los ojos del mundo, puede ser infame en el altar. La union aun mas legítima, da ciertos hábitos sin dar la prudencia. ¿Cuántos matrimonios habrá irreprensibles delante de Dios? Por cierto que serán muy pocos. Ahora bien, si la debilidad humana establece una tolerancia de convencion, respecto de ciertos abusos, esta ley general no se ha hecho nunca para el eclesiástico, porque la conciencia universal no cesa de compararle al tipo sacerdotal que contempla en sí misma; de manera que nada perdona á la copia, por poco que se aleje de su modelo.

Hay cosas tan altas y tan sublimes en el cristianismo: hay relaciones tan santas y tan delicadas entre el sacerdote y sus ovejas; que no pueden pertenecer, sino á hombres enteramente superiores á los demás. La confesion sola exige el celibato. Las mugeres que deben considerarse particularmente sobre este punto, jamás depositarán una confianza entera en un clérigo

casado: pero sobre este punto no es fácil escribir.

Las Iglesias que tan desgraciadamente se han separado del centro, no han carecido de conciencia, sino de fuerza, cuando han permitido el casamiento de los sacerdotes. Ellas mismas se acusan, cuando exceptúan á los Obispos, y rehusan de consagrar á los sacerdotes antes de ser casados; y aun se acusan mucho mas, cuando se apoderan de un viudo, acaso en la fuerza de la juventud, y lo encierran para toda su vida en un monasterio. De este modo, convienen en la regla de que *ningun sacerdote debe casarse:* pero admiten, que por tolerancia y falta de sugetos, pueden ordenar á un laico casado. Así, por un sofisma que ya no choca á la costumbre, en lugar de ordenar á un candidato para casarlo, lo casan para ordenarlo; y así violando la regla antigua, la confiesan expresamente.

Para conocer las consecuencias de esta fatal disciplina, es preciso haber

tenido que examinarlas de cerca. El poco aprecio del sacerdocio, en los paises donde ella rige, no puede dejar de conocerse sino por quien no haya sido testigo de él. Mr. de Tott en sus memorias nada ha dicho demasiado sobre este punto. ¿Quién pudiera creer que en un pais donde se pondera gravemente la excelencia del casamiento de los clérigos, fuese una injuria formal el epiteto de *hijo de clérigo?* Algunos detalles sobre este artículo picarian sin duda la curiosidad, y aun pudieran ser útiles bajo cierto aspecto: mas no deben servir para diversion de la malicia, y para afligir á un órden desgraciado, que aunque todo esté contra él, no deja de encerrar hombres muy estimables, en cuanto puede juzgarse, á la distancia en que la inexorable opinion los tiene de toda sociedad distinguida.

Buscando siempre en cuanto puedo mis armas en el campo enemigo, no puedo dejar en el silencio el testimonio notable del mismo prelado ru-

so, que he citado mas arriba; para que se vea lo que pensaba de la disciplina de su Iglesia, sobre el punto del celibato. Como su libro ya recomendable por el nombre de su autor, salió además de las prensas del santo sínodo, no puede menos de tener este testimonio todo el peso que pudiera esperarse.

En el primer capítulo de sus prolegómenos, despues de haber rechazado un ataque indecente de Mosheim contra el celibato eclesiástico, continúa el Arzobispo de Twer en estos términos: »Yo creo que el casamiento »nunca ha sido permitido á los Docto»res de la Iglesia (los sacerdotes), »excepto el caso de necesidad y muy »grande: cuando por egemplo los su»getos que se presentan para llenar »las funciones sagradas, no tienen la »fuerza necesaria para abstenerse del »matrimonio que desean, *y no se en»cuentran otros mejores y mas dignos:* »de modo que la Iglesia, despues que »estos incontinentes se han casado, los

»admite al órden sagrado *por acciden-*
»*te*, antes bien que por eleccion (1).

¿Á quién no hará fuerza la decision de un hombre tan bien situado, para ver las cosas de cerca, y además tan enemigo del sistema católico?

Aunque me costase demasiado apoyarme sobre las consecuencias del sistema contrario, no puedo menos de insistir sobre la nulidad de este sacerdocio, considerado en sus relaciones con la conciencia del hombre. Aquel maravilloso ascendiente que de-

(1) Quo quidem cognito non erit difficile intellectu, an et quomodo Doctoribus Ecclesiæ permisa sint conjugia. Scilicet, mea quidem sententia, *non* permisa *unquam* præterquam si necessitas obvenerit, eaque magna; ut sicuti ii (sic) qui ad hoc munus præsto sunt ab usu matrimonii, temperare sibi nequeant atque hoc expetant, meliores vero digrioresque desint: ideoque Ecclesia tales *intemperantes*, postquam uxores duxerint, casu potius non delectu, sacro ordine adsciscat. (Met. Arch. Twer, liber historicus, &c. prol. cap. I. pág. 5.)

Es muy de notar que este Prelado habla siempre de presente, como teniendo visiblemente en su presencia los usos de su Iglesia, tal como la veía en su tiempo.

tuvo á Teodosio á la puerta del templo; á Attila delante de la puerta de Roma; y á Luis XIV. ante la sagrada mesa: este poder aun mas maravilloso, que puede enternecer un corazon petrificado, y volverlo á la vida: que va á arrancar el oro en los palacios, al opulento insensible ó distraido, para llevarlo al seno de la indigencia: que todo lo arrostra y todo lo supera, cuando se trata de consolar una alma, ó de ilustrar ó salvar otra: que se insinúa tan dulcemente en las conciencias para conocer los secretos funestos, y arrancar la raiz de los vicios: órgano y guardian infatigable de las uniones santas: enemigo no menos activo de toda licenciosidad: dulce sin debilidad: terrible con amor: suplemento inapreciable de la razon, de la probidad, del honor, de todas las fuerzas humanas luego que se declaran impotentes: fuente preciosa é inagotable de reconciliacion, de reparaciones, de restituciones, de arrepentimientos eficaces,

de todo lo que ama Dios mas, despues de la inocencia: siempre en pie al lado de la cuna del hombre que bendice, y aun al lado de su cama cuando muere, diciéndole en medio de las exhortaciones mas patéticas, y de las despedidas mas tiernas.... *id en paz*.... Este poder sobrenatural no se encuentra fuera de la unidad.

Yo he estudiado largo tiempo el cristianismo fuera de este círculo divino; y allí el sacerdocio es impotente, y tiembla delante de los que habia de hacer temblar. Á quien llega á decirle *yo he hurtado*, no se atreve ó no sabe decirle *restituye*. El hombre mas abominable no le debe ninguna promesa. El clérigo se emplea como una máquina. Se diria que sus palabras son una especie de operacion mecánica, que quita los pecados con la misma facilidad que el jabon quita las manchas materiales. Es menester haberlo visto, para poder formar de ello una idea justa. El estado moral del hombre que invo-

ca el ministerio del sacerdote, es tan indiferente en aquellos paises, y se toma en tan poca consideracion, que es muy comun preguntarse en las conversaciones: *habeis cumplido el precepto pascual*? Y esta es una pregunta á la cual se responde *si* ó *no*, tan friamente, como si se tratase de un paseo ó de una visita que depende de la voluntad de quien la hace. Las mugeres en sus relaciones con el sacerdocio, son un objeto muy digno de egercitar un ojo observador....

El anatema es inevitable. Todo sacerdote casado, decaerá infinito de su carácter. La superioridad incontestable del clero católico, pende únicamente de la ley del celibato.

Los doctos autores de la biblioteca británica, han llegado á establecer sobre este punto una proposicion que parece inconcebible, y por lo mismo debe examinarse. Dicen pues, que »si »ministros del culto católico hubiesen »tenido mas generalmente el espíritu »de su estado, en el verdadero sen-

»tido de la palabra, no hubieran te»nido tanta consecuencia los ataques »contra la religion.... Felizmente pa»ra la causa de la religion, de las »costumbres, y de la dicha de una »poblacion numerosa, el clero inglés, »sea el anglicano, ó el presbiteria»no, es muy de otro modo respeta»ble, y no presta á los enemigos del »culto ni las mismas razones ni los »mismos pretextos (1)."

Seria menester recorrer mil volúmenes para hallar una asercion mas temeraria; y esta es una nueva prueba del terrible imperio de las pasiones, sobre los mejores talentos, y sobre los hombres mas estimables. En primer lugar yo no sé sobre qué estriba la comparacion: pues para que tuviese una base cierta, era menester que pudiese ponerse en oposicion un sacerdocio con otro; y en las iglesias protestantes ya no hay sacerdo-

(1) *Biblioth. Britan.*, *Marzo* 1798 *núm.* 53. *pág.* 282.

ció: porque el sacerdote ha desaparecido con el sacrificio; y es cosa muy digna de notarse, que donde quiera que se establece la reforma, la lengua que es el fiel intérprete de la conciencia, deja desde luego abolida la palabra de *sacerdote*: en términos que ya en el tiempo de Bacon esta voz se tomaba por una especie de injuria (1). Así pues, cuando se habla del cleró de Inglaterra ó de Escocia, &c. no se habla con exactitud: pues no puede haber clero, donde no hay clérigos, como no hay estado militar sin militares. Esto es lo mismo que si se hubiesen comparado por egemplo, los curas de Francia ó de Italia, con los abogados ó

(1) *Yo pienso* (dice) *que no deberia usarse la voz sacerdote, particularmente en los casos en que se ofende con ella á las personas.* (Bacon, obras, tom. 4. pág. 472, *Christianisme de Bacon*, tom. 2. pág. 241.) Con efecto, se ha seguido el consejo de Bacon, y en la lengua y conversacion inglesa, ya no se encuentra esta voz sino cuando se nombra el *Priestcraft* ó fraude religioso.

médicos de Inglaterra ó de Escocia.

Pero dando toda la extension posible á esta voz *clero*, y entendiendo por ella todo el cuerpo de ministros de un culto cristiano, la inmensa superioridad del clero católico, tanto en mérito como en consideracion, es tan clara y evidente como la luz del sol.

Puede aun observarse tambien que estas dos especies de superioridad, se confunden: porque en un cuerpo tal como el clero católico, una grande consideracion es inseparable de un gran mérito; siendo digno de notar que esta consideracion lo sigue aun en las naciones separadas, porque la conciencia es quien la concede, y la conciencia es un juez incorruptible.

Aun la crítica que se hace de los clérigos católicos, prueba su superioridad. Voltaire ha dicho muy bien que »la vida secular, siempre ha sido mas »viciosa que la de los clérigos: pe»ro que los desórdenes de estos, siem»pre han sido mas notables por su

»contraste con la regla (1). Nada »se les perdona, porque de ellos se »espera todo."

Alejandro VI. amó la guerra, y tambien al otro sexo, en lo que fue muy reprensible, y pudiera llamársele criminal, en razon *de su contraste con la regla*, es decir, con la sublimidad de su carácter que suponia la santidad: pero si le transportásemos á Versálles, se le podria comparar con Luis XIV. tan justamente celebrado por sus talentos, su polílica y su firmeza, no obstante que tambien amaba la guerra y las mugeres.

Y si esta comparacion fatiga á algunas imaginaciones, á causa de las crueldades que se citan con tanta frecuencia, y que no me parece del caso examinar aquí, yo les propondré

(1) Este pasage no lo he buscado en las voluminosas obras de Voltaire, porque lo encuentro citado en la obra alemana intitulada, *el triunfo de la filosofía en el siglo* 18., tom. 2. pág. 193., cuyo libro es muy notable bajo todos aspectos.

desde luego á Julio II. de quien el mismo Voltaire ha dicho: que *era un mal sacerdote, pero tambien era un Príncipe igualmente estimable que cualquiera otro de su tiempo*. (1). En cuanto á Príncipe no hay duda que excederá á Luis el grande, por sus talentos y por sus costumbres.

La misma regla puede tener lugar desde el Sumo Pontífice hasta el último sacristan. Todo miembro del clero católico está contínuamente confrontado, con el carácter ideal que de él se tiene, y de consiguiente es juzgado sin misericordia. Sus pequeñas faltas son crímenes: mientras que del otro lado los crímenes

(1) Volt., ensayo sobre las cost., &c. in 8. tom. 3. cap. 112. Le llama mal sacerdote porque siendo no solamente sacerdote sino tambien Príncipe, tenia la extravagancia de no querer ceder sus tierras y sus ciudades á los Venecianos que las apetecian; y porque teniendo que defenderse contra la mas insigne mala fe, y contra la política mas detestable, se veía obligado á usar de las mismas armas políticas para rechazar los tiros de sus enemigos.

son pequeñas faltas, precisamente como sucede entre las gentes de mundo. ¿Qué viene á ser un ministro *del culto* que se llama *reformado?* Es un hombre vestido de negro, que sube al púlpito todos los domingos para hablar de cosas razonables. Este oficio cualquier hombre de bien puede desempeñarlo, y no excluye ninguna debilidad *del hombre de bien*. Yo he examinado muy de cerca esta clase de hombres; y he consultado la opinion que rodea á estos ministros evangélicos; y esta opinion conviene con la nuestra, en no concederles ninguna superioridad de carácter.

Nada pueden, ni son mas que nosotros,
Hombres al fin que viven cual los otros.

Nada se exige de ellos sino la probidad. Mas ¿qué puede ser esta virtud humana, para un terrible misterio que requiere *la probidad divinizada*, es decir, *la santidad?* Yo pudiera apoyarme en egemplos famosos,

y en anécdotas picantes: pero este es un punto sobre el cual debo pasar como sobre carbones encendidos. Un grande hecho me basta, porque es público y no admite réplica; y es la caida universal del ministerio evangélico protestante, en la opinion pública. El mal es muy antiguo pues sube hasta los primeros tiempos de la reforma. El célebre *Lesdiguiéres* que residió mucho tiempo en las fronteras del Ducado de Saboya, estimaba mucho y visitaba con frecuencia á San Francisco de Sales, entonces Obispo de Ginebra. Los ministros protestantes no podian sufrir esta amistad, y resolvieron dirigir una amonestacion con toda formalidad, á aquel noble guerrero, que era aun entonces el Gefe de su partido. Si se quiere saber el efecto que esto produjo, y lo que se dijo en aquella ocasion, puede leerse toda ésta historia, en uno de nuestros libros ascéticos bastante conocido (1). Yo no juzgo necesario copiarla.

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales reco-

Nos citan á la Inglaterra: pero allí es sobre todo, donde se hace mas sensible la degradacion del ministerio evangélico. Los bienes del clero han llegado casi á ser patrimonio de los hijos segundos de las casas grandes, los cuales se divierten en el mundo como las gentes del mundo, y tienen asalariados algunos cantores, para el cuidado de alabar á Dios.

El banco de los Obispos en la cámara de los Pares, es una obra de supererogacion, que podria quitarse sin producir ningun vacío: pues apenas se atreven á tomar la palabra los prelados, aun en los asuntos de religion. El clero de segundo órden, está excluido de la representacion nacional; y para tenerle siempre apartado de ella, se sirven de una sutileza histórica, que un soplo solo de la legislatura hubiera ya largo tiempo desvanecido, si la opinion no lo

gido de los escritos de Mr. le Camus, Obispo de Belley, in 8. part. 3. cap. 23.

rechazase, como es muy visible. No solamente ha decaido este órden en la opinion pública, sino que aun él se desconfia de sí mismo: pues se ha visto frecuentemente al ministro del culto inglés, suprimir ó borrar en los escritos públicos la letra R. (inicial de Reverendo) que precede á su nombre, y hace constar su carácter; y aun se le ha visto algunas veces vestirse de seglar, ó con un uniforme militar, divertir los salones extrangeros con su burlesca espada.

En 1805 época en que se agitó en Inglaterra con tanto ruido y solemnidad, la cuestion sobre la *emancipacion de los católicos*, se habló de los eclesiásticos en el parlamento con tanta acrimonia, y tanta dureza, con una desconfianza tan pronunciada, que los extrangeros se sorprendieron mucho mas sin comparacion, que el resto del auditorio (1).

(1) Un miembro de la Cámara de los Comunes, observó no obstante, que habia alguna cosa de muy extraordinario en esta especie de desen-

Es preciso tambien decir, que en el carácter de esta milicia evangélica, hay alguna cosa que impide la confianza, y que atrae el disfavor: pues que no tiene autoridad ni tiene regla; y de consiguiente no hay creencia comun en sus iglesias. Ellos mismos confiesan con un perfecto candor, »que el eclesiástico protestante »no está obligado á subscribir una »confesion de fe, sino para el reposo »y tranquilidad pública, *sin otro ob-»jeto* que el de mantener entre los »miembros de una misma comunion »la union *exterior*; y que por lo de- »más ninguna de estas confesiones, »puede ser tenida como una regla de »fe propiamente dicha. Los protestan- »tes no conocen otra regla de fe sino »la santa escritura (1)."

cadenamiento general contra el estado eclesiástico. Si no me engaño este miembro era *Mr. Stephens*: mas no me atrevo á asegurarlo.

(1) Consideraciones sobre los estudios necesarios á los que aspiran al santo ministerio, por Cl. Ces. Chavanne. Iverdun, 1771 in 8. págin. 105 y 106.

Así pues, cuando uno de estos predicadores toma la palabra; ¿qué medios tiene para probar que cree lo que dice? ¿Y qué medios hay para saber si en lo interior no se están burlando de él? Se me figura oir á cada uno de sus oyentes, que le dice con una sonrisa escéptica: *á la verdad yo creo, que él cree, que yo le creo* (1).

Uno de los fanáticos mas endurecidos que han existido, Warburton, al tiempo de morir fundó una cátedra para probar que el Papa era *el Antecristo* (2); y para vergüenza

(1) Y' credo ch' ei credette ch' io credesse. Dante infern. 12. 9.

(2) Este nombre de *Warburton* me hace acordar, que entre sus obras se halla una edicion de Shakespear, con un prefacio y un comentario. Nadie, á mi ver, encontrará allí nada que reprender, por lo que hace á un hombre erudito: pero figúrese, si se puede, que un *Cristóval de Beaumont*, por egemplo, fuese el editor y comentador de Corneille ó de Moliere, esto nunca podrá creerse; y por qué? Porque este es un hombre de distinto órden que Warburton. Uno y otro llevaban mitra; pero el uno era Pontífice,

de nuestra naturaleza desgraciada, esta cátedra no ha cesado aun: pues en los papeles públicos ingleses de este año (1817) se lee el anuncio de un discurso, pronunciado en el dia que se celebraba su fundacion. Yo no creo absolutamente en la buena fe de Warburton: mas aun cuando esta fuere posible en un hombre solo, ¿dónde hay valor para imaginar como posible una serie de hombres extravagantes, que hayan perdido todos la cabeza, para delirar de buena fe en el mismo sentido? El sentido comun resiste enteramente esta suposicion: de modo que es mucho mas probable creer, que muchos y acaso todos ellos están pagados para hablar contra su conciencia. Si nos figurásemos ahora á un *Pitt*, un *Fox*, un

y el otro no era mas que un caballero. El primero puede ser ridiculizado ó motejado, por lo mismo que al otro no se le juzgará reprensible. Se sabe, que cuando salió á luz el Telémaco, Bossuet no halló la obra bastante seria para un clérigo. Yo no diré que tenia razon: solo digo que Bossuet lo dijo.

Burke, un *Grey*, un *Grenville* que asistian á uno de estos sermones, precisamente veríamos que no solamente el predicador perdia su concepto, sino que aun se comunicaria el descrédito al órden entero de semejantes predicadores.

Aquí tratamos de un caso particular: pero hay igualmente otras causas generales, que desacreditan el carácter del clérigo disidente, en la opinion pública. Es imposible que ciertos hombres de quienes constantemente se desconfia, gocen de grande consideracion. Jamás se les mirará, aun en su mismo partido, sino como abogados pagados para sostener una causa. No se les disputará ni el talento ni la ciencia, ni la exactitud en llenar sus funciones: mas en cuanto á la buena fe, es otra cosa.

»La doctrina de una Iglesia re»formada (dice Gibbon) nada tiene »de comun con las luces y la creen»cia de los que son parte de ella; y »así es, que el clero moderno subs-

»cribe á las formas ortodoxas, y á los »símbolos establecidos, con un suspi»ro ó con una sonrisa.... *Las predic»ciones de los católicos se hallan cum»plidas*. Los arminianos, los arrianos, »los socinianos, *cuyo número no se de»be calcular por sus congregaciones »respectivas*., han roto y rechazado »el encadenamiento de los misterios."

Gibbon expresa aquí la opinion universal de los protestantes acerca de su clero; y yo me he asegurado de ella por mil y mil experiencias; y así, no hay medio para el clero reformado, si predica el dogma se cree que miente, y si no se atreve á predicarle, se cree que el tal clero no es nada.

Hallándose enteramente borrado el carácter sagrado de la frente de sus ministros, los Soberanos no han podido ver en ellos, mas que unos oficiales civiles, que debian marchar con el resto de ganado, bajo del cayado comun. No podrán leerse sin interés las tiernas quejas, exhaladas por un

miembro de este mismo órden desgraciado, sobre el modo como la autoridad temporal se sirve de su ministerio. Despues de haber declamado como un hombre vulgar, contra la gerarquía católica; se arroja de improviso sobre todas las preocupaciones, y pronuncia estas solemnes palabras.

»El protestantismo no ha envilecido menos la dignidad sacerdotal (1). »Por no hacer parecer que aspiraban »á la gerarquía católica, los clérigos »protestantes se han despojado á toda prisa de la apariencia religiosa, »y se han sometido muy humildemente á los pies de la autoridad temporal.... Mas porque la vocacion de »los clérigos protestantes, de ningun »modo fuese la de gobernar el esta-

(1) De este modo se halla envilecido este carácter por los dos lados. Seria muy necesario, no obstante, tomar un partido: porque si el sacerdocio está envilecido por la gerarquía, y tambien por la supresion de la gerarquía, parece claro, que Dios no ha sabido hacer un sacerdocio: lo cual no se puede leer sin escándalo.

»do, no debia concluirse que el esta»do era quien debia gobernar la Igle»sia (1).... Las recompensas que el »estado concede á los eclesiásticos, los »han vuelto enteramente seculares.... »Dejando los vestidos sacerdotales, han »dejado tambien su carácter espiri»tual.... El estado ha hecho su oficio, »y todo el mal que resulta, debe im»putarse al clero protestante. Este se »ha hecho frívolo.... Bien pronto los »clérigos no han hecho mas, que su »deber como ciudadanos.... El estado

(1) En ninguna parte gobierna el Estado á la Iglesia: pero siempre y en todas partes gobernará muy justamente á los que habiéndose salido de *la Iglesia*, se atreven no obstante á llamarse *la Iglesia*. Es preciso escoger entre la gerarquía católica, y la supremacía civil: no hay medio. Y ¿quién se atreverá á motejar á los Soberanos que establecen la unidad civil, en donde quiera que no encuentran otra? Entre pues en la unidad legítima ese clero separado, que no se queja sino de sí mismo; y desde luego volverá á subir como por encanto á aquel alto grado de dignidad, de donde él mismo conoce que ha caido. ¡Con qué buena voluntad, con qué alegría lo pondríamos allí nosotros con nuestras mismas manos! Nuestro respeto los espera.

»ya no los considera mas que como »oficiales de policía.... Ya nada los »estima, ni los coloca sino en la úl»tima clase de sus oficiales.... Desde »el momento en que la religion lle»ga á ser la criada del estado, es per»mitido mirarla en su abatimiento, co»mo obra de los hombres, y aun si »se quiere, como una impostura (1). »Solamente en nuestros dias se ha po»dido ver que la industria, la políti»ca, la economía rural, y la policía »subian al púlpito.... El clérigo debe »creer que llena su destino y cum»ple todos sus deberes, leyendo en el »púlpito las ordenanzas de la policía. »Debe publicar en sus sermones re»cetas contra las epizotias, mostrar »la necesidad de la vacuna, y pre»dicar sobre el modo de prolongar »la vida humana. ¿Cómo se goberna»rá este hombre, cuando despues de »esto tenga que persuadir á las gen-

(1) Esto es lo que poco hace que estábamos diciendo, y que es un asunto inagotable de muy útiles reflexiones.

»tes que se desprendan de las cosas
»temporales y perecederas, si al mis-
»mo tiempo autorizado por el gobier-
»no, debe esforzarse á unir mas y mas
»los hombres *á las galeras de esta vi-*
»*da* (1)?"

He aquí mucho mas de lo que yo me hubiera atrevido á decir por mis propias observaciones; porque me repugna mucho escribir, aunque sea reconviniendo, cosas desagradables, pero creo que es un deber el de poner la opinion en toda su claridad. Yo venero sinceramente los ministros del evangelio porque su título es muy bello. Sé tambien que *un sacerdote* no es nada, si deja de ser *ministro del santo evangelio:* pero este tampoco será nada si no es *sacerdote.* Escuche pues sin repugnancia la verdad, que

(1) Sobre el verdadero carácter del sacerdote evangélico: por Mr. Marheinexe, profes. á Heidelberg, impreso en el museo patriótico de los alemanes. Hamburgo. — No he visto mas que una traduccion francesa de esta obra en Enero de 1812, pero me la facilitó un hombre que creo de toda confianza.

se le dice no solamente sin acrimonia, sino aun con amor. *Todo cuerpo destinado á enseñar, decae necesariamente en la opinion, aun de su mismo partido, desde el momento en que no puede confiarse en su buena fe*, y el desprecio, el recelo y la desconfianza se aumentan, en razon directa de la importancia moral de la enseñanza. Si el eclesiástico protestante tiene alguna mas consideracion, ó es menos extraño en la sociedad, que el de las iglesias solamente cismáticas, es porque es menos eclesiástico: porque la degradacion siempre es proporcionada á la intensidad del carácter sacerdotal.

No se trata pues de alabarse vanamente á sí mismos, ni de preferirse aun mas vanamente á otros, sino de oir la verdad y venerarla. Rousseau escribia á una dama francesa: *Yo amo naturalmente á vuestro clero, tanto como aborrezco al nuestro. Tengo muchos amigos en el clero de Francia*, &c. (1)

(1) Cartas de J. J. Rousseau in 8. tom. 2. págin. 201.

En sus cartas de la Montaña aun se manifiesta mas amable, pues nos confia, *que sus ministros no saben ellos mismos lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen: que ni aun se sabe lo que afectan creer; y que solo el interés es el que gobierna su fe* (1).

El célebre helenista Mr. Federico Augusto Wolff, observa con una rara prudencia en sus prolegómenos sobre Homero, que »cuando un libro está ya »consagrado al uso público, la vene»racion nos impide que veamos en él »cosas absurdas ó ridículas: que todo »lo que parece que no concuerda con »la razon particular, se dulcifica ó »se compone por medio de interpre»taciones convenientes: que cuanto »mas finura y ciencia se emplea en »estas explicaciones, es visto que se »sirve mas á la Religion: que así se »ha hecho siempre con los libros que »pasan por sagrados; y que cuando »está resuelto presentar un libro co»mo útil á la masa del pueblo, no

(1) Id. 2. carta de la Montaña.

»puede hallarse nada de reprensible »*en esta medida* (1)."

Este pasage es un buen comentario del anterior de Rousseau, y descubre de lleno el secreto de la enseñanza protestante. Un libro pudiera formarse de esta especie de textos; y por una consecuencia inevitable, se formaría otro de los testimonios de frialdad ó de desprecio, con que han tratado al órden eclesiástico los Soberanos protestantes.

Uno de ellos decide: »Que ha juzgado á propósito hacer componer una »nueva liturgia, mas conforme á la »enseñanza pura de la Religion, á la »edificacion pública, y al espíritu del »siglo actual; y que por muchos motivos ha determinado, no permitir »que los eclesiásticos se mezclasen de »ningun modo en la redaccion de estas formas litúrgicas (2).

(1) Frid. Aug. Wolfii Prolegomena in Homerum. — Halis Saxonum, 1795 tom. I. núm. 36. pág. 163.

(2) Diario de París 21. de Diciembre 1808.

Otro prohibe á todos los Ministros y predicadores de sus estados de emplear la fórmula *Dios os bendiga* &c. »por la razon, dice el Príncipe, de que los eclesiásticos tienen necesidad ellos mismos de la bendicion »divina; y que es mucha arrogancia »de la parte de un mortal, querer ha»blar en nombre de la providen»cia (1)."

Qué sacerdocio! Y qué opinion! Yo la he estudiado en los libros, en las conversaciones, en las actas de la soberanía; y siempre la he hallado invariablemente enemiga del órden eclesiástico. Aun puedo añadir

núm. 556. pág. 2573. — Es preciso confesar que es un singular espectáculo el de ver que se declara al estado eclesiástico incapaz de mezclarse en los negocios eclesiásticos.

(1) Diario del Imperio del 17 Octubre de 1809, pág. 4. con la rúbrica de Francfort de 11. Octubre. Por la misma razon en un padre de familia seria mucha arrogancia si diese la bendicion á su hijo. ¡Qué fuerza de razonamiento! Pero todo esto no es mas que un sarcasmo contra el clero que se aborrece.

(y Dios sabe que digo la verdad) que contemplando mil y mil veces á estos ministros sin duda ilegítimos, y justamente envilecidos, pero sin embargo no tan rebeldes ellos mismos, como hijos de rebeldes, y víctimas de las preocupaciones tiránicas, que acaso solo Dios puede arrancar de nuestros corazones; yo veía en el mio un tierno interés, una tristeza fraternal, una compasion llena de delicadeza y de respeto, y en fin yo no sé qué sentimiento indefinible, que no encontraba ni con mucho en sus propios hermanos.

Si los escritores que he citado al principio de este artículo, se hubiesen contentado con afirmar *que el clero católico habria evitado probablemente grandes desgracias, si se hubiera penetrado mas de los deberes de su estado*, acaso no hubieran hallado quien les contradigese, ni aun entre el mismo clero: porque ningun sacerdote católico se juzga puesto al nivel de sus sublimes funciones, y antes bien

cree que le falta siempre alguna cosa: pero concediendo que deben condenarse ciertas relajaciones, frutos inevitables de una larga paz; no es menos cierto y seguro que el clero católico nunca podrá compararse con otro, ni por su buena conducta, ni por la consideracion que de ella nace; y esta consideracion es tan clara, que no puede ponerse en duda sino por los que adolecen de una ceguera voluntaria.

Sin duda es gran fortuna que la experiencia mas magnífica haya venido en nuestros dias, á apoyar esta teoría incontestable en sí misma: para que despues de haber demostrado lo que debe ser, pueda yo igualmente demostrar lo que es. ¿Qué espectáculo no ha dado al mundo el clero francés, dispersado en las naciones extrangeras? ¿Y en vista de sus virtudes, de qué sirven las declamaciones enemigas? El clérigo francés, libre de toda autoridad, rodeado de seducciones, gran parte de él en lo

fuerte de la edad y de las pasiones, reducido á su austera disciplina en las naciones extrangeras, que acaso hubieran aplaudido si se hubiesen dejado llevar á lo que nosotros llamamos crímenes: este clero ha permanecido no obstante, invariablemente fiel á sus votos. ¿Qué fuerza es pues la que lo ha sostenido, para mostrarse constantemente superior á las debilidades de la humanidad? Él se ha adquirido la estimacion, sobre todo en Inglaterra, que ha sido justa apreciadora de sus talentos y virtudes, como hubiera sido inexorable acusadora de sus menores faltas. El hombre que se presenta para entrar en una casa inglesa, sea con título de médico, de cirujano, ó de maestro &c. no pasa de los umbrales si es célibe: porque una prudencia temerosa desconfia de todo hombre cuyos deseos no tienen un objeto fijo y legal. Se diria que no se confia mucho de la resistencia, cuando se teme tanto el ataque. Solo el clérigo

ha sido exceptuado en esta sospechosa delicadeza: pues ha entrado en las casas inglesas, en virtud de este mismo título que excluía á los demás hombres.

Una opinion rencorosa de tres siglos, no ha podido impedir que se creyese en la santidad del celibato religioso. La desconfianza se tranquilizó á la vista del carácter sacerdotal *tan grande*, *tan señalado*, *y tan perfectamente inimitable* (1) como el de la verdad de donde procede; y habia inglés que despues de haber acaso hablado ó escrito segun sus preocupaciones, contra el celibato eclesiástico; veía sin recelo á su muger ó su hija tomando leccion de un clérigo católico: prueba de que la conciencia es infalible, y que no la detiene ni lo que dice la boca, ni lo que el espíritu imagina.

Las mugeres entregadas á este

(1) Son expresiones de Rousseau, muy conocidas, tratando de los caractéres de verdad que brillan en el Evangelio.

mismo celibato, han participado de la misma gloria. ¡Cuánto no ha declamado el filosofismo contra los *votos forzados, y las víctimas del claustro!* (1). Y no obstante *cuando una asamblea de locos que hacian cuanto podian para manifestarse tales* (2) tuvo el sacrílego placer de declarar ilegítimos los votos, y de abrir los claustros; fue menester pagar á una muger desvergonzada del pueblo, para que se presentase en la barra de

(1) Estas locas declamaciones se hallan reunidas, y por decirlo así, *condensadas* en la *Melania de la Harpe*. En vano el Autor, despues de su desengaño, hizo las mas vivas instancias para que esta pieza se quitase de su repertorio. Se le rehusó con obstinacion, y esta falta de delicadeza hace mas daño á la Nacion francesa de lo que se piensa. Dirán *esto es nada*, y yo digo que *es mucho*: porque este egemplo se une á la nueva edicion de Voltaire, á la Estampa de Zambri en la biblia de Saci con láminas, á la estereotipa de Juana de Arc, anunciada en todos los catálogos con los discursos sobre la historia univer., y las oraciones fúnebres de Bossuet, &c.

(2) Expresiones dulces de Burke en su carta al D. D. B. *hablando de la Asamblea nacional de Francia.*

la asamblea, á representar el papel de la religiosa libre. Las vestales francesas desplegaron en aquella época toda la constancia é intrepidéz de los clérigos, en las prisiones y en los cadalsos; y algunas que por la tempestad revolucionaria fueron dispersadas en los paises extrangeros, y hasta en América, lejos de ceder á las seducciones mas peligrosas, hicieron admirar el amor á su estado, el respeto á sus votos, y el libre egercicio de todas sus virtudes.

Mas ¿pereció esta santa y noble Iglesia Galicana? Pereció, y no podríamos consolarnos de su pérdida, *si el Señor no nos hubiese reservado alguna semilla* (1).

La alta nobleza del clero católico se debe toda entera al celibato; y como esta severa institucion es enteramente obra de los Papas, que se hallaban animados y conducidos en su

(1) *Nisi Dominus.... reliquisset nobis semen.* Isai. I. 9.

interior por un espíritu acerca del cual no puede la conciencia equivocarse, toda esta gloria se les debe á ellos, y deben ser considerados por todos los jueces competentes, como los verdaderos institutores del sacerdocio.

§. 3.º

Consideraciones políticas. Poblacion.

El error, redoblando siempre su fuerza, en razon de la importancia de las verdades que combate, se ha agotado contra el celibato religioso, y despues de haberlo atacado por el lado de las costumbres, no ha omitido acusarlo al tribunal de la política, como contrario á la poblacion. Warburton ha dicho *que la ley que santifica el celibato, es por esencia destructiva de los estados* (1); y Rous-

(1) *Divina Legacion de Moyses.* En inglés, B. II. sec. 5.

seau despues de haber hablado en una nota con que adorna su *Heloisa*, en el tono y con la ciencia propia de un cuerpo de guardia; observa además, que *para saber á qué atenerse sobre la ley del celibato, basta atender á que si esta ley se generalizase, destruiria el género humano* (1).

Estos dos ciegos voluntarios pueden representar á todos los demás. Ya se habia respondido á todos estos sofistas de una manera victoriosa. Ya Bacon, á pesar de sus preocupaciones de tiempo y de secta, nos habia hecho pensar en algunas ventajas señaladas del celibato (2).

(1) Rousseau. (carta al Arzob.) Cualquiera podria proponer un argumento de la misma fuerza: como por egemplo. *Toda práctica que si se generaliza puede destruir un cuerpo orgánico cualquiera, es mala para este cuerpo: es así que la poda de los árboles, si se extiende á todas sus ramas, destruye el fruto y tambien el mismo árbol; luego la poda de los árboles frutales es mala, y no debe practicarse jamás.*

(2) *Sermones fideles, sive interiora rerum.* (Cap. VIII. de nupt. et cælib. opp. tom. 10. in 8. pág. 20.)

Ya los economistas habian sostenido y probado muy bien, que el legislador nunca debe ocuparse directamente en la poblacion, sino solamente en las subsistencias, dejando á nuestro cargo lo demás. Ya muchos escritores pertenecientes al clero, habian rechazado muy bien los dardos lanzados contra su órden, respecto de la poblacion: pero es una singularidad muy notable que esta fuerza oculta *que juega con el universo*, se haya servido de una pluma protestante, para presentarnos la demostracion rigorosa de esta verdad, tanto y tan mal á propósito contradicha.

Hablo de *Mr. Malthus*, cuya obra profunda *sobre el principio de la poblacion* es uno de estos libros raros, despues de cuya aparicion es ya excusado tratar del mismo asunto. Antes que él, nadie á mi juicio habia probado completa y claramente esta grande ley temporal de la Providencia, »que no solamente no han naci»do todos los hombres para casarse

»y reproducirse, sino que aun en to- »do estado bien ordenado, es preciso »que haya una ley, un principio, una »fuerza cualquiera, que se oponga »á la multiplicacion indefinida de los »casamientos." Mr. Malthus observa que la multiplicacion de los medios de subsistir, siendo inferior, en la suposicion mas favorable, al aumento de la poblacion, en la enorme proporcion respectiva de las dos progresiones, una aritmética y otra geométrica, se sigue en consecuencia, que el estado en virtud de esta desproporcion permanece en una situacion contínua de peligro, si la poblacion se abandona á sí misma: lo cual hace necesaria la fuerza reprimente de que hemos hablado.

Los doctos revisores de Edimburgo han tributado á esta verdad un completo homenage. »La historia antigua »(dicen) y la historia moderna pre- »sentan egemplos sin número, de la »miseria producida por el olvido de »esta prudente abstinencia (*con rela-*

»*cion al casamiento*); y no presentan »un solo egemplo, de que haya produ»cido ningun inconveniente al estado, »por su demasiada influencia (1)."

Mas el número de los matrimonios no puede restringirse en un estado, sino de tres maneras: por el vicio, por la violencia, ó por la moral. Los dos primeros medios no pueden presentarse á la mente del legislador; y así solo queda el tercero; es decir, que es preciso *que haya en el estado un principio moral, que se dirija constantemente á restringir el número de los matrimonios*. Y esta restriccion moral como la llama muy bien Mr. Malthus, no puede encontrarse, como él mismo lo confiesa, sino muy difícilmente establecida. Para llegar á este fin deseado, propone él mismo ciertas *escuelas morales*, donde se instruiria al pueblo sobre este punto interesante: mas esta es la fábula del cascabel; y

(1) Revista de Edimburgo, Agosto de 1810, núm. 27. pág. 475.

se trata de quién lo ha de poner. Propóngase á un jóven que arde en amor y en deseos, que se abstenga del casamiento, como un medio prudente, para mantener el equilibrio entre la poblacion y las subsistencias: por cierto que recibirá bien esta propuesta. Solo la Iglesia (es decir, el Sumo Pontífice) ha resuelto el problema, por medio de la ley del celibato eclesiástico, con toda la perfeccion que cabe en las cosas humanas: pues que *la restriccion católica* no solamente es *moral* sino *divina;* y la Iglesia la apoya en motivos tan sublimes, en medios tan eficaces, y sobre amenazas tan terribles, que no es posible al poder humano imaginar cosa alguna igual, ni aun que se le parezca (1).

(1) La consecuencia que se sigue del principio que establece Mr. Malthus, es tan evidente, que todo el mundo puede con razon admirarse de que él mismo no la haya sacado expresamente; y aun tambien, que su sabio traductor M. Prevót de Ginebra haya omitido igualmente sacarla. Reflexionando sobre esta *restriccion* protestante, yo he creido desde luego que no debe buscarse

No queda pues la menor duda sobre la excelencia del celibato religioso, y sobre la futilidad de los argumentos con los que se ha querido atacarla políticamente. Mas no obstante, aun se puede mirar esta cuestion bajo de un aspecto del todo nuevo, y resolverla por un razonamiento acaso mas convincente, porque ataca la inteligencia, por un cierto lado mas accesible á la persuasion.

Cuando cada matrimonio da uno con otro tres hijos al estado, la poblacion no hará mas que mantenerse, pero no se aumentará: porque dos son precisos para reemplazar al padre y

otra explicacion, sino la que resulta de la fuerza de las preocupaciones, y sobre todo de las preocupaciones antiguas, que apenas nos permiten dejar los dogmas que aprendimos en nuestra juventud, *ni avergonzarnos* (como dice Horacio) *á los sesenta años de lo que creimos á los quince.* Mas yo no he tardado en concebir una idea mucho mas satisfactoria, y es, que dos grandes talentos, viendo que la consecuencia era tan clara é inevitable, se han contentado con fijar el principio, para evitar las quejas de las preocupaciones que los rodeaban.

á la madre, y la mitad de los niños que nacen mueren en la edad infantil. Si despues de esto se quitan los que deben morir antes de llegar á la edad de la reproduccion, se hallará que el resto es muy poca cosa. Es preciso pues que cada matrimonio nos dé cuatro hijos, para que la poblacion se aumente y florezca. Mas no debe jamás perderse de vista que no existe ningun verdadero sacerdote, cuya prudente y poderosa influencia no haya proporcionado acaso cien hijos al estado: porque la accion que sobre este punto egerce, nunca está suspendida; y su fuerza no tiene límites: de modo que puede decirse que nada hay tan fecundo, como la esterilidad del sacerdote. La fuente inagotable de la poblacion, no de aquella poblacion precaria, miserable, y aun peligrosa para el estado, sino de una poblacion sana, opulenta y disponible, es la continencia en el celibato, y la castidad en el matrimonio. *El amor es el que une, pero la virtud es la que puebla.* Platon

decia: *hagamos que sean los matrimonios tan ventajosos como pueden ser al estado, y acordémonos que los mas santos son los mas ventajosos* (1); y lo que entonces era solo un sueño alegre, ha llegado á ser en nuestros dias el estado habitual de toda sociedad humana, que ha recibido la ley divina en toda su plenitud: es decir, que se encuentra en ella una fuerza oculta y poderosa en su mas alto grado, que no duerme nunca, y que trabaja sin cesar en la santificacion, es decir, en la fecundidad de los matrimonios. Todas las religiones del mundo, aun sin exceptuar el cristianismo separado de la unidad, se detienen á la puerta de la cámara nupcial, y luego que han dicho: *¡Yo Hymen!* se retiran. Una sola religion entra con los esposos, y vela sin cesar

(1) *Plat. de Rep., lib. V. opp. tom. VII, edit. Bipont. pág.* 22.—Despues de este bello pasage de pura teoría, léase en cuanto á la práctica el epigrama de Marcial, *uxor, vade foras, &c. &c.*

sobre ellos. Un espeso velo cubre su accion: mas basta saber lo que es esta religion, para saber lo que ella hace. Una gran parte de su inmenso poder, se ha transferido enteramente á la legislacion de los matrimonios; y lo que consigue en este género, no es conocido sino del pequeño número de hombres que pueden, que saben, y que quieren absolutamente saber. Ahora bien, decir del ministro célibe de este santo poder, *que perjudica á la poblacion*, es lo mismo que decir que el agua perjudica á la vejetacion, porque ni la vid ni la espiga crecen en el agua.

Entre las cartas de San Francisco de Sales, se encuentra la de una dama de distincion, que consultó al Santo sobre si podria en conciencia separarse de su esposo en ciertos dias solemnes, en los cuales quisiera ella ser una santa. El Prelado le responde manifestándola las leyes del santo lecho conyugal; y bien copiaríamos aquí esta carta, si no temiésemos la risa

sardónica del vicio, que es insoportable (1).

Así pues, siendo el celibato eclesiástico doblemente útil á la poblacion, no solo como *restriccion moral* sin corrupcion, sino tambien como principio fecundo sin interrupcion ni límites, se sigue que es imposible imaginar una institucion mas ventajosa políticamente; y que todos los Soberanos del universo deberian adoptarla (independientemente de toda otra consideracion), como una simple medida de gobierno.

Gracias y honor eterno á Gregorio VII. y á sus sucesores, que han mantenido la integridad del sacerdocio, contra todos los sofismas de la naturaleza, del egemplo y de la heregía.

(1) Puede verse sobre este punto capital la moral severa de Fenelon, (obras espiritual. in 12. tom. 3. del casamiento, núm. 26.) y tambien las obras de Madama Guyon en una carta que escribió á un militar amigo suyo. (Cartas crist. y espirit. de Mad. Guyon, tom. 2. 39. de sus obras. Londres, in 12. 1768, lect. 16. pág. 45.)

CAP. IV.

Institucion de la monarquía europea.

El hombre no sabe admirar lo que está viendo todos los dias. En vez de celebrar nuestra monarquía que es un milagro, la llamamos despotismo, y hablamos de ella como de una cosa ordinaria, que ha existido siempre, y que no merece ninguna atencion particular.

Los antiguos oponian el reynado de las leyes al de los Reyes, como hubieran opuesto la república al despotismo. *Algunas naciones* (dice Tácito) *enfadadas de sus Reyes prefirieron las leyes* (1). Pero nosotros tenemos la felicidad de no comprender esta oposicion, que sin embargo es muy real, y lo será siempre fuera del cristianismo.

(1) *Quidam Regum pertæsi leges maluerunt.* (Tacit.)

Las naciones antiguas nunca han dudado, como tampoco lo dudan hoy los infieles, que el derecho de vida y muerte pertenecia directamente á los Soberanos. Es inútil probar esta verdad, que está escrita con letras de sangre en todas las páginas de la historia. Las primeras luces del cristianismo no pudieron aun desengañar á los hombres sobre este punto: pues que segun la doctrina del mismo San Agustin, el soldado que no mata cuando el Príncipe legítimo se lo manda, es tan culpable como el que mata sin su órden (1): donde es fácil de ver que en un tan gran talento, no cabia aun la idea de un nuevo derecho público, que quitaria á los Reyes el poder de juzgar.

Mas el cristianismo diseminado, por decirlo así, sobre la tierra, no podia hacer mas que preparar los co-

(1) S. August. de Civit. Dei, l. 29. — En otra parte tambien dice: *reum Regem facit iniquitas imperandi, innocentem autem militem ostendit ordo serviendi.* (Contra faustum.)

razones; y sus grandes efectos políticos no podian tener lugar, sino cuando la autoridad Pontifical hubiere adquirido sus justas fuerzas, y que el poder de esta religion se encontrase concentrado en la mano de un solo hombre: condicion indispensable para el egercicio de este poder. Era preciso además que el imperio romano desapareciese: pues que podrido hasta sus últimas fibras, no era digno de recibir el ingerto divino. Mas la robusta fiera del norte iba llegando: y mientras pisaria la antigua dominacion, los Papas debian apoderarse de ella, y sin dejar nunca de acariciarla, ó de combatirla, hacer en fin de ella lo que jamás se habia visto en el universo.

Desde el momento en que empezaron á establecerse las nuevas soberanías, no cesó la Iglesia de decir á los pueblos por boca de los Papas, estas palabras de Dios en la escritura santa: *por mí reynan los Reyes;* y á los Reyes *no juzgueis, para que no*

seais juzgados; á fin de establecer á un mismo tiempo el orígen *divino* de la soberanía, y el derecho *divino* de los pueblos.

»La Iglesia (dice muy bien Pascal) »prohibe á sus hijos aun mas fuerte»mente que las leyes civiles, hacerse »justicia á sí mismos, y siguiendo su »espíritu, tampoco se hacen justicia á »sí mismos los Reyes cristianos, aun »en los crímenes de lesa-Magestad del »primer grado, sino que envian los »criminales á los Jueces, para que los »castiguen segun las leyes, y con to»das las formas de la justicia (1)."

Y esto no es porque la Iglesia haya mandado cosa alguna sobre este punto: yo no sé aun si hubiera podido mandarlo, porque hay cosas que es preciso dejar en cierta obscuridad respetable, sin pretender aclararlas demasiado por leyes expresas. Los Reyes frecuentemente, y aun con demasiada frecuencia, han mandado directa-

(1) Pascal en sus cartas provinciales.

mente algunos castigos: pero siempre el espíritu de la Iglesia se adelantaba secretamente, atrayendo hácia sí las opiniones, y desconceptuando estos hechos de la soberanía como asesinatos solemnes, mas viles aun y no menos criminales que los que se egecutan en los caminos.

Mas ¿cómo hubiera podido la Iglesia hacer doblar á la Monarquía, si esta no hubiese estado preparada, suavizada, y digámoslo así dulcificada por los Papas? ¿Qué podia hacer un prelado, ó una Iglesia particular contra su Monarcá? Nada. Para obrar este grande prodigio era menester un poder mas que humano, no físico ni material, (porque en este caso se hubiera podido abusar de él temporalmente) sino un poder espiritual y moral que reynase solo sobre la opinion; y este fue el poder de los Papas. Ningun hombre sensato y puro podrá dejar de reconocer la accion de la Providencia, en esta opinion universal que dominó á la Europa,

y mostró á todos sus habitantes el Sumo Pontífice como la fuente de la soberanía europea: porque obrando á un mismo tiempo en todas partes esta misma autoridad, desvanecia las diferencias nacionales en cuanto era posible; y nada identificaba tanto los hombres como la unidad religiosa. La Providencia habia confiado á los Papas, la educacion de la soberanía europea. Mas ¿cómo se puede educar sin castigar? De aquí vienen tantos choques, tantos ataques algunas veces demasiado humanos, y tantas resistencias feroces: pero el principio divino no dejaba de estar siempre presente, siempre obrando, y siempre fácil de conocerse: sobre todo por aquel maravilloso carácter que ya hemos indicado, y que nunca podrá ser demasiado notado, á saber, *que toda accion de los Papas contra los Soberanos, resultaba en provecho de la misma soberanía.* Obrando siempre como delegados divinos, aun cuando luchaban con los Monarcas, no ce-

saban de avisar á los súbditos, que nada podian hacer contra sus señores. Bienhechores inmortales del género humano, ellos combatian á un mismo tiempo en favor del carácter divino de la soberanía, y en favor de la libertad legítima de los hombres. El pueblo perfectamente extraño á toda especie de resistencia, no podia envanecerse ni emanciparse; y los Soberanos no cediendo mas que á un poder divino, conservaban toda su dignidad. Federico humillado al Pontífice, podia ser un objeto de terror, acaso de compasion, mas no de desprecio: como tampoco lo fue David prosternado delante del Ángel que le traía las plagas del Señor.

Los Papas han educado la juventud de la Monarquía europea, y la han formado, al pie de la letra, como Fenelon formó al duque de Borgoña. Tratábase de una parte y de otra, de extirpar de un gran carácter un elemento feróz, que lo hubiera echado à perder todo. Todo

lo que incomoda al hombre, lo fortifica. No puede obedecer sin perfeccionarse; y porque de este modo se vence á sí mismo, se hace mejor. Un hombre podrá privarse de una muger á los treinta años, si á los cinco ó seis se le ha enseñado á privarse voluntariamente de un dulce ó de un juguete. Del mismo modo, ha sucedido á la Monarquía lo que sucede á un individuo bien educado. El esfuerzo continuo de la Iglesia dirigido por el Sumo Pontífice, ha hecho con la Monarquía lo que nunca se habia visto, y lo que no se verá jamás donde quiera que esta autoridad sea desconocida. Insensiblemente, sin amenazas, sin leyes, sin combates, sin violencia y sin resistencia, la gran carta europea fue proclamada, no por el papel perecedero, no por la voz de los pregones públicos, sino en todos los corazones europeos, entonces todos católicos.

Los Reyes abdican el poder de juzgar por sí mismos, y los pueblos en

compensacion declaran á los Reyes infalibles é inviolables.

Tal es la ley fundamental de la Monarquía europea, y esta es la obra de los Papas: maravilla nunca oida, contraria á la naturaleza del hombre *natural*; contraria á todos los hechos históricos, cuya posibilidad ni aun se habia soñado en los tiempos antiguos, y cuyo carácter divino mas notable, es el de haber llegado á ser vulgar.

Los pueblos cristianos que no hayan sentido, ó que no hayan sentido bastante la mano del Sumo Pontífice, no tendrán jamás esta Monarquía. En vano se agitarán bajo de una mano arbitraria, en vano correrán sobre las huellas de las naciones ennoblecidas, ignorando que antes de hacer leyes para un pueblo, es menester hacer un pueblo para las leyes. Todos sus esfuerzos serán no solamente vanos, sino funestos. Como nuevos Ixiones irritirán á Dios, y no abrazarán mas que una sombra.

Para ser admitidos en el banquete europeo: para hacerse dignos de este cetro admirable, que jamás ha satisfecho sino á las naciones que estaban preparadas; para llegar en fin á este objeto, que la impotente filosofía ha indicado tan ridículamente, todos sus caminos son errados, excepto el que nos ha conducido á nosotros.

En cuanto á las naciones que han permanecido bastante tiempo bajo la mano del Sumo Pontífice, para poder recibir la impresion santa, pero que despues lo han abandonado desgraciadamente, servirán de prueba á la grande verdad que hemos expuesto: pero esta prueba será de un género contrario: porque en las primeras, el pueblo nunca obtendrá sus derechos, y en las segundas el Soberano perderá los suyos, y de ahí nacerá la consecuencia.

Los Reyes favorecieron hace tres siglos la grande revolucion para robar á la Iglesia (1). Luego se les ve-

(1) **Hume que nada creía, ni se embarazaba**

rá conducir los pueblos á la unidad, para afirmar sus tronos, puestos en el ayre por las nuevas doctrinas.

La union del imperio y del sacerdocio en diferentes grados, y con diferentes formas, fue siempre demasiado general en el mundo, para que no la tengamos por divina. Entre estas dos cosas hay una afinidad natural. Es preciso que se unan, ó se sostengan; y si una de ellas se retira, la otra siente su falta.

.... *Alterius sic*
Altera poscet opem res et conjurat amice.

Toda Nacion europea que se substrayga de la influencia de la Santa Sede, será conducida invenciblemente hácia la esclavitud, ó hácia la rebelion. El justo equilibrio que distin-

por nada, confiesa sin cumplimientos, que el verdadero fundamento de la reforma, fue el deseo de robar la plata y todos los ornamentos de los altares. Estas son sus palabras: *un pretexto para despojar los altares de la plata, vestiduras y ricos ornamentos que les pertenecian.* Hume, hist. de Ingl. Elisabeth, cap. 40. ann. 1568.

gue á la Monarquía europea, no puede ser sino el efecto de la causa superior que va indicada.

Este equilibrio milagroso es tal, que da al Príncipe todo el poder que no supone la tiranía propiamente dicha, y al pueblo toda la libertad que no excluye la obediencia indispensable. El poder es inmenso sin ser desordenado, y la obediencia es perfecta sin llegar á ser vil. Este es el solo gobierno que conviene á los hombres de todos los tiempos, y de todos los lugares: los demás solo son excepciones. Donde quiera que el Soberano no impone directamente ninguna pena, ni el mismo sea responsable á nadie de pena alguna, hay bastante poder, y bastante libertad: todo lo demás es de poca importancia (1).

(1) El derecho, por egemplo, de imponer contribuciones, al cual se da tanta importancia, no significa gran cosa. Las Naciones que determinan ellas mismas sus impuestos, son las mas cargadas, y lo mismo sucede con el derecho co-

Se habla mucho del despotismo turco; y no obstante, este despotismo se reduce á poder castigar *directamente*, es decir á poder *asesinar*: que es el solo poder que la opinion universal quita á los Reyes cristianos. Es muy importante, que nuestros Príncipes se persuadan de una verdad que conocen poco, y que sin embargo es incontestable; y es, que son incomparablemente mas poderosos, que los Príncipes asiáticos. El Sultan puede ser legalmente depuesto, y decapitado por un decreto de los Mollas y de los Ulhemas reunidos (1). No puede ceder una provincia, ni una sola ciudad sin exponer su cabeza: no puede dispensarse de ir á la Mosquea todos los viernes; y se han visto sultanes que hallándose en-

legislativo. Las leyes serán por lo menos igualmente buenas, donde haya un solo legislador único.

(1) Estos dos cuerpos son en corta diferencia como si digésemos entre nosotros el clero y la magistratura.

fermos, hicieron un esfuerzo para montar á caballo, y cayeron muertos en el camino antes de llegar á la Mosquea: no puede conservar un hijo varon que nazca en su casa, si no es de la línea directa de la sucesion: no puede revocar la sentencia de un Cadí: no puede tocar ningun establecimiento religioso, ni los bienes ofrecidos á una Mosquea, &c.

Si se ofreciese á cualquiera de nuestros Príncipes, el derecho *sublime* de hacer ahorcar á cualquiera, pero con la condicion de poder ser el mismo juzgado, depuesto ó decapitado; yo dudo mucho que aceptase este partido, y sin embargo, lo que se le ofrecia es lo que llamamos el *poder absoluto de los sultanes.*

Cuando oimos hablar de las catâstrofes sangrientas, que han costado la vida á muchos de estos Príncipes, juzgando estos sucesos segun nuestras propias ideas, no vemos en ellos sino conjuraciones, asesinatos, révoluciones; y nada es mas falso.

En la dinastía entera de los otomanos, uno solo ha perecido por una verdadera insurreccion; y este crímen se considera en Constantinopla como nosotros consideramos el asesinato de Carlos I. ó de Luis XVI. La Compañía, ó la *Horta* de los genízaros que fue la agresora, quedó suprimida, y no obstante se conservó su nombre para eterna ignominia. En cada revista se la llama, y luego que se pronuncia su nombre, un oficial dice en alta voz *esa ya no existe, es maldita*, &c.

En general las egecuciones que terminan tantos reynados, son reconocidas por la ley; y hemos visto un egemplo memorable en la muerte del amable Selim, última víctima de este terribl derecho público. Cansado ya del poder quiso cederlo á su tio, y este le dijo: *mirad bien lo que haceis: las facciones os fatigan: pero cuando sereis una persona particular, otra faccion podrá muy bien volveros á llevar al trono, es decir, á la muerte.* Selim persistió

en su intento, y la profecía se cumplió. Desde luego una faccion poderosa emprendió colocarle otra vez en el trono; y un *fetfa* del Diván le quitó la vida. En esta especie de casos, el decreto dirigido al Soberano se parece mucho al que el senado romano dirigia á los cónsules en los momentos peligrosos. *Videant consules*, &c.

En cualquier estado donde el Soberano egerza el derecho de castigar *directamente*, es preciso que pueda ser juzgado, depuesto y muerto; y sobre este punto no hay un derecho ó regla fija, es preciso que su muerte no asuste ni conmueva las imaginaciones: es preciso aun que los autores de estos terribles atentados no padezcan en la opinion pública, y que haya hijos expresamente organizados, que consientan tener los mismos nombres de sus padres. Esto es lo que ha sucedido en efecto, porque todo lo que es necesario existe.

La opinion es lo que debe ser.

Ella quiere que en ciertos casos pueda ponerse la mano sin deshonor, sobre el Príncipe que está investido con el derecho de quitar la vida á otros.

Por una razon del todo contraria, tanto la opinion como la ley deben reprimir á todo hombre, que se atreva á poner la mano sobre un Monarca declarado inviolable. El mismo nombre de *regicida* desaparece sofocado bajo del peso de la infamia; cuando en otras partes la dignidad de la víctima parece ennoblecer algunas veces el asesinato.

CAP. V.

Vida comun de los Principes. Alianza secreta de la Religion, y de la Soberanía.

La lectura de la historia casi inclinaria á creer, que la muerte violenta es natural para los Príncipes, y que para ellos la natural solo es una excepcion.

De los treinta Emperadores que reynaron en dos siglos y medio, desde Augusto hasta Valeriano, solamente seis murieron de muerte natural; y en Francia desde Clovis hasta Dagoberto, en un espacio de ciento y cincuenta años, mas de cuarenta Reyes ó Príncipes de la sangre real perecieron de muerte violenta (1).

Es cosa muy deplorable que aun en estos últimos tiempos se haya podido decir, *que si en un espacio de dos siglos se cuentan en Francia diez Monarcas ó Delfines, tres de ellos han sido asesinados, tres murieron de muerte secretamente preparada, y el último pereció en el cadalso* (2).

(1) Garnier, histor. de Carlo-Magno, tom. I. in 12., introduc. cap. 2. pág. 219. Esta cita es de Mr. Bernardi en su obra *del orígen y progresos de la legislacion francesa.* Diario de los Debates, 2. Agosto de 1816.

(2) En el Diario de París de Julio de 1793 núm. 185. se puede leer la espantosa diatriba de donde se ha sacado esta cita. El autor sin embargo parece que murió en pleno uso de sus cinco sentidos. *Sit tibi terra levis* !!!

La historia que acabamos de citar hace aparecer como cierto, que la vida de los Príncipes es mas corta que la vida comun; pues que la muerte violenta ha dado fin á las vidas de tantas personas reales: *ya sea*, añade el mismo historiador, *porque la brevedad general de la vida de los Reyes, procede de los embarazos y de los disgustos del trono*; ó *de la funesta facilidad que tienen los Reyes y los Príncipes de satisfacer todas sus pasiones* (1).

A primera vista parece verdadera esta observacion: mas no obstante examinando la cosa mas de cerca, para mí produce un resultado muy diferente.

La vida de los hombres comunmente, parece estar calculada poco mas ó menos en veinte y siete años (2).

(1) Garnier, ibid. pág. 227 y 228.

(2) *D'Alembert*, *Variedades de literatura y de filosofia*, *Amsterdam*, 1767, *cálculo de las probabilid.*, *pág.* 285.—Este mismo d'Alembert observa no obstante que habia algunas du-

Por otro lado si se creyesen los cálculos de Newton, los reynados comunes serian de diez y ocho á veinte años; y yo creo que este cálculo no sufriria contradiccion, si no se hiciese excepcion alguna de siglos ni de naciones, es decir, de religiones: mas esta distincion debe hacerse, segun lo observa el caballero Guillermo Jones. *Examinando* (dice) *las dinastías asiáticas desde la decadencia del califato, yo no he hallado mas que de diez á doce años por reynado comun* (1).

Otro miembro distinguido de la academia de Calcuta pretende, que segun las tablas necrológicas la vida comun es de treinta y dos á treinta

das sobre estas evaluaciones, y *que las tablas necrológicas debian hacerse con mas cuidado y precision.* Opúsc. matem. París, 1768 en 4. tomo 5. sobre las tablas necrológicas, pág. 231. Desde aquella épça se ha hecho esto, segun creo, con mucha exactitud.

(1) Obras del caballero Jones, in 4. tom. 5. pág. 554. En el prefacio de su descripcion del Asia.

y tres años; y que *en una larga sucesion de Principes, no podria darse mas duracion á cada reynado uno con otro, que la mitad de esta suma, ó bien sea de diez y siete años* (1).

Este último cálculo puede ser verdadero, si se hacen entrar en él los reynados asiáticos: pero respecto de la Europa seria falso: porque los reynados comunes en esta parte del mundo, exceden desde muy antiguo el término de veinte años, y en muchos estados católicos llegan hasta veinte y cinco.

Tomemos pues el término medio de 30 entre los 27 y 33 que se asignan á la duracion de la vida comun, y el término medio de 20 aunque demasiado bajo, como cualquiera puede convencerse por sí mismo, para el reynado comun en Europa. Pregunto ahora ¿cómo es posible que la vida comun de los hombres sea sola-

(1) *Mr. Bentley, Investigaciones asiát. Suplemento á las obras citad.*, tom. 2. in 4. págin. 1035.

mente de 30 años, y los reynados de 22 á 25 si los Príncipes (se entiende los Príncipes cristianos), no tuviesen mas larga vida que la que se asigna al comun de los hombres? Esta consideracion probaria lo que siempre me ha parecido muy probable, y es, que las familias verdaderamente Reales, son naturales, y se diferencian de las otras, como un árbol se diferencia de un arbusto.

Nada sucede: nada existe, sin una razon suficiente: una familia no puede reynar, sino porque tiene mas vida, mas *espíritu Real*, en una palabra, en cuanto excede á las demás en todo lo que hace á una familia mas á propósito para reynar. Se cree que una familia es Real porque reyna: pero al contrario, reyna porque es Real.

En nuestros juicios sobre los Soberanos, estamos expuestos á cometer una falta imperdonable, si fijamos nuestra vista sobre algunos puntos tristes de sus caractéres, ó de sus

vidas. Dice el hombre á veces muy satisfecho: *he aquí lo que son los Reyes!* Y debiera decir: *¿qué seria yo ahora, si solamente algun movimiento revolucionario hubiera colocado á mi tercer abuelo sobre el trono? Un imbécil, ó un furioso, que á cualquier precio deberia quitarse de en medio.*

Como infelices *Estilitas* los Reyes están condenados á pasar su vida sobre una columna, sin poder nunca bajar de allí. Así, no pueden ver tan bien como nosotros lo que pasa por acá abajo: mas en desquite ven de mas lejos; y tienen un cierto tacto interior, un cierto instinto que frecuentemente los conduce mejor, que el raciocinio de los que los rodean. Yo estoy tan persuadido de esta verdad, que en todas las cosas dudosas me seria muy repugnante, y aun creería comprometer mi conciencia, si contradijese abiertamente (aun del modo que es permitido) la voluntad de un Soberano. Despues de haberles dicho la verdad como se debe, no

debe hacerse mas que ayudarles y dejarles obrar.

Todos los dias se hacen comparaciones de un Príncipe con un particular: qué sofisma! En estas comparaciones hay inconvenientes, que nacen de la posicion de los Soberanos, y por consiguiente deben tenerse por nulas. La comparacion debe hacerse entre una familia *reynante*, y otra familia particular que *si reynase* estaria sujeta á los mismos inconvenientes. En esta suposicion no queda la menor duda sobre la superioridad de la primera, ó por mejor decir, sobre la incapacidad de la segunda: porque la familia no Real, nunca reynará (1).

(1) La Soberanía legítima podrá ser imitada durante algun tiempo: tambien es susceptible de mas ó de menos; y los que han meditado mucho sobre este grande objeto, no podrán dejar de conocer en este género los caractéres del *mas*, del *menos*, ó de la *nada*. Si nada se sabe del orígen de una Soberanía: si ha principiado, digámoslo así, por sí misma, sin violencia por un lado, y sin aceptacion ni deliberacion por el

Así pues, no deberá extrañarse, si se encuentra en una familia Real mas vida comun que en cualquiera otra; y esto nos conduce á exponer aquí uno de los mayores oráculos pronunciado en la santa escritura. *Los crímenes de los hombres multiplican los Príncipes. La prudencia y la inteligencia de los súbditos hacen mas durables los reynados* (1).

Nada hay mas cierto: nada mas profundo: nada mas terrible; y por desgracia nada hay menos sabido. El enlace de la Religion con la sobera-

otro: si además el Rey es europeo y católico, es como dice Homero *muy Rey*. Cuanto mas se aleje de este modelo será menos Rey. No se debe fiar mucho de las razas elevadas por un torbellino, producidas por la política ó la fuerza; y que se muestran rodeadas, defendidas, consagradas por bellas leyes fundamentales escritas en papel avitelado, *y que han previsto todos los casos*. Estas razas no pueden durar. Mucho mas se pudiera decir acerca de esto.

(1) *Propter peccata terræ multi principes ejus, et propter hominis sapientiam et horum scientiam quæ dicuntur, vita ducis longior erit.* Prov. 28. 2.

nía, nunca debe perderse de vista. Yo me acuerdo de haber leido hace algun tiempo, un sermon inglés que tenia por título, *los pecados del gobierno, son los pecados del pueblo* (1). Yo subscribo á ello. Este título solo, vale mas que muchos libros.

Comparando las razas de los Soberanos de Europa y de Asia, observa el caballero Jones, que *la naturaleza de los infelices gobiernos asiáticos, explica la diferencia que los distingue de los nuestros, respecto de la duracion de las razas* (2).

Sin duda: pero es preciso añadir que la religion es la que diferencia los gobiernos. El mahometismo no concede mas que diez ó doce años á los Soberanos: *porque los crímenes de los hombres multiplican los Príncipes;* y

(1) Discurso prevenido para la últim. vigil. (London, Chronicle 1793, núm. 5747.) Este título y este asunto son dignos de un talento sabio y luminoso.

(2) Obras del caballero Jones, tom. 5. págin. 554. En el prefacio de su descripcion del Asia.

en todo pais de infieles es absolutamente preciso muchísimos mas crímenes, y muchísimas menos virtudes que entre nosotros, por grande que sea la relajacion de nuestras costumbres: porque á pesar de esta relajacion, continuamente se nos predica la verdad, y que *nosotros estamos instruidos de las cosas que se nos dicen.*

Los reynados pues, pueden calcularse de veinte y cinco años. En Francia el reynado comun durante tres siglos, es de veinte y cinco años. En Dinamarca, en Portugal, en el Piamonte, los reynados son igualmente de veinte y cinco años. En España se han calculado de veinte y dos; y así se ve claramente, que aunque hay alguna diferencia en la duracion de los diferentes gobiernos cristianos, todos ellos son no obstante mas largos, que todos los reynados no cristianos, antiguos y modernos.

Otra consideracion importante sobre la duracion de los reynados, pudiera sacarse de las soberanías pro-

testantes, comparadas con ellas mismas antes de la reforma, y con las otras que no han variado su creencia.

Los reynados de Inglaterra, que eran de mas de veinte y tres años antes de la reforma, solo son ya de diez y siete desde aquella época. Los de Suecia han bajado de veinte y dos años, al mismo número de diez y siete. Pudiera muy bien ser que la ley incontestable respecto de las naciones infieles, ó primitivamente extrañas á la influencia de la Santa Sede, que esta ley, digo, se manifestase aun en las naciones que no han dejado de ser católicas, sino despues de haberlo sido largo tiempo. Sin embargo, como puede haber compensaciones desconocidas; y que Dinamarca, por egemplo, en virtud de alguna razon oculta, aunque ciertamente honrosa para la Nacion, no parece haber sufrido la ley de acortarse sus reynados, conviene esperar antes de generalizar. Por lo demás siendo esta ley manifiesta, no se trata mas que de

examinar su extension. Nunca se profundizará bastante *la influencia de la Religion, sobre la duracion de los reynados, y de las dinastías.*

CAP. VI.

Observaciones particulares sobre la Rusia.

La Rusia nos presenta un bello fenómeno. Situada entre la Europa y la Asia, participa de la una y de la otra. El elemento asiático que posee, y que salta á los ojos, no debe humillarla: antes bien podria sacar de él un título de superioridad: pero respecto de la Religion, se advierten en ella muchas desventajas; y tales que yo no sé aun si á los ojos de un verdadero juez, se la hallaria mas cerca de la verdad, que las naciones protestantes.

El deplorable cisma de los griegos, y la invasion de los tártaros, impidieron que los rusos participa-

sen del gran movimiento de la civilizacion europea y legítima, que procedia de Roma. Cirilo y Metodo, apóstoles de los esclavones, habian recibido sus poderes de la Santa Sede; y aun habian ido á Roma para dar cuenta de su mision (1). Mas apenas estaba atada la cadena, cuando fue rota por las manos de aquel Phocio, de funesta y odiosa memoria, á quien la humanidad en general no tiene menos cargos que hacer, que la

(1) Cirilo y Metodo tradugeron la liturgia en esclavon, é hicieron celebrar la misa en la lengua que hablaban los pueblos que habian convertido. Sobre esto hubo de parte de los Papas grande resistencia, y grandes restricciones, que por desgracia no produgeron en los rusos efecto alguno. Tenemos una carta del Papa Juan VIII. (que es la 194.) dirigida al Duque de Moravia *Sfentopulk* en el año 859., en la cual dice á este Príncipe: *aprobamos las cartas esclavonas, inventadas por el filósofo Constantino* (que era el mismo Cirilo), *y mandamos que se canten las alabanzas de Dios en lengua esclavona.* (*Vidas de los Santos*, *traduc. del inglés. Vida de S. Cirilo y S. Metodo*, 14. *Febrero in* 8. *tom.* 2.) Este libro precioso es una excelente miniatura de los Bolandistas.

religion, contra la cual no obstante se manifestó tan culpable.

Así pues la Rusia no recibió la influencia general, ni pudo penetrarse del espíritu *universal*, pues que apenas tuvo tiempo para sentir la mano de los Sumos Pontífices; y de ahí procede que su religion es toda exterior, y no penetra en los corazones. Debe ponerse gran cuidado en no confundir *el poder de la Religion sobre el hombre, y la adhesion del hombre á la Religion*, dos cosas que nada tienen de comun. Un hombre podrá estar robando toda su vida, sin concebir siquiera la idea de la restitucion, y no dejar de rezar todos los dias sus devociones, ó defender una imágen con peligro de su vida, y morir antes que comer de carne en un dia prohibido, sin dejar de vivir en una amistad culpable. Yo llamo *poder de la Religion, á aquel que muda y exalta al hombre* (1) hacién-

(1) *Lex Domini immaculata convertens animas.* (Ps. 18. v. 8.) Esta es una expresion muy

dole capaz de un grado mayor de virtud, de civilizacion y de ciencia. Estas tres cosas son inseparables, y la accion interior del poder legítimo, siempre se manifiesta exteriormente por la prolongacion de los reynados.

Pocos escritores viageros han hablado con amor de los rusos. Casi todos los han pintado por su lado débil, para divertir la malicia de sus lectores. Aun algunos, como el doctor Clarke, han hablado de ellos con una severidad que amedrenta, y Gibbon no ha tenido el menor reparo en llamarles los mas ignorantes, y

notable. Un rabino de Mantua decia á un sacerdote católico, amigo mio, en lo íntimo de una conversacion: *es preciso confesar que en vuestra religion hay realmente* UNA FUERZA QUE CONVIERTE. Es cierto que Voltaire ha dicho en sentido contrario: que *Dios visitó este mundo pero no lo mudó.* (Desastre de Lisbonne.) Mas á mí me divierte mucho ver delirar á un genio, que paga de este modo el crímen de infidelidad á su mision. Yo no le tengo compasion. ¿Por qué hace traicion á su dueño? ¿Por qué habia de violar sus instrucciones? ¿Era acaso enviado para mentir?

los mas supersticiosos sectarios de la comunion griega (1).

No obstante, este pueblo es eminentemente valiente, benéfico, espiritual, hospitalario, emprendedor, feliz en imitar, elegante, y poseedor de una lengua magnífica, sin mezcla de gerga alguna, aun en las ínfimas clases del pueblo.

Las manchas que desfiguran este carácter, vienen ó de su antiguo gobierno, ó de su civilizacion que es falsa; y no solamente es falsa porque es humana, sino porque para mayor desdicha, ha coincidido con la época de la mayor corrupcion del espíritu humano; y porque las circunstancias han puesto en contacto, ó han amalgamado, por decirlo así, la nacion rusa, con otra que ha sido á un mismo tiempo el mas terrible instrumento, y la víctima mas deplorable de esta corrupcion.

(1) Hist. de la decad., &c. Tom. 13. cap. 67. pág. 10.

Toda civilizacion principia por los eclesiásticos, por las ceremonias, y aun por los milagros, verdaderos ó falsos, nada importa. Ni hay, ni ha habido, ni puede haber excepcion de esta regla. Y los rusos habian principiado tambien como los demás, pero su obra desgraciadamente se interrumpió por las causas ya indicadas, y no volvió á emprenderse hasta el principio del siglo 18 bajo los mas tristes auspicios.

Las semillas resfriadas de la civilizacion rusa, principiaron á calentarse, cuando se hallaban en los lodos de la regencia, y las primeras lecciones que oyó este gran pueblo, en una lengua que adoptó por suya, no fueron mas que blasfemias.

Sabemos que hoy puede notarse un movimiento contrario, capaz de consolar hasta cierto punto el ojo de un observador amigo; ¿mas cómo se borrará el anatema primitivo? Gran lástima es que la mas poderosa de las familias esclavonas, se haya subs-

traido en su ignorancia, al gran centro constituyente, para arrojarse en los brazos de los miserables griegos del bajo imperio: sofistas detestables: pródigos de orgullo y de nulidad, cuya historia no puede leerse sino por un hombre que esté acostumbrado á devorar leyendas desagradables, pues que nos presenta en fin el horrible expectáculo, de mil años de una monarquía cristiana, envilecida hasta tener reynados de once años.

No es necesario haber vivido mucho tiempo en Rusia, para conocer lo que falta á sus habitantes. Es una cosa profunda, que se siente profundamente, y que el mismo ruso puede contemplar en el reynado comun de sus Soberanos, que no excede de trece años, cuando el reynado cristiano se aproxima al doble de este número, y llegará á él, ó lo sobrepujará en cualquiera parte donde haya prudencia. En vano la sangre extrangera puesta sobre el trono de Rusia, podria creerse en derecho de con-

cebir mayores esperanzas; en vano las mas dulces virtudes vendrian á contrastrar sobre este trono, con la aspereza antigua: los reynados no se acortan *por las faltas de los Soberanos*, lo que seria visiblemente injusto, *sino por faltas del pueblo* (1). En vano los Soberanos harán los mas nobles esfuerzos, ayudados de los de un pueblo generoso que no cuenta jamás con sus dueños; todos estos prodigios del mas legítimo orgullo nacional, serán nulos, cuando no sean funestos. Los siglos pasados ya no están en poder del ruso. El cetro creador, el cetro divino no ha reposado bastante en su mano. ¡Y en su profunda ceguedad, aun se gloría este gran pueblo de ello! Entretanto la ley que lo abate viene de muy alto, para que sea posible evitar su peso, si no es tributándola el debido homenage. Para elevarse al nivel de la civilizacion europea, no hay mas que un camino

(1) Vide supra, pág. 162.

para él, y es aquel de donde se apartó.

Con frecuencia ha oido el ruso la voz de la calumnia, y aun muy frecuentemente la de la ingratitud. Sin duda tenia derecho de levantarse contra algunos escritores sin delicadeza, que les pagaban con insultos la mas generosa hospitalidad: mas no rehusará su confianza á sentimientos directamente opuestos. El respeto, la aficion, el reconocimiento, seguramente no intentan engañarle.

CAP. VII.

Otras consideraciones particulares sobre el imperio de Oriente.

El Papa está revestido con cinco caractéres muy diferentes: porque es Obispo de Roma, Metropolitano de las iglesias suburvicarias, Primado de Italia, Patriarca de Occidente, y en fin Sumo Pontífice. Jamás ha usado en los otros patriarcados sino de los

poderes de este último carácter: de manera que á menos de ocurrir un asunto de grande importancia, algun abuso muy notable, ó alguna apelacion en causas mayores; los Sumos Pontífices se han mezclado muy poco, en la administracion eclesiástica de las Iglesias Orientales, y aun esto fue una desdicha no solo para ellas, sino tambien para los estados donde se hallaban establecidas. Puede decirse que la iglesia griega, desde su orígen ha llevado en su seno una semilla de division, que no se ha desarrollado completamente sino al cabo de doce siglos: pero que ha existido siempre bajo de formas menos absolutas, menos decisivas, y por consiguiente soportables (1).

(1) San Basilio habla tambien en alguna parte del *orgullo occidental* que llama, ΟΦΡΥΝ ΔΙΤΙΚΗΝ. Si no me engaño es en la obra que escribió *sobre el partido que puede sacarse de las lecturas profanas*, *para el bien de la Religion*. Nada absolutamente, ni aun la santidad, no podia apagar del todo el fuego de la guerra que dividia los dos estados y las dos Iglesias;

Esta division religiosa se fortificaba, con el apoyo de la oposicion política, creada por el Emperador Constantino; y auxiliadas recíprocamente, no cesaron de rechazar la union que hubiera sido tan necesaria, contra los formidables enemigos que avanzaban del Oriente y del Norte. Escuchemos ahora sobre este punto al respetable autor de las *cartas sobre la historia*. »Es seguro (dice) que si los »dos Emperadores de Oriente y de »Occidente hubiesen reunido sus es»fuerzos, hubieran arrojado infali»blemente á las arenas de África, los »pueblos (los sarracenos) que debian »temer ver establecidos en medio de »ellos: pero habia entre los dos im»perios una emulacion, que nada po»dia destruirla, y que se manifestó »aun mas durante las cruzadas. El »cisma de los griegos les daba una »antipatía religiosa, la cual se sos-

que nacia de la política, y que venia desde Constantino.

»tuvo siempre aun contra su propio »interés (1).”

Este trozo contiene una verdad notable. Si los Papas hubiesen tenido la misma autoridad sobre el imperio de Oriente, que sobre el de Occidente, no solo hubieran arrojado á los sarracenos, sino aun á los turcos; y todos los males que nos han hecho estos pueblos, no hubieran sucedido. Mahoma, Soliman, Amurat, &c. serian nombres desconocidos entre nosotros. Franceses! Vosotros que os habeis dejado engañar por vanos sofismas, vosotros reynariais en Constantinopla y en la *ciudad Santa*. Las lápidas de Jerusalen, que ya no son mas que un monumento histórico, serian citadas y observadas aun donde fueron escritas: en Palestina se hablaria francés: las ciencias, las artes, la civilizacion ilustrarian aquellos famosos paises del Asia, que fue el jardin del universo; y hoy están

(1) Cartas sobre la hist., tom. 2. carta 45.

despoblados, entregados á la ignorancia, al despotismo, á la peste, y á todo género de embrutecimiento.

Si el ciego orgullo de estos paises no hubiera resistido constantemente á los Sumos Pontífices, si estos hubiesen podido dominar á los viles Emperadores de Byzancia, ó á lo menos hacerse respetar de ellos; hubieran salvado la Asia, como han salvado la Europa, que todo se los debe, aunque parece que lo olvida.

La Europa por largo tiempo despedazada por los bárbaros del Norte, se veía amenazada de los mayores males. Los formidables sarracenos caían sobre ella, y sus mas bellas provincias estaban ya conquistadas ó invadidas. Dueños ya de la Siria, del Egipto, de la Tintigana, y de la Numidia, habian añadido á sus conquistas de Asia y de África, una parte considerable de la Grecia, la España, la Cerdeña, la Córcega, la Pulla, la Calabria y una parte de la Sicilia. Habian hecho el sitio de Ro-

ma, y abrasado sus arrabales. En fin se habian echado sobre la Francia, y desde el siglo 8.º se hubiera acabado ya la Europa, es decir, el cristianismo, las ciencias, y la civilizacion, á no ser por el genio de Carlos Martel y de Carlo-Magno que detuvieron este torrente. El nuevo enemigo no se parecia á los otros: los nobles hijos del Norte podian acostumbrarse á nosotros, aprender nuestras lenguas, y unirse en fin con nosotros con el triple lazo de las leyes, de los casamientos, y de la Religion. Pero el discípulo de Mahoma de ningun modo nos pertenece, es extrangero, no puede asociarse ni inmiscuirse con nosotros. Ved los Turcos! Espectadores altivos, y despreciadores de nuestra civilizacion, de nuestras artes y ciencias, y enemigos mortales de nuestro culto, no son mas en el dia que lo que eran en 1454 un campo de tártaros, situado en tierra europea. La guerra entre ellos y nosotros es natural, y la paz forzada.

Luego que el cristiano y el musulman llegan á tener algun contacto, uno de los dos debe servir ó perecer. Entre estos enemigos no puede haber tratado.

Por fortuna la tiara nos ha libertado de la media-luna. No ha cesado de resistirla, de combatirla, de buscarla enemigos, de reunirlos, de animarlos, pagarlos y dirigirlos. Si somos libres, sabios y cristianos, á ella se lo debemos.

Entre los medios que los Papas han empleado para rechazar el mahometismo, es preciso distinguir el de dar las tierras usurpadas por los sarracenos, al primero que pudiese arrojarlos de ellas. Y ¿qué cosa mejor podia hacerse, cuando sus antiguos dueños no parecian? ¿Habia algun mejor medio para legitimar el nacimiento de una soberanía? ¿Se creerá que esta institucion no valiese mas que *la voluntad del pueblo*, es decir, de un puñado de facciosos dominados por uno solo? Pero nuestros razona-

dores modernos cuando se trata de *tierras dadas* por los Papas, nunca dejan de transportar todo el derecho público de la Europa moderna, al medio de los desiertos, de la anarquía, de las invasiones y soberanías flotantes de la edad media: lo que necesariamente no puede producir mas que extraños paralogismos.

Léase la historia con ojos desapasionados, y se verá que los Papas han hecho cuanto han podido en aquellos tiempos desgraciados; y sobre todo se verá que se han excedido á sí mismos en la guerra que han hecho al mahometismo.

»Ya en el siglo 9.° cuando el for»midable egército de los sarracenos »amenazaba destruir la Italia, y ha»cer una aldea mahometana de la »capital del cristianismo, el Papa »Leon IV. tomando en este peligro »una autoridad, que parecian aban»donar los Generales del Emperador »Lothario, se mostró digno de man»dar como Soberano, defendiendo á

»Roma. Él la fortificó, él armó las »milicias, él visitó por sí mismo to»dos los puestos.... Habia nacido en »Roma; y el valor de los primeros »tiempos de la república, revivia en »él en una edad de flogedad y de cor»rupcion, como un bello monumen»to de la antigua Roma, que se en»cuentra alguna vez entre las ruinas »de la nueva (1)."

Pero al fin, toda resistencia hubiese sido vana, y el ascendiente del islanismo la hubiera infaliblemente arrollado, si no hubiésemos sido libertados por los Papas, y por las cruzadas de que fueron autores, promovedores, y directores, en cuanto lo permitieron la ignorancia, y las pasiones de los hombres. Los Papas descubrieron con los ojos de Aníbal, que para rechazar ó destrozar para siempre una potencia formidable y diseminada, no basta defenderse de ella

(1) Voltaire, Ensayo sobre las costum., &c. tom. 2. cap. 28.

en los propios hogares, sino que es menester ir á atacarla en los suyos, y así, las cruzadas que lanzaron en el Asia, infundieron en los musulmanes otras ideas, bien diferentes á la de invadir, y aun de insultar solamente la Europa.

Los que dicen que las cruzadas no fueron para los Papas mas que guerras de devocion, seguramente no han leido el discurso de Urbano II. en el concilio de Clermont. Los Papas nunca han apartado su vista del mahometismo, hasta que este cerró bien sus ojos, con aquel sueño letárgico que nos ha tranquilizado para siempre. Pero es muy notable que el último golpe, el golpe decisivo lo recibió de la mano del Papa. El dia 7 de Octubre de 1571 se dió en fin aquel combate memorable; »la mas furiosa »batalla naval de que hay memoria. »Esta jornada gloriosa para los cris»tianos, fue la época de la decadencia »de los turcos; en la cual no solo per»dieron hombres y bageles, cuya pér-

»dida puede repararse, sino que per»dieron el poder de la opinion, que »es el principal poder de los pueblos »conquistadores: poder que se adquie»re una vez, y que no se recobra »nunca (1). Esta inmortal jornada »abatió el orgullo otomano, y desen»gañó al universo, que creía las flotas »turcas invencibles (2)."

Mas ¿esta batalla de Lepanto, época de la decadencia de la media-luna, á quién la debe la cristiandad? Á la Santa Sede. El vencedor de Lepanto

(1) Mr. de Bonald. *Legisl. primitiv.*, tom 3. pág. 288. *Disc. polit. sobre el estado de la Europa*, §. 8.

(2) Estas últimas expresiones son del célebre Cervantes, que se halló en la batalla de Lepanto, y aun tuvo el honor de ser herido en ella. (D. Quijote, parte I. cap. 39., Madrid, 1799, tom. 4. pág. 40.) En el prólogo de la 2. parte aun vuelve á hablar Cervantes de esta famosa batalla, y dice que fue la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. (Ibid., tom. 5. págin. 8. edic. de Pellicer.) — El que quiera asistir aun á esta batalla, puede leer su descripcion en la obra de Gratiani *de bello cyprio.* Roma, 1664 in 4.

no fue tanto D. Juan de Austria, como aquel Pio V. de quien dijo Bacon: *Yo me admiro de que la Iglesia romana no haya canonizado ya á este grande hombre* (1). Unido al Rey de España y á la república de Venecia, atacó á los otomanos: fue el autor y el alma de esta grande empresa, á la cual concurrió con sus consejos, con su influencia, con sus tesoros y con sus armas, que se mostraron en Lepanto de una manera enteramente digna de un Sumo Pontífice.

Resúmen y conclusion de este Libro.

La conciencia ilustrada y la buena fe, no pueden ya dudar que el cristianismo es el que ha formado la monarquía europea, maravilla muy poco admirada. Mas sin el Papa no hay verdadero cristianismo. Sin el Papa la institucion divina pierde su poder, su carácter divino y su fuerza conquis-

(1) Bacon, en el diálogo *de bello sacro*.

tadora. Sin el Papa no es mas que un sistema, una creencia humana, incapáz de entrar en los corazones y modificarlos, para hacer al hombre susceptible de un mas alto grado de ciencia, de moral y de civilizacion. Toda soberanía, cuya frente no haya sido tocada por el dedo eficáz del Sumo Pontífice, se quedará siempre inferior á las otras, tanto en la duracion de los reynados, como en el carácter de su dignidad, y en las formas de su gobierno. Toda nacion aun cristiana, que no haya sentido bastante la accion constituyente, permanecerá igualmente para siempre inferior á las otras, en estos puntos, aunque en lo demás sea igual; y toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conocerá en fin que le falta alguna cosa, y tarde ó temprano será conducida por la razon ó por la desgracia. Para cada reyno hay una correlacion misteriosa, pero visible, entre la duracion de los reynados y la perfeccion de los principios

religiosos. No hay pues Rey *por el pueblo*, pues que los Príncipes cristianos tienen mas vida comun que los demás hombres, á pesar de los accidentes particularmente propios de su estado; y este fenómeno se hará aun mas notable, á medida que protegerán mas el culto vivificante: porque en ellos puede haber mas ó menos soberanía, precisamente como puede haber mas ó menos nobleza (1). Las

(1) No siendo mas la nobleza que *una prolongacion de la Soberanía*, repite en diminutivo todos los caractéres de su madre, y sobre todo, no es mas ni menos humana que ella. Porque es un error creer que los Soberanos, hablando con propiedad, puedan ennoblecer: solo pueden sancionar los ennoblecimientos naturales. La verdadera nobleza es la guardiana natural de la religion, es parienta del sacerdocio, y no cesa de protegerle. Appio Claudio decia en el Senado romano: la religion pertenece á los patricios, *auspicia sunt Patrum*; y Bourdalue catorce siglos despues decia en la cátedra cristiana: *la santidad para ser eminente, no encuentra fundamento que le sea mas propio que la grandeza.* (Serm. sobre la Concep., pág. 11.) Esta es la misma idea pintada por uno y otro con los colores de su siglo. Desgraciado el pueblo don-

faltas de los Papas exageradas infinitamente, ó mal representadas, y que generalmente se han convertido en provecho de los hombres, no son por lo demás sino como la liga humana, inseparable de toda mixtura temporal; y cuando todo se ha examinado y pe-

de los nobles abandonen los dogmas nacionales. La Francia, que dió todos los egemplos en bien y en mal, acaba de probarlo al mundo: porque esta Bacante que llaman *revolucion francesa*, y que no ha hecho aun mas que mudar de trage, es una hija del comercio impío de la nobleza francesa con el filosofismo, nacida en el siglo 18. Los discípulos del Alcorán dicen, que *una de las señales del fin del mundo, será la de elevarse las personas de baja condicion á las dignidades eminentes.* (*Pocok citado por Sala, ob. hist. y critíc. sobre el mahom., sect.* 4.) Esto es una exageracion oriental, que una muger de mucho talento ha reducido á la medida europea. *Lady Mary Vortley Montagne' s Works*, tom. 4. pág. 223. y 224.) Lo que parece seguro es, que tanto para la nobleza como para la Soberanía, hay una relacion oculta entre la religion y la duracion de las familias. El autor anónimo de un romance inglés, intitulado el *Forester*, del que solo he leido algunos extractos, ha hecho observaciones singulares sobre la decadencia de las familias, y las variaciones de la propiedad

sado bien, en la balanza de la mas fria é imparcial filosofía, queda al fin demostrado *que los Papas fueron los institutores, los tutores, los salvadores y los verdaderos genios constituyentes de la Europa.*

Por lo demás, como todo gobier-

en Inglaterra, que yo recuerdo, sin tener el derecho de juzgarlas. »Es preciso (dice) que haya alguna cosa radicalmente y *alármicamente* »mala, en un sistema, que en un siglo ha des»truido la sucesion hereditaria y los nombres »conocidos, mas que todas las devastaciones pro»ducidas por las guerras civiles de Yorck y de »Lancastre, y por el reynado de Carlos I. aca»so en los tres siglos precedentes tomados en »junto, &c. (Revista anti-jacobina, &c., 1803 »núm. 58. pág. 249.)"

Si las antiguas razas inglesas habian perecido realmente, en un número *alármicamente* considerable, (lo que yo no me atrevo á afirmar por este testimonio solo) seria efecto acelerado, y de consiguiente mas visible de un juicio, cuya egecucion habria no obstante principiado inmediatamente despues de la falta. Y ¿por qué la nobleza no deberia ser menos conservada, despues de haber renunciado á la religion conservadora? ¿Por qué deberia ser mejor tratada que sus dueños, cuyos reynados se acortaron igualmente?

no imaginable tiene sus defectos, yo no negaré que el régimen sacerdotal no tenga los suyos, en el órden político: mas sobre este punto propondré al buen sentido europeo dos reflexiones, que siempre me han parecido de mucho peso.

La primera es, que este gobierno no debe juzgarse en sí mismo, sino en su relacion con el mundo católico. Si este gobierno es necesario, como lo es evidentemente para mantener el conjunto y la unidad, y para hacer circular, si es permitido hablar así, la misma sangre hasta en las últimas venas de un cuerpo inmenso; todas las imperfecciones que resulten de esta especie de teocracia romana en el órden político, no deben considerarse sino como la humedad, por egemplo, que produce una máquina de vapor en el edificio que la encierra.

La segunda reflexion es, que el gobierno de los Papas es una monarquía, semejante á todas las demás, si se la considera simplemente como

el gobierno de uno solo. Y ¿cuántos males no resultan de la monarquía mejor constituida? Todos los libros de moral abundan de sarcasmos, contra la corte y los cortesanos. No se acaba de hablar de la dobléz, de la perfidia, de la corrupcion de la corte; y Voltaire seguramente no pensaba en los Papas, cuando escribia con tanta decencia:

¡O saber celestial! Yo te creo muy
 profundo;
Mas, ¿por qué á estos tiranos has en-
 tregado el mundo (1)?

No obstante, cuando se han apurado todos los géneros de crítica, y se han puesto (como es justo) en el otro lado de la balanza todas las ventajas de la monarquía; ¿cuál es en fin el último resultado? Que *este es el mejor, el mas durable de los gobiernos, y el mas natural al hombre.* Juzguemos

(1) Y el mismo Voltaire ha dicho por el contrario hablando de la Roma moderna: *ciudadanos en paz sabiamente mandados: ya no hablan de conquistas y son afortunados.*

pues del mismo modo á la corte romana. Esta es una monarquía, y la sola forma de gobierno posible para regir la Iglesia católica: prescindiendo de que por mucha superioridad que tenga esta monarquía sobre las otras (1), es imposible que las pasiones humanas no se agiten al rededor de cualquier poder ó autoridad, y no dejen allí algunas pruebas de su accion: todo lo que no impide que el gobierno del Papa sea el mas dulce, el mas pacífico, y el mas moral de todas las monarquías: del mismo modo que los males mucho mayores que

(1) El gobierno del Papa es el solo en el mundo que no ha tenido jamás modelo, como tampoco tendrá jamás imitacion. Es una monarquía electiva, cuyo titular siempre viejo y siempre célibe, es elegido por un corto número de electores, que fueron elegidos por sus predecesores, todos tambien célibes, y escogidos sin ningun miramiento necesario á sus familias, sus riquezas, ni su patria. — Si se examina con atencion esta forma de gobierno, se hallará que excluye todos los inconvenientes de la monarquía electiva, sin perder las ventajas de la monarquía hereditaria.

nacen de la monarquía secular, no la impiden ser el mejor de los gobiernos.

Al terminar esta discusion, yo declaro que protesto igualmente contra toda especie de exageracion. Reténgase enhorabuena el poder pontifical dentro de sus justos límites: pero no se remuevan ni se arranquen estos, á placer de la pasion ó de la ignorancia; y sobre todo no se venga alarmando la opinion con terrores vanos. Lejos de deberse temer en este momento los excesos del poder espiritual, lo contrario es lo que debe temerse, es decir, que los Papas carezcan de la fuerza necesaria, para llevar la carga inmensa que se les ha impuesto, y que á fuerza de ceder no pierdan en fin el poder, perdiendo la costumbre de resistir. Concédaseles de buena fe lo que se les debe; por su parte sabe muy bien el Sumo Pontífice lo que debe á la autoridad temporal, que jamás tendrá un defensor mas intrépido, ni mas poderoso. Mas es

preciso tambien que sepa defender sus derechos; y si algun Príncipe, por un rasgo de sabiduría igual á la de aquel hijo de familia, que amenazaba á su padre de hacerse ahorcar para deshonrarle, se atreviese á amenazar al Santo Padre con un cisma, para obligarle á condescender á alguna debilidad, el sucesor de San Pedro podria muy bien responderle lo que está escrito hace mucho tiempo. *¿Quereis abandonarme? Pues partid: seguid la pasion que os arrastra: no espereis que para reteneros cerca de mí, ceda yo á vuestras instancias. Partid: para hacerme el honor que se me debe, otros hombres me quedarán. Y sobre todo Dios me quedará* (1).

¡El Príncipe lo pensaria muy bien!

(1) Homer., Iliad. I. 173, 175.

DEL PAPA.

LIBRO CUARTO.

DEL PAPA, EN SUS RELACIONES CON LAS IGLESIAS LLAMADAS CISMÁTICAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Toda Iglesia cismática es protestante. Afinidad de los dos sistemas. Testimonio de la Iglesia rusa.

En todas las cuestiones de Religion, es una verdad fundamental que toda Iglesia que no es católica, es protestante. En vano se ha pretendido establecer una distincion entre las Iglesias cismáticas, y heréticas. Sabemos lo que se quiere decir con esto, pero en el fondo toda la diferencia consiste en las voces, y todo cristiano

que rehusa la comunion con el Santo Padre, es protestante, ó lo será muy luego.

¿Qué viene á ser un protestante? Un hombre que *protesta*. ¿Y qué importa que proteste contra uno, ó contra muchos dogmas? Podrá ser mas ó menos *protestante*, mas siempre *protesta*.

¿A qué observador no ha chocado, el extremado favor que goza el protestantismo en el clero ruso, aunque si nos atuviésemos á los dogmas escritos, debia ser tan odiado á las márgenes del Neva, como á las del Tiber? Mas todas las sociedades separadas, hacen causa comun, contra la unidad que las aterra. Así, cada una de ellas lleva escrito en sus estandartes: *todo enemigo de Roma, es amigo mio*.

Pedro I. al principio del siglo último, hizo imprimir para sus súbditos un catecismo, que contenia todos los dogmas que él mismo aprobaba, y esta singular pieza fue tra-

ducida en inglés (1) en el año 1725 con un prefacio que merece citarse.

Dice pues su traductor: »*este ca-»tecismo respira el genio del grande »hombre por cuyas órdenes fue com-»puesto* (2). Este Príncipe ha vencido »á dos enemigos, mas terribles que »los suecos y los tártaros, quiero de-»cir, la supersticion y la ignorancia, »favorecidas aun por el hábito mas »obstinado, y mas insaciable.... Yo »espero que esta traduccion hará mas »fácil la reunion de los Obispos in-»gleses y rusos; y que por este me-»dio podrán mas fácilmente DESTRUIR »LOS DESIGNIOS ATROCES Y SANGUINARIOS

(1) Su título era: el catecismo ruso, compuesto y publicado por órden del Czar, al cuál se añade una breve relacion del gobierno de la Iglesia, y ceremonias de los moscovitas, en inglés. *London Meadows*, 1725, *by Jenkin*, *thom. Philipps*, *pag.* 4. *et* 66.

(2) El traductor habla aquí de un catecismo, como si hablase de un Ukase que el Emperador hubiera publicado sobre el derecho, ó la policía; y esta opinion, que es muy justa, debe ser notada.

»DEL CLERO ROMANO (1).... Los rusos »y los reformados están conformes »sobre muchos artículos de fe, en »cuanto difieren de la Iglesia roma- »na (2). Los primeros niegan el pur- »gatorio.... y nuestro compatriota *Co- »vel,* doctor de Cambridge, ha probado »sábiamente en sus memorias sobre la »Iglesia griega, *lo mucho que difiere »la transubstanciacion latina de la »cena griega* (3)."

(1) Bien habria lugar de admirarse de que en 1725 se pudiese imprimir en Inglaterra una extravagancia tan fuerte. Sin embargo yo me empeñaré en mostrar otros pasages aun mas maravillosos, que se hallan en las obras de los primeros doctores ingleses de nuestros dias.

(2) Sobre este punto el traductor tiene razon, y no la tiene. No la tiene si nos atenemos á las profesiones de fe escritas, que son las mismas, poco mas ó menos, para las Iglesias latina y rusa; y difieren igualmente de las confesiones protestantes: pero si vamos á la práctica y á la creencia interior, el traductor tiene razon. Cada dia la fe llamada griega se aparta de Roma, y se acerca á Wittemberg.

(3) Aquí se ve afirmar á los teólogos ingleses, que ya al principio del último siglo la fe de la Iglesia romana, y la de la Iglesia rusa sobre la

¡Qué ternura y que confianza! La fraternidad es evidente. Aquí es donde la fuerza del odio se hace conocer, de un modo á la verdad formidable. La Iglesia rusa profesa como la nuestra, la presencia real, la necesidad de la confesion, y de la absolucion sacerdotal, el mismo número de sacramentos, la realidad del sacrificio eucarístico, la invocacion de los santos, el culto de las imágenes, &c.: y el protestantismo por el contrario hace profesion de negar, y aun de aborrecer estos dogmas y estos usos: pero si no obstante, los encuentra en una Iglesia separada de Roma, nada los extraña. Sobre todo, este culto de las imágenes, que tan solemnemente declaran *idolátrico*, pierde todo su veneno, aunque sea exagerado, hasta el punto de consistir casi en él toda la Religion. Con tal que el ruso esté separado de la San-

Eucaristía, no era la misma. Sin causa pues se quejarian de lo que llaman preocupaciones cacólicas sobre este artículo.

ta Sede, esto le basta al protestante, y ya no ve en él sino un hermano, un otro protestante; y desde luego ya no se trata de otros dogmas, que el del odio á Roma. Este es el lazo único, pero universal que une á las Iglesias separadas.

Un Arzobispo de Twer, que murió hace dos ó tres años, publicó en 1805 una obra histórica en latin, sobre los cuatro primeros siglos del cristianismo, y en el libro que hemos citado ya sobre el celibato, afirma sin rodeos que *una gran parte del clero ruso es calvinista* (1). El texto no es equívoco.

(1) Ó si se quiere expresar al pie de la letra dice así: *que una gran parte del clero ruso ama y celebra con exceso el sistema calvinista. Hæc sane est disciplina illa* (Calvini) *quem plurimi de nostris* (sic) *tantopere laudant deamantque.* (*Methodii Archiep. Twer liber historicus de rebus in primitiva Eccles. christ.*, *&c. in* 4. *Mosquæ*, 1805, *typis sanctissimæ Synodi.* Cap. 6. sect. I. §. 79. pág. 168.) Cualquiera hombre que haya podido ver las cosas de cerca, no dudará que por estas palabras, *plurimi de nostris*, nó deba entenderse todo clérigo de esta Iglesia,

El clero no estudia mas que libros protestantes, en todo el curso de su educacion eclesiástica, y por un hábito odioso huye de los libros católicos, á pesar de la extrema afinidad de los dogmas. Sobre todo *Bingham* es su oráculo, y esto llega á tal punto que el prelado que acabamos de citar, apela con la mayor seriedad á *Bingham*, para establecer *que la Iglesia rusa no enseña mas que la pura fe de los Apóstoles* (1).

Es un expectáculo muy extraordinario, y muy poco conocido en el resto de Europa, el de un Obispo ruso que para establecer la perfecta fe ortodoxa de su Iglesia, recurre al testimonio de un doctor protestante. Y este mismo, despues de haber desaprobado *pro forma* esta inclinacion al calvinismo, no deja de llamar á Cal-

que sabe el latin ó el francés, á menos que en el fondo de su corazon no se incline á un lado del todo opuesto: lo que no es desconocido entre las gentes instruidas de este órden.

(1) Methodius, ibid. sect. I. pag. 206. not. 2.

vino un hombre grande (1); expresion muy impropia en la boca de un Obispo hablando de un heresiarca, y que en todo su libro nunca la ha dicho de un doctor católico.

En otra parte nos dice: *que durante quince siglos la doctrina de Calvino fue casi desconocida en la Iglesia* (2). Esta modificacion parecerá aun muy curiosa: pero en el resto de su obra aun se manifiesta mas libre, pues ataca abiertamente la doctrina de los sacramentos, y se muestra del todo calvinista.

Esta obra segun ya lo hemos observado, salió de las prensas del mismo

(1) *Magnum virum*, ibid. pag. 168.

(2) *Doctrinam Calvini per* 1500 *annos in Ecclesia Christi pene inauditam.* Ibid. El Arzobispo de Twer ha publicado esta obra en latin, con la seguridad de no ser criticado, ni por sus hermanos, que jamás publicarian un secreto de familia, ni por las gentes de mundo que no lo entendian, y que además tanto se les daba de las opiniones del prelado, como de su persona. No se puede formar una idea exacta de la indiferencia rusa sobre esta especie de hombres y de cosas, sino habiendo sido testigo de ella.

sínodo, y con su expresa aprobacion, y así no puede dudarse que deje de representar la doctrina general del clero, salvo las excepciones que respeto.

Otros testimonios pudieran citarse no menos decisivos; mas es preciso limitarse. Yo afirmo no solamente que la Iglesia de que hablamos es protestante, sino que además lo es necesariamente, y que Dios no seria Dios, si ella no lo fuese: porque una vez rota la unidad, ya no hay tribunal comun, y de consiguiente ni regla de fe invariable. Todo se reduce al juicio particular, y la supremacía civil, que constituyen la esencia del protestantismo.

Además, la enseñanza no inspira alarma alguna en Rusia: el mismo imperio contiene cerca de tres millones de súbditos protestantes; y así, los novadores de toda especie han sabido aprovecharse de estas ventajas, para insinuar libremente sus opiniones en todos los órdenes del estado,

y todos están de acuerdo, sin apercebirse de ello: porque todos protestan contra la Santa Sede; y esto basta para su fraternidad comun.

CAP. II.

Sobre la pretendida invariabilidad del dogma de las naciones separadas, en el siglo 12.

Muchos católicos lamentándose de la funesta separacion que han hecho de nosotros las Iglesias phocianas, les hacen no obstante el honor de creer, que á excepcion del pequeño número de puntos contestados, ellas han conservado el depósito de la fe en toda su integridad. Aun ellas mismas se alaban de esto, y hablan con énfasis de su invariable ortodoxia.

Esta opinion merece examinarse, porque ilustrándola nos conducirá á grandes verdades.

Todas las Iglesias separadas de la Santa Sede al principio del siglo 12,

pueden compararse á ciertos cadáveres helados, cuyas formas se han conservado por el frio. Este frio, es la ignorancia, que para ellas debia durar mas que para nosotros; porque Dios quiso, por razones que merecen profundizarse, concentrar hasta nueva órden, toda la ciencia humana en nuestras regiones occidentales.

Mas luego que el viento de la ciencia que es el caliente, venga á soplar sobre estas Iglesias, sucederá lo que debe suceder segun las leyes de la naturaleza: las formas antiguas se disolverán, y no quedará de ellas mas que polvo.

Nunca he habitado en Grecia, ni en otro pais del Asia, pero he habitado mucho tiempo en el mundo, y tengo la dicha de conocer algunas de sus leyes. Un matemático seria bien infeliz, si se viese obligado á calcular uno tras de otro, todos los términos de una larga serie. Para este caso y otros semejantes, hay fórmulas que facilitan mucho el trabajo. Yo

pues no necesito saber (aunque no digo que no lo sé) lo que se hace, y lo que se cree aquí ó allá; me basta saber que si la fe antigua reyna aun en tal ó tal pais, separado de la unidad, la ciencia no ha llegado aun allí, y que si ha llegado, ha desaparecido de allí la fe: lo cual no debe entenderse de una mudanza súbita, sino gradual, segun otra ley de la naturaleza que no admite los *saltos*, como se dice en las escuelas.

He aquí pues la ley tan segura y tan invariable como su autor. NINGUNA RELIGION, EXCEPTUANDO UNA, PUEDE RESISTIR LA PRUEBA DE LA CIENCIA.

Este oráculo es mas seguro, que el oráculo de Calchas.

La ciencia es una especie de ácido, que disuelve todos los metales, menos el oro.

¿Dónde están las profesiones de fe del siglo 16? En los libros. Nosotros no hemos cesado de decir á los protestantes: *ved que no podeis deteneros en las orillas de un precipicio,*

y que rodareis hasta el fondo. Las predicciones católicas se hallan hoy del todo justificadas. Los que aun no han dado mas que tres ó cuatro pasos en este descenso, no deben venir á cacarearnos su pretendida inmovilidad, pues muy luego verán lo que es el movimiento acelerado.

Yo lo afirmo por la eterna verdad, y ninguna conciencia europea podrá contradecirme: *la ciencia y la fe no se juntarán nunca fuera de la unidad*.

Sabemos lo que dijo un dia el célebre Lafontaine, al tiempo de devolver *el nuevo testamento* á un amigo que le habia empeñado á leerle: *he leido vuestro nuevo testamento: es un libro bastante bueno*. Si bien se considera, toda la fe protestante se reduce en corta diferencia á esta confesion de Lafontaine; ó bien á no sé qué sentimiento vago y confuso, que podria expresarse muy bien en estas pocas palabras: *bien puede ser que haya algo de divino en el cristianismo*.

Mas cuando se llegará á una pro-



fesion de fe detallada, nadie habrá que convenga en ella. Las antiguas formas eclesiásticas reposan en los libros, se firman hoy, porque se firmaron ayer: pero ¿qué significa todo esto para la conciencia?

Lo que importa mucho observar, es que las Iglesias *phocianas* andan mas apartadas de la verdad, que las demás Iglesias protestantes, porque estas han recorrido el círculo del error, y las otras empiezan solamente á correrlo, y de consiguiente deben pasar por el calvinismo, y aun acaso por el socinianismo, antes de llegar á la unidad. Así pues, todo amigo de esta unidad debe desear que el antiguo edificio acabe de caer cuanto antes, por los golpes de la ciencia protestante, á fin de dejar el campo libre á la verdad.

Hay sin embargo una circunstancia en favor de las Iglesias llamadas *cismáticas*, y que puede acelerar mucho su reunion; y es que la de los protestantes está ya muy adelantada,

y que acaso apresura mas de lo que se piensa, por un deseo puro y ardiente, separado de todo espíritu de orgullo y de contencion.

No podria creerse hasta qué punto se apoyan las Iglesias llamadas simplemente cismáticas, en la separacion y en la ciencia de los protestantes. Ah! si llegase un tiempo en que la misma fe hablase solamente en francés y en inglés! la obstinacion contra esta fe, en un instante llegaría á ser en toda Europa una cosa ridícula, y digámoslo mas claro, *cosa de mal tono*.

Ya he dicho por qué no se debería hacer caso de la conservacion de la fe en las Iglesias *phocianas*, aun cuando fuese real y verdadera, y es porque no habrian sufrido la prueba de la ciencia: el grande ácido no las ha tocado; y además, ¿qué significa esta palabra fe, y qué tiene de comun con las formas exteriores, y las confesiones escritas? Se trata acaso de saber entre nosotros lo que está escrito?

CAP. III.

Otras consideraciones sacadas de la posicion de estas Iglesias. Observacion particular sobre las sectas de la Inglaterra y de Rusia.

He aquí aun otra ley de la naturaleza. *Nada se altera sino por mixtion; y jamás hay mixtion sin afinidad.* Las Iglesias phocianas se han conservado en medio del mahometismo, como se conserva un insecto dentro del ámbar. ¿Cómo pues podian haberse alterado, si no las ha tocado nada de lo que puede unirse con ellas? Entre el mahometismo y el cristianismo, no puede haber mezcla alguna. Pero si se expusiesen estas Iglesias á la accion del protestantismo, ó del catolicismo, con un *fuego de ciencia* suficiente, desaparecerian casi al momento.

En el dia, como las naciones aunque distantes, pueden comunicarse por medio de las lenguas, podremos muy

pronto ser testigos de la grande experiencia, que se halla muy adelantada ya en Rusia. Nuestras lenguas nos harán comunicar con estas naciones, que nos ponderan su fe puesta en pergaminos, y al instante las veremos beber como agua todos los errores de la Europa. Mas entonces nos disgustaremos de ellas, y esto probablemente hará que su delirio sea mas corto.

Cuando se consideran las pruebas que ha sufrido la Iglesia romana, por los ataques de la heregía, y por la mezcla de las naciones bárbaras que se ha obrado en su seno, no puede menos de causar grande admiracion ver que enmedio de tan terribles revoluciones, todos sus títulos han quedado intactos, y se remontan hasta el tiempo de los Apóstoles. Si ha hecho alguna mudanza en las formas exteriores, esta es una prueba de que siempre vive; porque en el universo todo lo que vive, se muda segun las circunstancias, en todo lo que no to-

ca á su esencia. Dios que se habia reservado las formas, las ha entregado al tiempo, para disponer de ellas segun ciertas reglas; y esta variacion de que hablamos, es la señal indispensable de la vida, pues que la inmovilidad absoluta solo pertenece á la muerte.

Expóngase uno de estos pueblos separados, á una revolucion semejante á la que ha asolado la Francia durante 25 años: supóngase que un poder tiránico se encarnice contra la Iglesia, que despoje, que mate, que disperse los clérigos: que sobre todo tolere y favorezca todos los cultos, excepto el culto nacional; y se verá que este desaparecerá como el humo.

La Francia despues de la terrible revolucion que ha sufrido, ha permanecido católica, es decir, que toto lo que no ha permanecido católico, es nada. Tal es la fuerza de la verdad sometida á la mas dura prueba. *El hombre*, sin duda puede haberse alterado, pero *la doctrina* de nin-

gun modo, porque por su naturaleza es inalterable.

Lo contrario sucede á todas las religiones falsas. Luego que la ignorancia cesa de mantener sus formas, y que son combatidas por las doctrinas filosóficas, entran en un estado de verdadera disolucion, y caminan hácia su anonadamiento absoluto, por un movimiento sensiblemente acelerado. Y como la putrefaccion de los grandes cuerpos organizados, produce innumerables *sectas* de réptiles lodosos, las religiones nacionales que se hallan en el mismo caso, producen tambien una tropa de *insectos* religiosos, que arrastran sobre el mismo suelo los restos de una vida dividida, imperfecta, y asquerosa.

Esto puede observarse en todas partes; y por eso la Inglaterra, y la Rusia sobre todo, pueden explicarse á sí mismas, el gran número y la inagotable fecundidad de las *sectas* que pululan en su vasto seno: todas ellas nacen de la putrefaccion de un

gran cuerpo: este es el órden de la naturaleza.

La Iglesia rusa en particular, lleva en su seno mas enemigos que ninguna otra: el protestantismo la penetra por todas partes. *El rascolnismo* (1), que se puede llamar *el ilu-*

(1) Pudiera escribirse una memoria interesante sobre estos *rascólnicos*: pero limitándome al estrecho círculo de una nota, solo diré lo que es indispensable para hacerme entender. La palabra *rascolnic* en lengua rusa significa al pie de la letra *cismático*, y la escision designada por esta voz genérica, ha nacido de una antigua traduccion de la biblia, que los *rascólnicos* estiman infinito, y que contiene varios textos alterados segun ellos, en la version de que hace uso la Iglesia rusa. Sobre este fundamento se llaman ellos mismos (¿y quién podria impedírselos?) *hombres de la fe antigua*, ó *creyentes viejos* (staroversi). Donde quiera que el pueblo posea la escritura santa en lengua vulgar, y se atreva á leerla é interpretarla, no deben admirarse los errores y desvíos del espíritu particular. Serian muy largas de contar las muchas supersticiones, que han venido á unirse á las quejas primitivas de estos hombres descarriados. Muy pronto la secta original se dividió, y se subdividió como sucede siempre, hasta el punto que actualmente hay en Rusia acaso cuarenta sectas de *ras-*

minismo de los campos, se refuerza cada dia: sus hijos ya se cuentan por millones, y las leyes no se atreve-

cólnicos: todas ellas extravagantes, y algunas aun abominables. Además, los *rascólnicos* en masa *protestan* contra la Iglesia rusa, como ella protesta contra la Iglesia romana. En una y otra parte se halla el mismo motivo, el mismo razonamiento, y el mismo derecho: de manera que cualquiera queja de la autoridad dominante, seria ridícula. El *rascolnismo* no alarma ni choca á la nacion en cuerpo, como tampoco ninguna otra religion falsa. Las clases elevadas no se ocupan de él sino para reirse. En cuanto al sacerdocio, no emprende cosa alguna contra los disidentes, porque siente su propia impotencia, y que además debe faltarle por esencia, el espíritu de proselitismo. El *rascolnismo* no sale de la clase del pueblo, pero el pueblo es alguna cosa, *aunque no fuese mas que de treinta millones*. Algunos que presumen de instruidos, hacen llegar el número de estos sectarios á la séptima parte de aquella suma, lo que yo no me atrevo á afirmar. El gobierno que es el solo que sabe á qué atenerse en esto, no dice nada, y hace bien. Por lo demás usa con los *rascólnicos* de una prudencia, una moderacion y una bondad sin igual: y aun cuando de ello resultasen consecuencias desgraciadas, lo que Dios no quiera, podria siempre consolarse, pensando que la severidad no le hubiera producido mejores resultados.

rian á comprometerse con él. *El iluminismo* que es *rascolnismo* de los salones, se ase ó apodera de las carnes delicadas, que la mano rústica del rascolnismo no podria tocar: otras fuerzas mas peligrosas obran tambien por su lado, y todas se multiplican, á las expensas de la masa que devoran. Hay ciertamente grandes diferencias entre las sectas inglesas y rusas, pero su orígen es el mismo; y es que la religion nacional va perdiendo su vida, y que los *insectos* se apoderan de ella.

¿Por qué no vemos formarse estas sectas por egemplo en Francia, en Italia, &c.? Porque allí la religion vive toda entera, y no cede nada. Bien se podrá ver al lado de ella la incredulidad absoluta, como puede verse un cadáver, al lado de un hombre vivo, pero nunca producirá nada de impuro fuera de sí misma. Antes bien al contrario, podrá propagarse y multiplicarse en otros hombres, entre los cuales sea siempre *ella misma*, sin

debilitarse ni disminuirse, como la luz de una hacha siempre es la misma, aunque se junten á ella otras luces pequeñas.

CAP. IV.

Sobre el nombre de phocianas *aplicado á las Iglesias cismáticas.*

Algunos lectores observarán acaso con cierta sorpresa, que me haya valido constantemente del epiteto de *phocianas*, para designar las Iglesias que se han separado de la unidad cristiana por el cisma de Phocio, y si en ello creen advertir el mas leve deseo de ofensa, ó el menor signo de desprecio, se engañan mucho acerca de mis intenciones. Para mí, solo se trata de dar á las cosas un verdadero nombre, lo que sin duda es de la mayor importancia. He dicho ya, y nada es mas evidente, que toda Iglesia separada de Roma es protestante; y con efecto, que *proteste* hoy,

ó que haya *protestado* ayer: que *protestе* sobre un dogma, sobre dos ó sobre diez, siempre es constante que *protesta* contra la unidad, y la autoridad universal. Phocio habia nacido dentro de la unidad; y reconocia tan bien la autoridad del Papa, que se dirigió á su Santidad para pedirle con las mayores instancias el título de *Patriarca ecuménico*, absurdo extraordinario; y no rompió con el Sumo Pontífice, sino porque no pudo obtener este gran título que ambicionaba. Porque es muy esencial observar, que jamás se trató de dogmas entre nosotros, al principio de la grande y funesta escision. Luego que esta se verificó, fue cuando para darla una base mas plausible, se principiaron las disputas de dogmas. La adicion de *Filioque*, puesta en el símbolo, no nos habia enemistado con los griegos. Las Iglesias latinas, que eran muchas en Constantinopla, cantaban el símbolo sin excitar el menor escándalo. ¿Qué se quiere mas?

Dos concilios ecuménicos se celebraron en Constantinopla, despues de la adicion de *Filioque*, sin que hubiese ninguna queja de parte de los orientales (1). Estos hechos no deben re-

(1) Pues que se trata de la palabra *Filioque*, no dejará de apreciarse la observacion siguiente. Bien conocido es el papel que representó el platonismo, en los primeros siglos del cristianismo. La escuela de Platon sostenia, que *la segunda Persona* de su famosa Trinidad, *procedia de la primera*, *y la tercera de la segunda*. En obsequio de la brevedad omitimos las autoridades, que son incontestables. Arrio, que habia elogiado mucho á los platónicos, aunque en el fondo fuese menos ortodoxo que ellos sobre la divinidad, se acomodaba muy bien con esta idea; porque su interes era de concederlo todo al Hijo, excepto la *consubstancialidad*. Así que, los arrianos debian sostener voluntariamente con los platónicos (aunque por principios diferentes), *que el Espíritu Santo procedia del Hijo*. Macedonio, cuya heregía era una consecuencia necesaria de la de Arrio, vino despues, y por su sistema debia seguir la misma creencia. Abusando del célebre pasage: *todo ha sido hecho por él*, *y sin él ninguna cosa se ha hecho*, concluía que el Espíritu Santo era una produccion del Hijo, *que lo habia hecho todo*. Como esta opinion, que era comun á todas estas clases, reunia una porcion formidable de los hombres instruidos de

petirse para los teólogos que no los ignoran, sino para las gentes de mundo que afectan ignorarlos, aun en el mismo pais donde seria tan importante saberlos.

Phocio pues, *protestó*, como lo han hecho despues las Iglesias del siglo 16: de manera que entre todas las Iglesias disidentes, no hay otras diferencias sino las que resultan del número de dogmas que litigan. En cuanto al principio que tienen, es el mismo: es decir, una insurreccion contra la Iglesia-madre, á quien acusan de error, ó de usurpacion. Siendo pues

aquel tiempo, el primer concilio de Constantinopla la condenó solemnemente, declarando la procedencia *ex Patre*. En cuanto á la *ex Filio*, nada dijo, porque no se trataba de ello: porque nadie la negaba; y porque, si es permitido decirlo así, *era demasiado conocida*. Este es el verdadero punto de vista, bajo el cual debe mirarse, segun mi parecer, la decision del concilio: lo cual no excluye ningun otro argumento empleado en esta cuestion, que además está ya decidida, antes de toda discusion teológica, por los argumentos sacados de la mas sólida ontología.

el principio uno mismo, las consecuencias no pueden diferir sino en los datos. Es preciso que todos los dogmas desaparezcan uno tras otro, y que todas estas Iglesias se encuentren al fin socinianas, principiando siempre y cumpliéndose desde luego la apostasía en el clero: lo que recomiendo mucho á la atencion de los observadores.

En cuanto á la invariabilidad de los dogmas escritos, de las fórmulas nacionales, de los vestidos, mitras y báculos, de las genuflexiones, inclinaciones, signos de cruz, &c. &c. no añadiré á lo dicho mas que una palabra. Si César y Ciceron hubieran podido vivir hasta nuestros tiempos, vestirian como nosotros vestimos: pero sus estátuas llevarán eternamente la toga y demás insignias del senado.

Siendo pues *protestante* toda Iglesia separada de la unidad, es justo comprenderlas todas bajo una misma denominacion; y como además las Iglesias protestantes se distinguen entre

ellas por el nombre de sus fundadores; por el de las naciones que recibieron la pretendida reforma, en mas ó en menos; ó por algun síntoma particular de la enfermedad general, de modo que solemos decir, *este es calvinista*, *este es luterano*, *este es anglicano*, *este metodista*, &c.; es preciso que por una denominacion particular, se distingan tambien las Iglesias que protestaron en el siglo 11; y á la verdad no se encontrará nombre mas adecuado, que el del autor de aquel cisma. Es muy justo que este funesto personage, dé su nombre á las Iglesias que él mismo ha descarriado, y así, serán *phocianas*, como la de Ginebra es *calvinista*, y la de Wittemberg *luterana*. Yo sé que estas denominaciones particulares no les gustan (1), porque la conciencia

(1) En cuanto á los *calvinistas*, hay muchos que se ofenden cuando se les da este nombre. (Perpetuidad de la fe XI. 2.) Á los *evangélicos*, les llama Tolland *luteranos*, aunque muchos de ellos resisten esta denominacion. (Leibnitz, en

les dice que *toda religion que toma el nombre de una persona ó de un pueblo, es necesariamente falsa:* pero cada Iglesia separada puede darse en su casa los nombres mas bellos que guste: este es el privilegio del orgullo nacional ó particular: ¿quién podrá disputárselo?

....*Orbis me sibilat, at mihi plaudo ipsa domi....*

Mas todas estas delicadezas de un orgullo enfermo, son para nosotros extrañas, y no debemos respetarlas: antes bien todos los escritores católicos, deben no dar nunca otro nombre à estas Iglesias separadas por *Phocio*, sino el de *phocianas*; y no por un espíritu de odio ó de resentimiento, sino por un espíritu de justicia, de amor, y de benevolencia universal; á fin de que estas Iglesias recordando

sus obras, tom. 5. pág. 142.) En Alemania se llaman con preferencia *evangélicos*, á los que muchos llaman *luteranos mal á propósito.* (El mismo, ensayo sobre el entendimiento humano, pág. 461.) Léase *muy á propósito.*

contínuamente cual ha sido su orígen, lean allí constantemente su nulidad.

Este deber les está sobre todo imperiosamente prescrito á los escritores franceses,

Quos penes arbitrium est et jus et norma loquendi;

porque como representantes de la nacion de quien son los órganos, les está visiblemente confiada la eminente prerrogativa *de dar el nombre á las cosas en Europa.* Guárdense pues de dar á las Iglesias *phocianas* los nombres de *Iglesia griega ú oriental*: pues nada hay mas falso que estas denominaciones: porque estas eran justas antes de la escision; en cuyo tiempo solo significaban las diferencias geográficas de muchas Iglesias, reunidas bajo un mismo poder supremo: pero despues, que por estas denominaciones se significa una existencia independiente, ya no deben usarse, ni son tolerables.

CAP. V.

Imposibilidad de dar á las Iglesias separadas un nombre comun que exprima la unidad. Principios de toda la discusion y prediccion del autor.

Esto me conduce á aclarar una verdad, en la que se ha fijado muy poco la atencion, aunque lo merece bastante; y es, que habiendo perdido todas estas Iglesias la unidad, se ha hecho imposible darlas á todas un nombre comun y *positivo*. ¿Se las llamará *Iglesia oriental?* Nada hay por cierto menos *oriental* que la Rusia, la cual no obstante forma una parte muy considerable de este conjunto. Yo diria aun, que si fuese absolutamente preciso poner en contradiccion los nombres y las cosas, preferiria llamar *Iglesia rusa* á todo este conjunto de Iglesias separadas. A la verdad este nombre excluiria á la Grecia y al Levante, mas el poder y la dig-

nidad del imperio, harian á lo menos disimulable el vicio del lenguage, que en el fondo subsistirá siempre. ¿Se las dirá por egemplo, *Iglesia griega* en vez de *oriental*? Este nombre aun será mas falso: porque la Grecia está en Grecia, si no me engaño.

Mientras que en el mundo no se veía mas que Roma y Constantinopla, la division de la Iglesia seguia naturalmente á la del imperio, y se decia *la Iglesia occidental*, *y la Iglesia oriental*, del mismo modo que *el Emperador de Occidente*, *y el de Oriente*; y aun es digno de notarse que entonces esta misma denominacion hubiera sido falsa y engañosa, si la misma fe no hubiese reunido las dos Iglesias, bajo la supremacía de un Gefe comun; sin cuya circunstancia no hubieran podido tener un nombre comun; y que se trata precisamente de este nombre, que debe ser católico y universal, para representar la unidad total.

He aquí por qué las Iglesias sepa-

radas de Roma, ya no tienen nombre comun, ni pueden designarse sino por un nombre negativo, que declare lo que no son, y en este último respecto solo el nombre de *protestante* convendrá á todas, y las encerrará á todas, porque abraza muy justamente en su generalidad, todas las Iglesias que han protestado contra la unidad.

Si se desciende al pormenor, el título de *phociana*, será tan justo como el de *luterana*, *calvinista*, &c. porque todos estos nombres designan muy bien las diferentes especies de protestantismo, reunidas bajo el género universal: mas nunca se les encontrará un nombre positivo y general.

Bien se sabe que estas Iglesias se dan á sí mismas el nombre de *ortodoxas*; y la Rusia es la que hará leer en francés este epiteto, ambicioso en el Occidente, pues hasta ahora poco se ha hablado entre nosotros de estas Iglesias *ortodoxas*, habiéndose dirigido toda nuestra polémica re-

ligiosa contra los protestantes. Mas como la Rusia se hace cada dia mas europea, y la lengua universal se encuentra ya naturalizada en aquel vasto imperio, es imposible que alguna pluma rusa, determinada por una de aquellas circunstancias que no pueden preverse, no dirija algun ataque francés, contra la Iglesia romana: lo cual seria de desear, porque ningun ruso puede escribir contra esta Iglesia, sin probar por lo mismo que es *protestante*.

Entonces oiremos hablar en nuestras lenguas por la primera vez, de *la Iglesia ortodoxa*. Mas las gentes preguntarán *¿qué viene á ser la Iglesia ortodoxa?* Y cualquiera cristiano del Occidente podrá decir *esta es sin duda la mia:* con lo cual pondrá en ridículo al error, que se hace á sí mismo este cumplimiento, tomándolo por un nombre.

Si cada uno es libre de darse el nombre que mas le agrada, Lais en persona seria muy dueña de escribir

sobre la puerta de su casa *palacio de Artemisa*. El gran punto es de obligar á los demás á darnos tal ó tal nombre: lo cual ciertamente no es tan fácil, como dárnosle por nuestra propia autoridad; y entretanto no hay mas verdadero nombre, que el nombre reconocido.

Aquí se presenta una observacion importante. Como es imposible darse á sí mismo un nombre falso, es igualmente imposible darlo á los demás. El partido protestante ¿no ha hecho los mayores esfuerzos para darnos el nombre de Papistas? No obstante, jamás han podido conseguirlo: del mismo modo que las Iglesias phocianas, no han cesado de darse el nombre *de ortodoxas*, sin que un solo cristiano exento del cisma, haya jamás consentido en llamarlas así. Este nombre *ortodoxa*, ha llegado á ser lo que será siempre, un cumplimiento ridículo en extremo, pues que no lo pronuncian sino los que se lo aplican á ellos mismos; y el nombre de *Papista*

es tambien lo que siempre fue, á saber, un puro insulto; y un insulto de mal tono, que aun entre los protestantes nunca ha salido de boca recomendable.

Mas para concluir sobre esta voz *ortodoxa:* ¿qué Iglesia hay que no se crea *ortodoxa?* ¿Y qué Iglesia hay que conceda este título á las demás que no están en comunion con ella? Una ciudad grande y magnífica de Europa, nos presenta sobre este punto una experiencia interesante, que voy á ofrecer á la meditacion de mis lectores. Un espacio no muy dilatado, contiene en ella Iglesias de todas las comuniones cristianas, pues allí se ve una Iglesia católica, una Iglesia rusa, una armenia, una calvinista, una luterana, luego se ve una Iglesia anglicana, y solo falta segun creo una Iglesia griega. Pregúntese pues al primer hombre que se encuentre en aquellas calles: *¿dónde está la Iglesia ortodoxa?* Cada cristiano á quien se dirija esta pregunta,

os mostrará su propia Iglesia; y esta es ya una grande prueba de la *ortodoxia* comun: pero si se les pregunta *dónde está la Iglesia católica?* Todos de acuerdo os mostrarán la misma Iglesia, y os dirán *allí está.* ¡Qué asunto de grande y profunda meditacion! *Solo esta Iglesia tiene un nombre conocido*, y en que todos convienen: porque como este nombre debe significar la unidad, que no se encuentra sino en la Iglesia católica, esta unidad no puede ser ni desconocida donde se halla, ni supuesta donde no se halla. Amigos y enemigos, todos están de acuerdo en este punto. Nadie disputa sobre el nombre, que es tán evidente como la cosa. Desde el orígen del cristianismo, la *Iglesia* ha tenido el nombre que tiene hoy; y jamás lo ha variado: porque ninguna esencia puede desaparecer ni aun alterarse, sin perder su nombre. Si el protestantismo conserva el mismo, aunque su fe haya variado considerablemente, es porque siendo su nom-

bre puramente negativo, que solo significa una renuncia al catolicismo, cuanto menos crea y mas proteste, tanto mas merecerá su mismo nombre. Así, como este nombre cada dia es mas verdadero, deberá subsistir hasta el momento en que su significado perezca, como perece la úlcera con el último átomo de carne viva que devora.

Por lo contrario, el nombre de católica, indica una esencia, una realidad que debe tener su nombre; y como fuera de su círculo divino no puede haber unidad religiosa, bien podrán encontrarse fuera de este círculo *Iglesias*, pero no se encontrará LA IGLESIA.

Las Iglesias separadas nunca podrán darse un nombre comun, que explique la unidad, porque no hay poder alguno que baste á dar nombre á lo que no existe. Se darán pues nombres nacionales, ó nombres facticios, que nunca dejarán de manifestar precisamente la cualidad que

falta á estas Iglesias: se llamarán *reformada*, *evangélica*, *apostólica* (1) *anglicana*, *escocesa*, *ortodoxa*, &c. nombres evidentemente todos falsos, y además acusadores, porque son respectivamente nuevos, particulares, y aun ridículos para todo oido que no sea del partido que se los atribuye; y esto excluye toda idea de unidad, y por consiguiente de verdad.

Regla general: todas las sectas tienen dos nombres: uno que se dan ellas mismas; y otro que se les da. Así, las Iglesias phocianas que se llaman ellas mismas *ortodoxas*, son llamadas por los demás *cismáticas*, *grie-*

(1) La Iglesia anglicana, cuyo buen sentido y cuyo orgullo repugnan igualmente verse en tan mala compañía, ha imaginado desde algun tiempo sostener que ella no es *protestante*. Algunos miembros del clero lo han defendido abiertamente, y como en esta suposicion se encuentran sin nombre, han dicho que eran *apostólicos*. Algo tarde es para darse un nombre, y la Europa se ha hecho demasiado impertinente, para creer este ennoblecimiento. Por lo demás el Parlamento deja decir á los *apostólicos*, y no cesa de *protestar* que es *protestante*.

gas, *ú orientales*, voces sin duda alguna sinónimas. Los primeros reformadores se llamaron no menos valerosamente *evangélicos*, y los segundos *reformados*: pero todos los que no son de ellos mismos, les llaman *luteranos* y *calvinistas*. Los anglicanos segun ya hemos, dicho ensayan á llamarse *apostólicos*: pero toda la Europa se reirá de ellos, y aun una parte de Inglaterra. El rascólnico ruso se da el nombre de *creyente antiguo*, mas siempre le llamará *rascólnico* todo hombre que no lo sea. Solo el católico, es llamado como él se llama á sí mismo, y tiene un solo nombre para todos los hombres.

Quien no estimase esta observacion en su justo valor, habrá meditado muy poco el primer capítulo de la metafísica que es el de los nombres.

Es cosa muy notable, que estando obligado todo cristiano á confesar en el símbolo, *que cree la Iglesia católica*; no obstante, ninguna Iglesia disidente se ha atrevido jamás á ador-

narse con este título, llamándose católica, aunque nada era mas fácil que decir *nosotros somos los católicos*; y que además, la verdad estriva evidentemente en esta cualidad de *católica*. Pero en esta ocasion como en otras mil, todos los cálculos de la ambicion y de la política, eran deshechos por la invencible conciencia. Ningun novador se atrevió jamás á usurpar el nombre de *la Iglesia*: ya sea porque ninguno de ellos ha reflexionado, que él mismo se condenaba mudando de nombre: ó bien sea que todos hayan conocido, aunque de un modo obscuro, la absoluta imposibilidad de esta usurpacion. La Iglesia católica, semejante al libro sagrado de que es la única depositaria, y la sola intérprete legítima, se halla revestida de un carácter *tan grande, tan notable y tan perfectamente inimitable* (1), que nadie pensará jamás

(1) Son bien conocidas estas expresiones de Rousseau hablando del Evangelio.

en disputarle su nombre, contra la conciencia del universo.

Así pues, si un hombre que perteneciese á una de las Iglesias disidentes, tomase la pluma contra *la Iglesia*, deberia detenérsele al solo título de su obra, y decirle: *¿Quién sois vos? ¿Cómo os llamais? ¿De dónde venis? ¿Por quién hablais?* Sin duda diria *por la Iglesia*. Pero *¿qué Iglesia? ¿La de Constantinopla, la de Esmirna, la de Bucharest, de Corfú*, &c.? *Ninguna de ellas puede hablar contra* LA IGLESIA: *del mismo modo que el representante de una provincia particular, no puede hablar contra una asamblea nacional, presidida por el Soberano. Así, sois justamente condenado antes de ser oido. Errais, sin mas razon que porque sois solo.* Pero acaso dirá: *yo hablo por todas las Iglesias que habeis nombrado, y por todas las demás que siguen la misma fe.* = *En este caso, mostrad vuestros poderes; y si no los teneis generales, la misma dificultad subsiste:*

pues aunque representeis muchas Iglesias, mas no LA IGLESIA. *Hablareis por algunas provincias, mas* EL ESTADO *no puede oiros. Si pretendeis obrar sobre todas, en virtud de algun mandato de unidad, nombrad á esta unidad: hacednos conocer el punto central que la constituye, el que debe ser tal, que el oido del género humano lo reconozca sin balancear. Si no podeis nombrar este punto central, no os queda ni aun el refugio de llamaros* REPÚBLICA CRISTIANA, *porque no hay república que no tenga un consejo comun, un senado, y gefes que representen y gobiernen la asociacion* (1). *Nada de todo esto se halla*

(1) Esto es de la mayor importancia. Mil veces se ha oido preguntar en ciertos paises: *¿por qué la Iglesia no podria ser presbiteriana ó colegiala?* Concedamos que pueda ser, aunque está demostrado lo contrario. Es preciso al menos mostrárnosla tal, antes de preguntar si es legítima bajo esta forma. Toda república posee la unidad soberana, como cualquiera otra especie de Gobierno. Sean pues las Iglesias phocianas lo que las dé la gana de ser, con tal que sean

entre vosotros; y por consiguiente no poseeis especie alguna de unidad, de gerarquía, ni de asociacion comun. Ninguno de vosotros tiene el derecho de tomar la palabra en nombre de todos. Vosotros creeis ser un edificio, y no sois mas que piedras.

Nos hallamos, como se ve, muy lejos de agitar con estas gentes cuestiones de dogma, ó de disciplina. Ante todas cosas deben tratar nuestros adversarios de legitimarse, y decirnos lo que son. Mientras que no nos prueben que ellos son *la Iglesia*, yerran ántes de haber hablado; y para probarnos que son *la Iglesia*, es preciso que nos muestren un centro de unidad visible à todos los ojos, y que tenga un nombre tan positivo como exclusivo, admitido por todos los partidos.

alguna cosa. Indíquennos una gerarquía general, un sínodo, un consejo, un senado como quieran, y del cual declaren que dependen *todas*. Entonces trataremos la cuestion de *si la Iglesia universal puede ser una república ó un colegio.* Hasta esta época todas ellas son nulas *en el sentido universal.*

Yo resisto al movimiento que me arrastraria à la polémica: los principios me bastan; vedlos aquí.

1.° El Sumo Pontífice es la base necesaria, única y exclusiva del cristianismo. Á él pertenecen las promesas, y sin él desaparece la unidad, es decir, la Iglesia.

2.° Toda la Iglesia que no es católica, es *protestante*. Como su principio es el mismo en todas partes, á saber, una insurreccion contra la unidad soberana, todas las Iglesias disidentes no pueden diferenciarse, sino por el número de los dogmas que protestan ó rechazan.

3.° Siendo la supremacía del Papa el dogma capital, sin el cual no puede subsistir el cristianismo, todas las Iglesias que rechazan este dogma (cuya importancia se ocultan à sí mismas), están de acuerdo aun sin apercebirse: lo demás todo es accesorio; y de ahí viene su afinidad, aunque ignoren la causa.

4.° El primer síntoma de la nu-

lidad en que caen estas Iglesias, es el de perder à un mismo tiempo y de improviso, no solo el poder, sino aun el querer de convertir los hombres, y adelantar la obra divina. Así, no hacen conquistas, y aun afectan no hacer caso de ellas. Son estériles, y nada es mas justo, porque se han separado del esposo (1).

5.° Ninguna de ellas puede mantener en su integridad, el símbolo que poseía en el momento de la escision. La fe les falta. El hábito, el orgullo, la obstinacion pueden ponerse en su lugar, y engañar à ojos inexpertos: el despotismo de un poder eterogéneo, que preserva à estas Iglesias de todo contacto extrangero: la ignorancia y la barbarie que son sus consecuencias, pueden aun mantenerlas por algun tiempo en un estado de firmeza, que presente à lo menos algunas formas de vida: pero

(1) Nosotros mismos las hemos oido jactarse aun de esta esterilidad.

en fin nuestras lenguas y nuestras ciencias las penetrarán; y las veremos recorrer con un movimiento acelerado, todas las fases de disolucion, que ya nos ha hecho ver el protestantismo calvinista y luterano (1).

6.° En todas estas Iglesias, las grandes mudanzas que anunciamos, principiarán por el clero; y la primera que nos dará este grande é interesante espectáculo, será la Iglesia rusa, porque es la que está mas expuesta *al viento europeo* (2).

No escribo para disputar: respeto todo lo que es respetable, y sobre todo à los Soberanos y à las naciones. No aborrezco sino al odio. Mas

(1) Todo esto sea dicho, sin pretender afirmar que la obra no esté ya principiada, y aun muy adelantada. Yo quiero ignorarlo: poco me importa. Bástame saber que la cosa no puede ir de otra manera.

(2) Entre las Iglesias *phocianas* ninguna debe interesarnos tanto como la Iglesia rusa, que ha llegado á ser enteramente europea, desde que la supremacía exclusiva de su augusto gefe la ha separado felizmente y para siempre de los arrabales de Constantinopla.

digo lo que es, lo que será, y lo que debe ser; y si los sucesos son contrarios à mis vaticinios, de todo corazon quiero que cayga sobre mi memoria el desprecio, y las risas de la posteridad.

CAP. VI.

Razonamientos falsos de las Iglesias separadas, y reflexiones sobre las preocupaciones religiosas y nacionales.

Las Iglesias separadas conocen muy bien que les falta la unidad, y que no tienen gobierno, consejo, ni lazo comun. Una objecion sobre todo, se presenta en primera línea contra ellas, que no puede menos de hacer grande impresion. Si se moviesen dificultades en la Iglesia: si algun dogma fuese contradicho ¿donde está el tribunal que decidiese la cuestion? En estas Iglesias no hay un Gefe comun, ni es posible en ellas un con-

cilio ecuménico: pues que este no le puede convocar, que yo sepa, ni el Sultan, ni ningun Obispo particular. En los paises sometidos al cisma, se ha tomado el partido mas extraordinario que puede imaginarse, y es el de negar *que pueda haber en la Iglesia mas de siete concilios;* y de sostener que *todo fue decidido en aquellos concilios generales, que precedieron á la escision; y que no se deben convocar mas* (1).

Si se les objetan las máximas mas evidentes de todo gobierno imaginable: si se les pregunta qué idea se forman de una sociedad humana, de una agregacion cualquiera sin Gefe, sin poder legislativo comun, y sin asamblea nacional, divagan à su placer para volver despues de mil rodeos

(1) Esto es decir que el concilio VIII. es nulo, porque condenó á Phocio: y si antes de aquella época hubiese habido diez concilios en la Iglesia, se diria que no podia tener menos de diez concilios. En general la Iglesia es infalible para los novadores, hasta el momento que llega á condenarlos.

á decirnos (como yo lo he oido mil veces) *que no se necesita mas concilio, y que todo está ya decidido.*

Aun pasan mas adelante, y citan algunos concilios que segun ellos dicen, *decidieron que todo estaba decidido*, y porque estas asambleas habian muy sabiamente prohibido que se volviese à tratar de las cuestiones ya terminadas, sacan ellos la consecuencia que no se pueden tratar ni decidir otras, aun cuando el cristianismo se hallase combatido por nuevas heregías.

De aquí se siguiria que la Iglesia hizo mal de congregarse para condenar á *Macedonio*: porque ya se habia juntado antes para condenar á *Arrio;* y que se hizo mal de juntar el concilio de Trento para condenar á Lutero y Calvino: *porque todo estaba ya decidido por los primeros concilios.*

Para algunos lectores esto podrá tener el ayre de una relacion arbitraria: pero nada hay mas rigurosamente verdadero. En todas las discu-

siones en que se interesa el orgullo, y sobre todo el orgullo nacional, si se halla reducido hasta el cabo por los mas invencibles argumentos, se tragará los mas inconcebibles absurdos antes que volver atrás.

Dirán con la mayor seriedad *que el concilio de Trento es nulo, y nada prueba, porque no asistieron á él los Obispos griegos* (1).

¡Bello razonamiento! De aquí se sigue, que como todo concilio *griego* seria por la misma razon nulo para nosotros, porque no seríamos llamados á él; y como las decisiones de un Gefe comun, son además desconocidas *en Grecia*, ó en el pais que se llama así; la Iglesia ya no tiene gobierno, ni asambleas generales, ni aun posibles, ni medios de tratar en cuerpo sus propios intereses, en una

(1) Y ¿por qué decir los griegos? Era menester que digeran *todos los Obispos phocianos*: pues de otro modo no se entiende lo que se dice. Sin embargo debe observarse que en ellos consistió, no asistir al concilio de Trento.

palabra, ya no tiene unidad moral.

Cuando el orgullo ha adoptado cualquier principio, no le asustan las mas monstruosas consecuencias: ya lo hemos dicho; nada lo detiene.

Esta voz *orgullo*, me recuerda dos verdades de un género muy diferente, una triste y otra consolante.

Uno de los mas hábiles médicos de Europa, en el arte de curar la locura, el famoso doctor Willis, ha dicho (segun he oido referir á un hombre muy respetable) *que él habia hallado dos géneros de locura, que se resistian constantemente á todos los esfuerzos de su arte, á saber, la locura de orgullo, y la de religion.*

¡Dios mio! Las preocupaciones, que tambien son una especie de locura, presentan el mismo fenómeno. Las que se unen á la religion son terribles, y cualquiera observador que las haya estudiado, se habrá asombrado justamente de ellas. Un teólogo inglés ha establecido como una verdad general, *que ningun hombre habia mu-*

dado de religion por argumentos (1). Esta regla fatal tiene no obstante sus excepciones: mas estas solo son en favor de la sencilléz, del buen sentido, de la pureza, y sobre todo de la oracion. Dios nada hace en favor del orgullo, ni aun de la ciencia, que tambien es orgullo, cuando se encuentra sola. Mas si la locura del orgullo viene aun á unirse con la de la religion; si el error teológico se ingerta con un orgullo furioso, antiguo, nacional, inmenso, y siempre humillado; los dos anatemas del médico inglés vienen entonces á reunirse, y todo el poder humano no es capáz de curar al enfermo. Aun diré mas: semejante mudanza seria el mayor de los milagros: porque el que se llama *conversion* los excede á todos, cuando se trata de naciones. Dios obró este

(1) *Never a man was reason'd out of his Religion.* Este texto igualmente notable por su valor intrínseco, y un idiotismo muy feliz de la lengua inglesa, lo conservo hace mucho tiempo en mi memoria, y creo que es de Skerlock.

milagro hace diez y ocho siglos, y despues aun lo ha obrado algunas veces, en favor de las naciones que nunca habian conocido la verdad: pero en favor de las que la habian abjurado, nada ha hecho hasta ahora. ¿Quién sabe lo que tiene decretado? *Crear, es para Dios un juego: convertir, es el efecto de su Omnipotencia,* porque el mal se resiste mas que la nada (1).

CAP. VII.

De la Grecia y de su carácter, artes, ciencias y poder militar.

De la Grecia en general puede decirse, lo que dijo de Atenas uno de los mas graves historiadores de la antigüedad: *que su gloria á la verdad*

(1) *Deus qui humanæ substantiæ mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti.* (Liturgia de la misa.) — *Deus qui mirabiliter creasti hominem et mirabilius redimisti.* (Idem del Sábado Santo antes de la misa.)

es grande: pero que es inferior á lo que la fama nos refiere (1).

Otro historiador, que en mi juicio es el primero de todos, dijo hablando de las termópylas: *lugar célebre, mas por la muerte que por la resistencia de los lacedemonios* (2): cuya fina sentencia viene en apoyo de la observacion que acabamos de hacer.

La reputacion militar de los griegos propiamente dichos, fue adquirida sobre todo á expensas de los pueblos del Asia, que aquellos han deprimido en los escritos que nos han dejado, hasta tal punto que se han deprimido á ellos mismos. Leyendo el detalle de aquellas grandes victorias, que han egercitado tanto el pincel de los historiadores griegos, involuntariamente viene á la memoria la fa-

(1) *Atheniensium res gestæ, sicut ego existimo, satis amplæ magnificæque fuere, verum aliquanto minores quam fama feruntur.* Sallust. Cat. VIII.

(2) *Lacedemoniorum morte magis memorabilis quam pugna.* Liv. 37.

mosa exclamacion de César en el campo de batalla, donde acababa de perecer el hijo de Mitridates: *¡O feliz Pompeyo! ¡Qué enemigos has tenido que combatir!* Luego que la Grecia se encontró con el genio de Roma, se puso de rodillas para no levantarse jamás.

Los griegos además, celebraban á los griegos. Ninguna otra nacion contemporánea tuvo la ocasion, los medios, ni la voluntad de contradecirles: pero cuando los romanos tomaron la pluma, no dejaron de poner en ridículo *lo que los griegos mentirosos, se atrevieron á poner en la historia* (1).

Entre las familias griegas, solos los macedonios pudieron honrarse á sí mismos, por una corta resistencia al ascendiente de Roma. Este era un pueblo aparte, un pueblo monárquico que tenia un dialecto peculiar (que

(1) .... *Et quidquid Græcia mendax*
Audet in historia.... Juven.

ninguna musa ha hablado) extrangero á la elegancia, á las artes, y al genio poético de los griegos propiamente dichos; y que acabó por someterlos: porque estaba hecho de un modo muy diferente. Mas no obstante, este pueblo tambien cedió como los demás. A los griegos nunca les fue ventajoso medir sus fuerzas militares, con las naciones occidentales. Hubo un momento en que el imperio griego tuvo cierto esplendor, y á lo menos poseía un grande hombre: pero al Emperador Justiniano le costó caro, haber tomado la libertad de intitularse *Franco*. Los franceses mandados por Teodoberto fueron á Italia á pedirle cuentas de esta vanidosa licencia; y si la muerte no le hubiese desembarazado por fortuna de Teodoberto, probablemente hubiera vuelvo á Francia el verdadero *Franco*, con el sobrenombre legítimo de *Byzantino*.

Debe añadirse á esto, que la gloria militar de los griegos fue solo un relámpago. Iphícrate, Chabrias y Ti-

moteo cierran la lista de sus grandes capitanes, abierta por Miltiades (1). Desde la batalla de Maraton á la de Leucade, no se cuentan mas que ciento y catorce años. ¿Cómo puede pues compararse esta nacion con los romanos, que no cesaron de vencer durante diez siglos, y que poseyeron el mundo conocido? ¿Y qué será si se la compara á las naciones modernas, que han ganado las batallas de Soissons, de Fontenoi, de Crèci y de Waterloo, &c., y que aun están en posesion de sus nombres, y de sus territorios primitivos, sin haber dejado de crecer en fuerzas, en luces y en reputacion?

Las letras y las artes fueron el triunfo de la Grecia. En uno y otro género nos ha descubierto lo bello: ha fijado sus caractéres; y nos ha transmitido modelos, que apenas nos han

(1) *Neque post illorum obitum quisquam dux in illa urbe fuit dignus memoria.* (Corn. Nep. in Timoth. IV.) El resto de la Grecia no presenta diferencias.

dejado otro mérito que el de imitarlos; y así debemos seguirlos bajo la la pena de no acertar.

En la filosofía los griegos han desplegado grandes talentos: pero ya no son los mismos hombres, ni es permitido alabarles sin medida. Su verdadero mérito en este género consiste, si es permitido decirlo así, en haber sido los *corredores* de la ciencia, entre la Asia y la Europa; y aunque este mérito no deja de ser grande, no tiene nada de comun con el genio de la invencion, que faltó enteramente á los griegos. Ellos fueron sin duda alguna el último pueblo instruido, y como lo ha dicho muy bien Clemente de Alejandría, *la filosofía no llegó á los griegos sino despues de haber dado la vuelta al mundo* (1). Jamás han sabido sino lo que supieron sus mayores, pero con su estilo, su gracia, y el arte de hacerse valer, han *llenado nuestros oidos*, para emplear un latinismo muy à propósito.

(1) Clement. Alex., strom' I.

El doctor Long ha observado *que la astronomía nada debe á los académicos, ni á los peripatéticos* (1). Y es que estas dos sectas eran exclusivamente griegas, ó mas bien áticas: de modo que no se habian acercado à las fuentes orientales donde se sabia, sin discutir sobre cosa alguna; en vez de disputar sin saber nada, como en Grecia.

La filosofía antigua es directamente opuesta à la de los griegos, que en el fondo no era mas que una disputa eterna. La Grecia era la patria del silogismo, y de la falta de razon: pues que allí se pasaba el tiempo en producir razonamientos falsos, al paso que se enseñaba cómo se debia raciocinar.

El mismo autor griego que acabo de citar, ha dicho tambien con mucha verdad y prudencia: *el carácter de los primeros filósofos, no era el de altercar*

(1) Historia del Indostan por Mauricio, en inglés en 4., tom. I. pág. 169.

ó de dudar como estos filósofos griegos, que no cesan de argumentar y de disputar por una vanidad vacia ó estéril, y en fin que no se ocupan mas que en bagatelas inútiles (1).

Esto es lo que precisamente dijo mucho tiempo antes un filósofo indiano: *Nosotros en nada nos parecemos á los filósofos griegos, que nos ofrecen discursos grandes sobre cosas pequeñas: nuestra práctica propia es de anunciar las grandes cosas en pocas palabras, para que todo el mundo se acuerde de ellas* (2).

Efectivamente en esto se distingue el pais de los dogmas, del de los argumentos. Taciano en su famoso discurso à los griegos, les decia ya con un cierto movimiento de impaciencia: *Acabad de darnos imitaciones por invenciones* (3).

(1) Clement. Alex., strom. VIII.

(2) Calamus Gimnosoph. apud Athen., edit. theven, fol. 2.

(3) Tat. orat. ad græc. edit. París 1615 in 12. vers. init.

Lanzi, en Italia, y Gibbon, al otro lado de los Alpes, nos han repetido uno y otro la misma observacion sobre el genio griego, cuya elegancia y cuya esterilidad han reconocido al mismo tiempo (1).

Si hay alguna cosa que parezca pertenecer propiamente à la Grecia, es la música, aunque en este género todo le venia de Oriente. Estrabon observa que la *cítara* se habia llamado la *asiática*, y que todos los instrumentos de música, tenian en Grecia nombres extrangeros, tales como la *nablia*, la *sambuca*, el *barbiton*, la *magada* (2).

(1) *I græci semper piu felici in perfezionare arti che in inventarle.* (*Saggio di letteratura etrusca*, &c., *tom.* 2. *pág.* 189.) — *El genio de los griegos por mas romanesco que fuese, ha ennoblecido mas que no ha inventado.* (Gibbot, memorias, tom. 2. págin. 207. traduc. franc.)

(2) Huet. Demons. evang. prop. IV. cap. IV. núm. 2. En el dia aun se llama ch'hi-tar (kitar) una especie de viola de seis cuerdas, que se usa mucho en todo el Indostan. (Investig. asiát. to-

Los lodos de Alejandría, se mostraron aun mas favorables à la ciencia, que las tierras clásicas de Tempé y de la Cerámica. Con razon se ha observado que despues de la fundacion de esta gran Ciudad egipciaca, no hay ningun astrónomo griego que no haya nacido en ella, ó que no haya adquirido allí sus conocimientos y su reputacion; tales son Timocharis, Dionisio el Astrónomo, Eratosthene, el famoso Hipparco, Possidonio, Sosigeno, Ptolomeo en fin que es el último y el mayor de todos (1).

La misma observacion tiene lugar respecto de los matemáticos. Euclides, Pappus y Diofante eran de Alejandría, y el que parece haber excedido à todos Archimedes fue italiano.

Léase à Platon, y en cada página podrá hacerse una distincion muy no-

mo 7. en 4. pág. 471.) En esta voz se encuentra la *cithara* de los griegos y de los latinos, y nuestra guitarra.

(1) Esta es observacion del Abate Terrasson. Sethos. Liv. II.

table. Siempre que habla como griego fastidia, y frecuentemente impacienta. Solo es grande, sublime, penetrante cuando se manifiesta teólogo, es decir, cuando anuncia dogmas positivos y eternos, agenos de toda tergiversacion, y que llevan tan claramente consigo el sello oriental, que para desconocerle es preciso no haber entrevisto jamás la Asia. Platon habia leido mucho, y habia viajado mucho; y en sus escritos hay mil pruebas de que se habia dirigido siempre à las verdaderas fuentes, de las verdaderas tradiciones. En sí mismo encerraba un sofista y un teólogo, ó si se quiere, un griego y un caldéo. Para entender à este filósofo, es menester tener siempre presente esta idea.

Séneca en su epístola 113 nos presenta una muestra singular de la filosofía griega: pero nadie, en mi concepto, la habia caracterizado con tanta verdad y originalidad, como el filósofo querido del siglo 18. *Antes de los griegos* (dice) *hubo hombres mucho*

mas sabios que ellos, pero què FLORECIERON EN SILENCIO, *y que han quedado desconocidos, porque nunca han sido* CORNETEADOS *ni* TROMPETEADOS *por los griegos* (1).... *Los hombres de esta nacion, reunen invariablemente la precipitacion del juicio, al prurito de adoctrinar, que es un doble defecto, enemigo mortal de la ciencia y de la prudencia. El sacerdote egipcio tuvo mucha razon para decirles:* VOSOTROS LOS GRIEGOS NO SOIS MAS QUE UNOS NIÑOS. *Con efecto*, ELLOS IGNORABAN IGUALMENTE LA ANTIGUEDAD DE LA CIENCIA, Y LA CIENCIA DE LA ANTIGUEDAD; *y su filosofía tiene los dos caractéres esenciales de la infancia* QUE HABLA MUCHO Y NO PRODUCE NADA (2). Difícilmente se podria hablar mejor.

(1) *Sed tamen majores cum silentio floruerunt antequam in græcorum tubas ac* FISTULAS *adhuc incidissent.* Bacon nov. org. IV. c. XXII.

(2) *Nam verbosa videtur sapientia eorum et operum sterilis.* Idem. *Impetus philosophici.* Opp. in 8. tom. XI. pág. 272. — Nov. Org. I. LXXI.

Si se exceptúa à Lacedemonia, que fue un bello punto, en un punto de globo, se encontrarán los griegos en la política, iguales que en la filosofía, es decir, nunca de acuerdo con los demás, ni consigo mismos. Atenas que era, por decirlo así, el corazon de la Grecia, y que egercia sobre ella una verdadera magistratura, ofrece un espectáculo único en este género. No pueden definirse estos atenientes, que son al mismo tiempo ligeros como niños, y feroces como hombres: especie de carneros rabiosos siempre conducidos por la naturaleza, y siempre por naturaleza devorando à sus pastores. Bien sabido es, que todo gobierno padece abusos; y que sobre todo en las democracias, y aun mas en las democracias antiguas, siempre es preciso encontrar algun exceso de la demencia popular; pero que una república, no haya podido perdonar à uno solo de sus grandes hombres: que hayan sido obligados à fuerza de injusticias, de persecuciones y de ase-

sinatos jurídicos, à no creerse seguros, sino à medida que se alejaban de sus murallas (1): que haya podido encarcelar, multar, acusar, despojar, desterrar, condenar à muerte à Miltiades, Temístocles, Arístides, Cimon, Timoteo, Phocion y Sócrates; esto es lo que jamás se ha visto sino en Atenas.

Bien puede Voltaire gritar que *los atenienses eran un pueblo muy amable.* Bacon le añadirá: *sí, como un niño.* Y ¿habria cosa mas terrible que un niño muy fuerte y muy robusto, aunque fuese muy amable?

Se ha hablado ya tanto de los oradores de Atenas, que viene à ser ridículo hablar aun de ellos. La tribuna de Atenas hubiera sido el oprobio de la humanidad, si Phocion y sus semejantes arengando en ella antes de beber la cicuta, ó de partir para su destierro, no hubiesen puesto un poco de equilibrio à tanta locuacidad, crueldad y extravagancia.

(1) Corn. Nep. in Chabr. III.

CAP. VIII.

Continuacion del mismo asunto. Carácter moral de los griegos. Odio contra los occidentales.

Si despues de esto, se llega al exámen de las cualidades morales, los griegos se presentan bajo un aspecto aun menos favorable. Es una cosa muy singular y notable, que la misma Roma que los reconocia superiores en las artes y en las ciencias, sin embargo no cesaba de despreciarles. Ella inventó la voz *græculus*, que se encuentra en todos los escritores, y de la cual nunca pudieron los griegos tomar venganza: porque el nombre romano, no permitia formar de él un diminutivo de desprecio. A cualquiera que lo hubiese intentado se le preguntaria: *¿qué quereis decir?* Los romanos hacian venir de Grecia médicos, arquitectos, pintores, músicos: les pagaban y se burlaban de ellos. Los galos, los ger-

manos, y los españoles tambien fueron súbditos suyos como los griegos: pero nunca fueron despreciados. Roma se servia de sus armas y las respetaba. Yo no conozco que los romanos hicieren ninguna burla de estas naciones vigorosas.

El Tasso, cuando dice, *la fede greca a chi non è palese?* Exprime por desgracia una opinion antigua y moderna. Los hombres en todo tiempo han estado constantemente persuadidos, que acerca de la buena fe, y de la religion práctica, que es la fuente de ella, los griegos dejaban mucho que desear. Es bueno oir á Ciceron sobre este punto, y este es un elegante testigo de la opinion romana (1).

»Habeis oido (*decia á los jueces »de uno de sus clientes*) algunos tes»tigos contra él: ¿pero qué testigos? »Por de contado son griegos, y es»ta es una objecion admitida por la

(1) Orat. pro Flacco, cap. IV. et seq.

»opinion general. No digo esto por»que quiera mas que otro, perjudicar »el honor de esta nacion: porque »si ha habido algun romano que ha»ya sido su amigo y partidario, ese »soy yo; y aun lo era mucho mas »cuando tenia mas tiempo de ser»lo (1).... Mas en fin, ved aquí lo »que yo debo decir de los griegos »en general. No les disputo las letras; »ni las artes, ni la elegancia de esti»lo, ni la finura, ni la elocuencia, »y si tienen aun otras pretensiones, »no me opondré á ellas: pero EN CUAN»TO Á LA BUENA FE, Y Á LA RELIGION »DEL JURAMENTO, ESTA NACION NUNCA »HA ENTENDIDO UNA PALABRA: jamás ha »conocido la fuerza, la autoridad, ni »el peso de las cosas santas. Y sino »¿de dóndo viene aquel dicho tan co»nocido: JURA EN MI CAUSA, Y YO JU»RARÉ EN LA TUYA? Nunca se ha di-

(1) *Et magis etiam tum quum plus erat otii.* Ibid. IV. Esto es decir, *cuando yo tenia tiempo para amar á los griegos.* ¡Expresion singular!

»cho esto de los galos, ni de los es»pañoles. Esta frase pertenece solo »á los griegos; y es tan propiamen»te suya, que aun los que no saben »el griego, la saben de memoria en »aquella lengua. (1). Contemplad bien »á un testigo de esta nacion: al ver »solamente su postura ó su gesto, po»dreis juzgar de su religion, y de la »conciencia que preside á su testimo»nio.... Yo no pienso sino en el mo»do como él se explicará, pero nun»ca en la verdad de lo que diga.... »Pero acabais de oir á un romano »ofendido gravemente por el acusa»do. Él podia vengarse, mas la re»ligion lo detiene: no ha dicho una »palabra ofensiva; y aun lo que de»bia decir: ¡con qué reserva lo ha »dicho! Él temblaba, y perdia el co»lor cuando hablaba.... Ved á nues»tros romanos cuando han de decla»rar en juicio, cómo se detienen, có-

(1) Oliv. ad locum] pro Flacco, IV. (ex Lambino.)

»mo pesan todas sus palabras! ¡Có-»mo temen conceder algo á la pasion, »ó decir mas ó menos de lo que es »rigurosamente necesario! Y ¿compa-»rareis estos hombres, con aquellos »para quien el juramento no es mas »que un juguete? Yo recuso en ge-»neral todos los testigos presentados »en esta causa: los recuso porque son »griegos, y que así pertenecen à la »mas ligera de las naciones, &c."

Ciceron, no obstante, concede algunos elogios bien merecidos à las dos ciudades famosas Atenas y Lacedemonia. »Mas (*dice*) todos los que »no están enteramente faltos de co-»nocimientos en este género, saben »que los verdaderos griegos se redu-»cen à tres familias, à saber, la Ate-»niense que es una rama de la Jonia-»na, la Eoliana y la Doriana; y es-»ta VERDADERA GRECIA no es mas que »un punto en Europa (1)."

(1) *¿Quis ignorat qui modo umquam mediocriter res istas scire curavit, quin tria græcorum genera sint vere? Quorum uni sunt athe-*

Pero en cuanto á los griegos orientales, que son mucho mas numerosos que los otros, Ciceron se muestra extremadamente severo. »Yo no »quiero (*les dice*) citar à los extran»geros acerca de vosotros: me aten»go à vuestro propio juicio.... La Asia »menor, si no me engaño, se com»pone de la Frigia, de la Misia, de »la Caria, de la Lidia. ¿Somos no»sotros, ó vosotros quien ha inven»tado el antiguo proverbio: NINGUN »PARTIDO PUEDE SACARSE DE UN FRIGIA»NO, SINO POR EL AZOTE? ¿Qué diré »de la Caria en general? Vosotros sois »los que tambien habeis dicho: EL »QUE QUIERA CORRER ALGUN PELIGRO, »QUE VAYA Á CARIA. Y ¿qué hay de »mas trivial en la lengua griega, que »aquella frase usada para vilipendiar

nienses, quæ gens jonum habebatur: æoles alteri: Doris tertii nominabantur. Atque hæc cuncta Græcia, quæ fama, quæ gloria, quæ doctrina, quæ pluribus artibus, quæ etiam imperio et bellica laude floruit, parvum quemdam locum, ut scitis, Europæ tenet, semperque tenuit. Cic., ibid. pro Flacco, XXVII.

»excesivamente à un hombre, cuan»do se le dice: ES EL ÚLTIMO DE LOS »MISIANOS? En cuanto à la Caria, yo »os pregunto si hay una sola come»dia griega, donde el bufon no sea »un cariano (1). ¿Qué perjuicio pues »os hacemos, limitândonos à sostener »que acerca de vosotros, debe estar»se à lo que vosotros decís (2)?"

Nos abstendremos de comentar este largo pasage, de una manera poco favorable à los griegos. Si se dice que en él hay exageracion, convendré en ello. Se quiere que este retrato nada tenga de comun con los griegos de hoy, tambien consentiré, y aun lo deseo de todo corazon. Mas no dejará de ser constante, que si se exceptúa acaso una corta época, la Grecia en general nunca tuvo reputacion moral, en los tiempos antiguos; y que tanto por el carácter, como por

(1) Pasage muy notable, donde se ve lo que era la comedia, y cómo era juzgada en la opinion romana.

(2) Cicer. pro Flacco, 28.

las armas, las naciones occidentales siempre la han sobrepujado con exceso.

CAP. IX.

Sobre una cualidad particular del carácter griego. Espiritu de division.

Un carácter particular de la Grecia, y que la distingue à mi juicio, de todas las naciones del mundo, es su inaptitud para toda grande asociacion política ó moral. Los griegos no tuvieron jamás el honor de ser *un pueblo*. La historia nos manifiesta solamente entre ellos, algunas poblaciones soberanas, que se degüellan unas à otras, y que nunca pudieron amalgamarse. Ellos brillaron bajo de esta forma, porque les era natural; y porque las naciones nunca se hacen célebres, sino bajo la forma de gobierno que las es propia. La diferencia de los dialectos, anunciaba la de los caractéres, igualmente que la oposi-

cion entre las soberanías; y este mismo espíritu de division, se introdujo en la filosofía, que se dividió en *sectas*, como se habia dividido la soberanía en pequeñas repúblicas, independientes y enemigas. Como esta voz *secta*, se traduce en griego por la de *heregía*, los griegos introdujeron esta voz en la religion; y así dijeron: *la heregía de los arrianos*, del mismo modo que en otro tiempo habian dicho, *la heregía de los estoicos*. De este modo corrompieron una palabra inocente en su naturaleza; y fueron *hereges*, es decir, *divisionarios* en la religion, como lo habian sido en la política y en la filosofía. Poseidos del flujo del orgullo, y del de la disputa, no dejan respirar el sentido comun: cada dia inventan nuevas sutilezas: mezclan en todos nuestros dogmas yo no sé qué metafísica temeraria, que sofoca la simplicidad evangélica. Queriendo ser à un mismo tiempo filósofos y cristianos, no son ni lo uno ni lo otro. Mezclan

el evangelio con el espiritualismo de los platónicos, y con los sueños del Oriente. Armados con una dialéctica insensata, quieren dividir lo que es indivisible, y penetrar lo impenetrable; y no saben soportar el sentido vago de ciertas expresiones divinas, que una docta humildad toma como son en sí, y que aun evita de circunscribir, para no exponerse á dar una idea diferente del sentido interior de las palabras. En vez de creer, disputan: en vez de rogar, arguyen: los caminos reales están llenos de Obispos que corren al concilio; apenas les bastan las postas del imperio; y la Grecia entera es una especie de peloponeso teológico, donde unos átomos se baten por otros átomos. La historia eclesiástica llega à ser, gracias à estos inconcebibles sofistas, un libro peligroso; y à la vista de tanta locura, tanta ridiculéz, y tanto furor, la fe claudica, y el lector exclama lleno de disgusto y de indignacion: *pene moti sunt pedes mei.*

Para colmo de desgracia, Constantino transfiere el imperio à Bizancio, donde encuentra la lengua griega, admirable sin duda, y acaso la mas bella que los hombres hayan hablado, pero en extremo favorable à los sofistas: arma penetrante, que jamás debiera haberse manejado sino por la prudencia, y que por una deplorable fatalidad, se encontró casi siempre en la mano de los insensatos.

Bizancio haria que creyésemos en el sistema de los climas, y de algunas exhalaciones particulares de ciertas tierras, que influyen de un modo invariable en el carácter de los habitantes: pues que la sabiduría romana luego que se sentó en aquel trono, sobrecogida de improviso por yo no sé qué influencia mágica, perdió la razon para no volver à hallarla jamás. Recórrase la historia universal, y no se encontrará una dinastía mas miserable. Débiles ó furiosos, ó uno y otro al mismo tiempo, estos Prín-

cipes insoportables, dirigieron sobre todo su demencia à la teología, y se apoderaron de ella con su despotismo para trastornarla. Los resultados son bien conocidos. Casi puede decirse que la lengua francesa ha querido hacer justicia al gobierno de aquellos Príncipes, apellidándole el *Bajo Imperio*. Así es, que le vimos perecer, como habia vivido: disputando; y mientras los sofistas mitrados estaban arguyendo sobre la gloria del Monte Tabor, llegó Mahoma à romper las puertas de la capital del imperio.

Mas no obstante, como la lengua griega era la lengua del imperio, se acostumbró à llamar *la Iglesia griega*, como se decia tambien el imperio griego: aunque la Iglesia de Constantinopla era tan *griega*, como seria inglés un italiano naturalizado en Londres: pero la fuerza de las palabras no ha cesado de egercer un grande imperio en el mundo. ¿No se está diciendo aun *la Iglesia griega de Rusia*, à despecho de la lengua, y de la su-

premacía civil? Nada hay que la costumbre no haga decir.

CAP. X.

Aclaracion de un paralogismo phociano. Ventaja pretendida de las Iglesias, sacada de la anterioridad cronológica.

El espíritu de division y de oposicion, que las circunstancias han hecho naturalizar en Grecia desde tantos siglos, ha echado allí tan profundas raices, que los pueblos de aquel bello pais han llegado à perder hasta la misma idea de la unidad. Ellos creen verla donde no existe, y donde existe no la ven. Frecuentemente aun se les turba la vista, y ya no saben de qué están hablando. De este modo han transportado à Rusia uno de sus mayores paralogismos, que hace hoy un efecto maravilloso en los círculos, y conversaciones de este grande pais. Se dice allí bastante co-

munmente, que *la Iglesia griega es mas antigua que la romana;* y aun se añade en estilo metafísico, que *la primera fue la cuna del cristianismo.* ¿Pero qué quieren decir con esto? Sabemos que nuestro divino Salvador nació en Betleem; y si se quiere decir que su cuna fue la del cristianismo, nada hay mas rigurosamente verdadero. Tambien se tendrá razon en ver *la cuna del cristianismo* en Jerusalen, y en *el cenáculo* de donde salió en el dia de Pentecostes aquel fuego que *alumbra, calienta y purifica* (1). En este sentido, la Iglesia de Jerusalen es incontestablemente la primera; y Santiago en su cualidad de Obispo, será anterior à San Pedro, de todo aquel tiempo necesario para andar el camino que hay de Jerusalen à Antioquía, ó à Roma. Pero de esto no se trata obsolutamente. ¿Cuándo se comprenderá bien que

(1) Division del sermon de Bourdalue sobre Pentecostes.

entre nosotros no se trata de *las Iglesias*, sino de LA IGLESIA? Dos Iglesias católicas no pueden compararse, porque no puede haber dos; y la una excluye lógicamente à la otra. Así pues, si se compara *una Iglesia á la Iglesia*, no se sabe lo que se dice. Afirmar que la de Jerusalen por egemplo, ó la de Antioquía, es anterior al establecimiento de la Iglesia católica, es una cosa ciertísima: pero es una verdad simple que nada significa, ni prueba nada: como seria decir que un hombre que se halla en Jerusalen, no puede estar en Roma si no se transfiere allá. Imaginemos un Soberano que llega à tomar posesion de un pais, conquistado por sus armas. En la primera plaza frontera donde entra, establece un gobierno, y le da grandes privilegios. Sigue su camino y va estableciendo otros; y en fin llega á la ciudad que ha elegido por su capital, se fija en ella, establece su trono, nombra sus ministros, &c. Si en la continuacion

de los tiempos, aquellá primera plaza se alaba de haber sido la primera que saludó al nuevo Soberano: si se compara con las demás ciudades del reyno, haciendo notar en esto su anterioridad, aun sobre la capital; nada mas justo: como tampoco puede impedirse à Antioquía de recordar que el nombre de *cristiano* nació dentro de sus muros: mas que ESTE *gobierno* se quiera hacer anterior *al gobierno* ó al estado, esto no puede ser; porque se le diria: *si entendeis probar que el derecho de obediencia nació en vuestros muros, y que sois los primeros súbditos, tendreis razon: pero si pensais tener pretensiones de independencia ó de superioridad, ciertamente delirais; porque nunca puede haber anterioridad en el estado, no habiendo mas que un estado.*

La cuestion teológica es absolutamente la misma. ¿Qué importa que tal ó tal Iglesia se haya constituido antes que la de Roma? Pero volvemos à decir; no es esto de lo que

se trata. *Todas las Iglesias* son nada sin *la Iglesia*, es decir, sin la Iglesia universal ó católica, que à este respecto no tiene que revindicar privilegio particular alguno: pues que es imposible imaginar ninguna asociacion humana, sin un gobierno ó centro de unidad, del cual tome su existencia moral.

Así, los estados unidos de América, no formarian *un estado* sin el *congreso* que los *une*. Hágase desaparecer esta asamblea con su presidente, al instante desaparecerá la unidad, y no habrá mas que trece estados separados ó independientes, à pesar de tener la lengua y las leyes comunes.

Aunque no es necesario para el fondo de la cuestion, añadiremos, que esta anterioridad de que tantas veces se ha hablado, seria menos ridícula, si al fin se tratase de un espacio de tiempo considerable, como uno ó dos siglos. Mas ¿qué hay en el cristianismo que sea anterior á San

Pedro, que fundó la Iglesia de Roma, y à San Pablo que dirigió à esta Iglesia una de sus admirables epístolas? Todas las Iglesias apostólicas son de fecha igual: lo que las distingue es la duracion: porque todas estas Iglesias, exceptuando una sola, han desaparecido: ninguna hay en estado de remontarse sin interrupcion, y por medio de Obispos conocidos, legítimos, y ortodoxos, hasta el Apóstol fundador. Esta gloria solo pertenece à la Iglesia romana.

Es preciso aun añadir, que esta cuestion de anterioridad, además de ser por sí misma tan fútil y sofística, está sobre todo muy fuera de lugar, en la boca de la Iglesia de Constantinopla, que es la última en fecha de las Iglesias patriarcales, que no tiene aun su título sino por la obstinacion de los Emperadores griegos, y por la complacencia de la primera silla obligada muy frecuentemente à escoger el menor entre dos males: juguete eterno de la absurda tiranía de

sus Príncipes; manchada con las mas terribles heregías, y azote perene de la Iglesia, que no ha dejado de atormentar, para despues dividirla acaso para siempre.

Mas no puede haber cuestion de anterioridad. Yo he hecho ver que esta cuestion carece de sentido comun, y que los que la mueven, no se entienden ellos mismos. Las Iglesias phocianas no quieren advertir, que en el momento mismo de su separacion, se hicieron *protestantes*, es decir, separadas é *independientes;* y así, para defenderse se ven obligadas à emplear *el principio protestante* de decir, que están unidas por la fe: aunque la identidad de legislacion no puede constituir la unidad de ningun gobierno, la cual no puede existir donde no se encuentre la gerarquía de autoridad.

Así, por egemplo, todas las provincias de Francia son partes de la Francia, porque están reunidas todas bajo una autoridad comun, mas si al-

gunas de ellas renunciasen à esta supremacía comun, desde luego se harian estados separados é independientes, y ningun hombre cuerdo podria tolerar la asercion de que *ellas eran siempre parte del Reyno de Francia, porque conservaban la misma lengua y la misma legislacion.*

Las Iglesias phocianas tienen precisamente una pretension idéntica. Quieren ser porcion *del Reyno católico*, despues de haber abdicado la autoridad comun. Si se las obliga à que digan qué poder, ó qué tribunal es el que constituye su unidad, responden *que no hay tal tribunal;* y si se las pregunta, *cómo es posible que una autoridad cualquiera, no tenga un tribunal comun para todas sus provincias*, responden *que este tribunal es inútil, porque ya lo decidió todo en sus seis primeras sesiones; y que así no debe volver á formarse.* Á estos prodigiosos disparates, añadirán otros muchos, si vuestra lógica quiere seguir estrechándolas. Tal es el orgu-

llo, y sobre todo el orgullo nacional. Jamás se le vió tener vergüenza, ni aun miedo de sí mismo.

Todas estas Iglesias separadas, se condenan cada dia cuando dicen *creo la Iglesia una y universal*: porque es preciso absolutamente que á esta profesion *de derecho*, substituyan otra *de hecho* que diga, *creo las Iglesias una y universal:* que es el solecismo mas repugnante que jamás haya podido afligir los oidos humanos.

Y además, este solecismo (es preciso notarlo bien) nunca puede atribuirse à nosotros. En vano nos dirian: *si estando separados de nosotros pretendeis tener la unidad, ¿por qué nosotros estando separados de vosotros, no hemos de tener la misma pretension?* Porque aquí no hay término de comparacion, siendo un hecho constante que *la unidad* está entre nosotros, lo cual nadie disputa. Toda la cuestion versa sobre la legitimidad, el poder, y la extension de esta unidad. Por el contrario entre los *Pho-*

cianos, como entre todos los demás *protestantes*, no hay unidad: de modo que no puede haber cuestion sobre si nosotros debemos sujetarnos à un tribunal que no existe; y así el argumento no puede caer sino sobre aquellas Iglesias, ni puede volverse contra nosotros.

La supremacía del Sumo Pontífice es tan clara, tan incontestable, y tan universalmente reconocida, que en el tiempo de la grande escision nadie de los que se levantaron contra ella se atrevió á usurparla, ni aun el mismo autor del cisma. Ellos bien negaron que el Obispo de Roma fuese el Gefe de la Iglesia; pero ninguno de ellos fue bastante atrevido para decir *yo lo soy*: de modo que cada una de aquellas Iglesias quedó sola y *acéfala*, ó lo que es lo mismo, fuera de la unidad y del catolicismo.

Phocio se atrevió à llamarse *Patriarca ecuménico*: pero este título, solo podia sonar en la loca Bizancio.

¿Ha visto jamás la Iglesia que los Obispos de un solo patriarcado, se congreguen y se llamen concilio ecuménico? Este delirio sin embargo, no hubiera sido mayor que el otro. Para no contrariar tanto la lógica, y los cánones, Phocio no tenia mas que hacer sino atribuirse sobre todos sus cómplices, esta misma jurisdiccion, que queria disputar al Pontífice legítimo: pero la conciencia de los hombres, era mas fuerte que su ambicion. Él se atuvo à la rebelion, y no se atrevió, ó no pudo nunca levantarse hasta la usurpacion.

CAP. XI.

Qué puede esperarse de los griegos. Conclusion de este libro.

Muchas relaciones nos han informado aunque vagamente, de una preciosa fermentacion excitada en la Grecia moderna. Se nos habla de un nuevo valor, de un ardiente entusiasmo

por la gloria nacional, de esfuerzos muy notables para perfeccionar la lengua vulgar, que quisieran aproximar à su brillante orígen. El celo extrangero uniéndose al celo patriótico, está à punto de mostrar al mundo una academia ateniense, &c.

Fundados en estas relaciones, podríamos creer en la regeneracion próxima de una Nacion, que fue tan célebre: aunque la institucion y la regeneracion de las naciones por medio de academias, y aun en general por medio de las ciencias, sea incontestablemente cuanto se puede imaginar de mas contrario à todas las leyes divinas. No obstante yo acepto con el mayor gusto este vaticinio, y todos mis votos se dirigen al mejor suceso de tan nobles esfuerzos: pero me veo obligado à confesar, que muchas consideraciones me alarman aun, y me hacen dudar à pesar mio. Muchas veces he hablado con gentes que habian permanecido largo tiempo en Grecia, y que habian estudiado par-

ticularmente á sus habitantes; y à todos los he hallado conformes en la opinion, de que nunca será posible establecer una soberanía griega: porque hay en el carácter griego alguna cosa inexplicable, que se opone à toda grande asociacion, à toda organizacion independiente; y esto es lo primero que advierte cualquier extrangero si tiene ojos. Yo deseo de todo corazon que me hayan engañado: pero son muchas las razones que hablan en favor de esta opinion. Desde luego ella se funda sobre el carácter eterno de esta Nacion, *que nació dividida*, si es permitido hablar así. Ciceron que solo distaba tres ó cuatro siglos de los bellos dias de la Grecia, no la concedia, no obstante, sino los talentos y la imaginacion: ¿qué podemos pues esperar nosotros hoy de esta Nacion desdichada, despues de haber pasado sobre ella veinte siglos, sin dejarla ni aun solamente ver la luz de la libertad? La terrible esclavitud que está sufriendo ha-

ce cuatro siglos ¿no ha extinguido en la alma de los griegos hasta la misma idea de la independencia y de la soberanía? ¿Quién no conoce la accion deplorable del despotismo, sobre el carácter de una Nacion á quien sujeta? Y aun, qué despotismo! Acaso ningun pueblo lo experimentó semejante. En Grecia no hay ningun punto de contacto, ni amalgama alguno posible entre el amo y el esclavo. Los turcos son en el dia lo mismo que eran en medio del siglo 15, à saber, tártaros acampados en Europa. Nada puede hacerlos mas semejantes à un pueblo subyugado, que nada puede hacerlo mas semejante à ellos. Allí, dos leyes enemigas se miran una à otra con rubor, y podrian estarse viendo eternamente, sin poder amarse jamás. Entre ellas no son posibles los tratados, convenios, ni transacciones. Nada puede conceder la una á la otra; y ni aun aquel sentimiento que lo estrecha todo, puede cosa alguna sobre ellas. De una

parte y de otra, los dos sexos no se atreven á mirarse, ó se miran temblando, como entes de una naturaleza opuesta, que el Criador ha separado para siempre. Entre ellos se hallan el sacrilegio y el último suplicio. Parece que Mahomet II. haya entrado ayer en la Grecia, y que el derecho de conquista se egerza aun con todo su rigor primitivo. El griego situado entre la cimitarra y el baston del Bajá, apenas se atreve á respirar: no está seguro de nada, ni aun tiene segura la muger con quien se acaba de desposar. Oculta su tesoro, oculta su hija, oculta hasta la fachada de su casa, si en ella se puede descubrir el secreto de su riqueza. Se endurece á los insultos, y á los tormentos. Él sabe el número de palos que puede sufrir, sin declarar el oro que ha escondido. ¿Cuál ha debido ser el resultado de este tratamiento, en un pueblo oprimido, donde el niño apenas aprende á pronunciar el nombre de su madre, antes que el

de *afrenta* ó insulto? Algunos verdaderos observadores aseguran, que si aquel cetro de hierro viniese á desaparecer de improviso, seria esto una infelicidad para la Grecia: porque entraria desde luego en un acceso de convulsion universal, sin que fuese posible encontrar el remedio, ni prever el fin. ¿Dónde encontraria este pueblo, suponiéndole libertado, el punto de reunion, ó el centro de unidad política, que es tan inconcebible para él, como le ha sido desde hace ocho siglos el de la unidad religiosa? ¿Qué provincia querria ceder á otra? ¿Qué raza las dominaría? Fuera de que, nada hay que presagie este feliz suceso. En otro tiempo nuestra debilidad salvó el cetro de los sultanes; y hoy nuestra fuerza lo protege. Grandes emulaciones se observan, y se contrapesan; y si todas las apariencias no nos engañan, sostendrán aun, y por mucho tiempo el trono otomano, aunque se halle minado por todas partes.

Y aun cuando este trono cayera, todo lo que conseguiría la Grecia, seria mudar de dueño. Bien puede ser que ganase, pero siempre seria dominada. El Egipto es sin duda, bajo todos aspectos, el pais mas á propósito del universo para no depender sino de sí mismo; y no obstante, hace mas de dos mil años que le declaró el Profeta Ezequiel, *que jamás obedeceria á un cetro egipcio* (1). Con efecto desde Cambyses hasta los Mamelucos, la profecía no ha dejado de cumplirse. *Misraim*, sin duda, está aun expiando á nuestra vista, los crímenes que en otro tiempo salieron de los Templos de Memphis, y de Tentyra, cuyos profundos y misteriosos retiros vomitaron el error sobre todo el género humano. Por este largo crímen, está condenado el Egipto al último suplicio de las naciones: el Ángel de la soberanía ha abandonado aquellos paises, acaso para no vol-

(1) Ezequiel, XXIX. 13. XXX. 13.

ver mas á ellos. ¿Y quién sabe si la Grecia está sujeta á sufrir el mismo anatema? Ningun profeta la ha echado la maldicion: pero casi se puede creer que la identidad de la pena, supone la de los delitos. ¿No era Grecia *la encantadora de las naciones?* ¿No se encargó ella de transmitir á la Europa, las supersticiones del Egipto y del Oriente? ¿Por ella no somos aun paganos? ¿Hay una fábula, una locura, un vicio que no tenga su nombre, su emblema ó su máscara griega? Y para decirlo de una vez, ¿no es la Grecia la primera, que tuvo el horrible honor de negar á Dios, y de prestar una voz temeraria al ateismo, que no habia aun osado tomar la palabra delante de los hombres (1)?

Elien nota con razon, que todas las naciones llamadas *bárbaras* por los griegos, reconocieron una divinidad

(1) *Primum Graius homo mortales tollere contra*
Est oculos ausus, &c. Lucret., lib. I. 67. et 68.

suprema, y que entre ellos jamás hubo ateistas (1). Yo bien quisiera engañarme: pero creo que ningun ojo humano podrá llegar à percibir el fin de la esclavitud de la Grecia, y si llegase à verificarse, ¿quién sabe lo que sucederia? En nuestros tiempos modernos, ella ha reglado sus esperanzas, y sus deseos ó proyectos políticos sobre la afinidad de los cultos; mas estando destinada à engañarse siempre, ha podido aprender muy à su costa, que carece de fundamento sólido. ¿Cuántos siglos necesitará aun para comprender, que no se pueden tener hermanos, cuando no se tiene una madre comun?

Un error muy fatal para la Grecia, y que por desgracia, no hay apariencias de que se desvanezca muy pronto, es el de apoyarse sobre antiguos recuerdos, para atribuirse yo

(1) Ælian., hist. var. lib. II. cap. 31. — Thomassin., modo de estudiar y de enseñar la historia, tom. I. lib. II. cap. V. pág. 381. París, 1693, en 8.

no sé qué existencia imaginaria, que la engaña sin cesar. Aun la suele ocurrir hablar de rivalidad respecto de nosotros; cuya rivalidad acaso en otro tiempo tenia alguna base y algun sentido: ¿pero qué significa hoy una rivalidad, donde se encuentra todo de un lado, y nada del otro? ¿Quiere acaso la Grecia disputarnos la gloria de las armas, ó la de las ciencias? Ella se llama à sí misma *el Oriente*, mientras que para el verdadero Oriente, no es mas que un punto en el Occidente, y para nosotros apenas visible. Sabemos que ella escribió la Ilíada, que edificó à Pecila, que hizo el Apolo de Belvedere, que ganó la batalla de Platea: mas todo es muy antiguo, y hablando francamente, un sueño de veinte y cinco siglos se parece mucho à la muerte. ¡Ojalá que los mas tristes agüeros, no sean mas que apariencias engañosas! Deseemos que esta nacion ingeniosa vuelva à recobrar su independencia, y se mues tre digna de ella. Deseemos que el

sol se levante en fin para ella, y que las antiguas tinieblas se disipen. A la verdad, no pertenece à un particular dar consejos á una nacion: pero los simples votos siempre son permitidos. Pueda, pues, la Grecia propiamente dicha, aquella Grecia tan bien descrita por Ciceron (1), separarse para siempre de la fatal Bisancio, que en otro tiempo fue una simple Colonia griega, y cuya supremacía imaginaria, reposa enteramente sobre títulos que ya no existen. Se nos habla de Phocion, de Pericles, de Epaminondas, de Sócrates, de Platon, de Agesilao &c. &c. Está muy bien. Tratemos pues directamente con sus descendientes, sin embarazarnos con los municipios. Por nuestra parte no hay odio, ni rencor, porque no hemos olvidado como los griegos, la paz de Lion y la de Florencia. Abracémonos de nuevo para nunca separarnos. Entre nosotros no existe mas que un muro mágico,

(1) Vide supra, cap. 8. pág. 265.

levantado por el orgullo, y que no podrá subsistir un instante, á la vista de la buena fe y del deseo de reunirse. Y si el anatema dura todavía, á lo menos procuremos que no se nos pueda hacer ninguna reconvencion.

Me consta que un prelado de la Iglesia griega, se ha quejado amargamente de que las aperturas ó proposiciones hechas por un cierto lado, habian sido recibidas con altivo desprecio. Semejante desvío de las máximas tan conocidas de dulzura y de habilidad, por muy ligera que quiera suponerse, parece muy poco verosímil. Pero sea lo que fuere, es preciso desear con toda el alma, que otras nuevas negociaciones tengan mejor éxito, y que el amor extienda sus inmensos brazos, para estrechar en ellos tanto las naciones como los individuos.

CONCLUSION.

I. Despues de la horrible tempestad que acaba de sufrir la Iglesia, denla sus hijos á lo menos, el expectáculo consolador de la concordia. Ya es tiempo que cesen de afligirla con sus discusiones insensatas. A nosotros principalmente como hijos de la unidad, pertenece profesar altamente los principios, cuya importancia hemos conocido por la mas terrible experiencia. En todos los puntos del globo hay por fortuna cristianos legítimos: pues fórmese una sola voz de todas nuestras voces reunidas; y repita sin cesar con un religioso transporte, el grito de aquel grande hombre, á quien he combatido sobre algunos puntos importantes: bien que con tanta repugnancia como respeto. *O! Santa Iglesia romana, madre de las Iglesias, y de todos los fieles! Iglesia escogida por Dios, para unir á sus hijos en la misma fe, y en la misma ca-*

ridad! Siempre estaremos unidos contigo de todo nuestro corazon (1). Hemos desconocido demasiado nuestra felicidad: extraviados por las impías doctrinas, que en el último siglo han resonado en la Europa; y aun acaso mucho mas, por exageraciones inaguantables, y por un espíritu de independencia, encendido en el mismo seno de la Iglesia; hemos casi roto los lazos cuyo precio inestimable no podemos menos de conocer hoy, sin hacernos absolutamente inexcusables. Permítasenos decir, sin exceder los límites del profundo respeto que es debido á las soberanías católicas, que algunas de ellas han parecido alguna vez apostatar: porque apostasía es, desconocer los fundamentos del cristianismo: conmoverlos declarando altamente la guerra al Gefe de esta religion: abrumándole de disgustos, amarguras, y groserías que acaso no se hubiesen aun permitido las poten-

(1) Bossuet, sermon sobre la unidad.

cias protestantes. Entre estos Príncipes hay algunos, que algun dia serán colocados en la clase de los grandes perseguidores: no han hecho verter sangre, es verdad: mas la posteridad preguntará si los Diocleciauos, los Galerios Maximianos, y los Decios trataron peor al cristianismo.

Tiempo es ya de abjurar sistemas tan culpables: tiempo es ya de volver al padre comun, de echarnos francamente en sus brazos, y de hacer caer en fin esta muralla de bronce, que la impiedad, el error, la preocupacion y la malevolencia, habian puesto entre él y nosotros.

II. Pero en este momento solemne, en que todo anuncia que la Europa está próxima á una revolucion memorable, cuyo terrible é indispensable preliminar ha sido el que ya hemos visto; debemos ante todas cosas dirigir á los protestantes nuestras fraternales reconvenciones, y nuestras mas ardientes súplicas. ¿Qué esperan aun, ó qué buscan? Ellos han

recorrido el círculo entero del error. A fuerza de atacar, y de roer por decirlo así, la fe, han destruido entre ellos el cristianismo, y gracias á su terrible ciencia, que no ha cesado de *protestar*, la mitad de la Europa se encuentra en fin sin religion. La era de las pasiones ya ha pasado; y podemos hablarnos sin aborrecernos, y aun sin acalorarnos. Aprovechémonos de esta época favorable; y que se aperciban sobre todo los Príncipes, que su poder se les va de las manos, que la monarquía Europea no ha podido constituirse, ni puede conservarse, sino por la religion *una y única*, y que si este aliado les falta, es preciso que se desvanezca.

III. Todo lo que se ha dicho para asustar á las potencias protestantes, sobre la influencia de un poder extrangero, es una quimera, un espantajo levantado en el siglo 16, y que no significa nada en el nuestro. Cuando los ingleses reflexionen profundamente sobre este punto, (porque

el gran movimiento debe partir de allí), si no se apresuran á empuñar la palma inmortal que se les presenta, otro pueblo se la arrebatará. Los ingleses en sus preocupaciones contra nosotros, no se engañan sino en el tiempo: su falta de razon es un anacronismo. Ellos leen en algun libro católico, *que no se debe obedecer á un Príncipe herege*, y desde luego se exaltan y gritan *papismo!* mas todo este fuego se apagaria al instante, si se tomasen la pena de leer la fecha del libro, que infaliblemente debe ser de la deplorable época de las guerras de religion, y de las mudanzas de soberanías. Ellos mismos han declarado en pleno parlamento, *que si un Rey de Inglaterra abrazase la religion católica*, POR EL MISMO HECHO *seria privado de la corona* (1). Luego ellos piensan que el crímen de querer mudar la religion

(1) Debates del Parlamento, en inglés, London 1805, vol. IV. pág. 677.

del pais, ó aun solamente de hacer nacer esta sospecha legítima, justifica la desobediencia de los súbditos; ó antes bien los autoriza á destronar al Príncipe, sin hacerse rebeldes. Ahora pues, yo quisiera saber, ¿por qué Isabel, ó Enrique VIII. tuvieron mas derechos sobre sus súbditos católicos, que el actual Rey Jorge no tendria sobre sus súbditos protestantes? ¿Y por qué los católicos de aquel tiempo, fortalecidos con sus privilegios naturales, y con una posesion de diez y seis siglos, no estarian autorizados á mirar *sus tiranos* como destituidos *por el mismo hecho*, de todo derecho á la corona? Yo no me arriesgaré á decir, que una nacion en igual caso *tiene derecho* de resistir á su Príncipe, y de juzgarlo y deponerlo, porque me costaria mucho pronunciar esta decision, en cualquier suposicion imaginable: pero sin duda se me concederá, que si hay alguna cosa que pueda justificar la resistencia, será el hecho de atentar contra la re-

ligion nacional. Durante mucho tiempo el título de *Jacobita*, anunció un enemigo declarado de la casa reynante. Esta se defendia, y levantaba su hacha sobre cualquier partidario de la familia desposeida: este era el órden político. ¿Pero en qué momento preciso principió el *Jacobita* á ser realmente culpable? Esta es una cuestion terrible, que debe dejarse al juicio de Dios.

Ahora que se ha explicado por el tiempo, se presenta el católico al Rey de Inglaterra, y le dice: »Bien veis »nuestros principios, y que nuestra »fidelidad no tiene límites, excepcio»nes, ni condiciones. Dios nos ha »enseñado que la soberanía es obra »suya: nos ha mandado que resista»mos hasta con el peligro de la vi»da, á cualquiera violencia que qui»siera destruirla; y si esta violencia »llegase á ser feliz, en ninguna par»te nos ha revelado hasta qué épo»ca puede el suceso hacerla legítima. »Apresurarse demasiado, puede ser

»un crímen: pero morir por sus an-»tiguos dueños nunca lo fue. Mientras »hubo Estuardos en el mundo, noso-»tros combatíamos por ellos, y bajo »la cuchilla de vuestros verdugos, »nuestro último suspiro fue por aque-»llos Príncipes desgraciados. Ahora ya »no existen: Dios ha hablado: vo-»sotros sois Soberanos legítimos: no »sabemos desde cuándo, pero lo sois. »Recibid pues esta misma fidelidad »religiosa, obstinada, invencible, que »en otro tiempo juramos á esta ra-»za desdichada que precedió á la vues-»tra. Si la rebelion viniese un dia à »bramar al rededor de vos, ningun »temor, ninguna seduccion será ca-»paz de separarnos de vuestra causa. »Aunque tuvieseis respecto de noso-»tros las sinrazones mas inexcusables, »nosotros la defenderíamos hasta el »último suspiro. En todos los campos »de batalla donde se combata por vos, »nos encontrareis al rededor de vues-»tros estandartes; y si para confirmar »nuestra fe, fuese preciso subir á los

»cadalsos, ya nos habeis acostumbra-
»do à hacerlo, y los regaríamos con
»nuestra sangre, sin acordarnos de la
»de nuestros padres, que vosotros
»hicisteis derramar por este mismo
»crímen de fidelidad."

IV. Todo parece demostrar que los ingleses están destinados á dar el primer impulso, al gran movimiento religioso que se prepara, y que formará una época sagrada en los fastos del género humano. Para ser los primeros que lleguen á la luz, entre todos los que la abandonaron, tienen dos inapreciables ventajas que conocen poco; y son, que por la mas feliz de las contradicciones, su sistema religioso se encuentra á un mismo tiempo el mas evidentemente falso, y el mas evidentemente cercano á la verdad.

Para saber que la Religion anglicana es falsa, no hay necesidad de explicaciones, ni argumentos. Basta mirarla, y queda juzgada por intuicion: pues es tan falsa, como el sol

es luminoso. *La gerarquía anglicana, se halla aislada en el cristianismo: con que es nula.* Nada hay razonable, que pueda oponerse á esta simple observacion. Su episcopado, lo desecha igualmente la Iglesia católica, y la protestante. Luego si no es católico ni protestante, qué será? Nada. Es un establecimiento civil y local, diametralmente opuesto á la universalidad, que es el signo exclusivo de la verdad. Ó esta Religion es falsa, ó Dios se encarnó para los ingleses: entre estas dos proposiciones no hay medio. Frecuentemente sus teólogos apelan al ESTABLECIMIENTO, sin conocer que esta sola palabra anula su religion; pues que supone la novedad, y la accion humana, que son dos grandes anatemas, igualmente visibles, decisivos, é indelebles. Otros teólogos de esta escuela, y aun prelados, queriendo evadirse de estos anatemas, de que están íntimamente convencidos, han tomado el extraño partido de sostener, *que ellos no son pro-*

testantes, *sino apostólicos* (1). Esto seria sin duda para provocar nuestra risa, si pudiéramos reirnos de cosas tan serias, y de personas tan estimables.

V. Además de esto, la Iglesia anglicana es la sola asociacion del mundo, que se ha declarado nula y ridícula, en el mismo acto que la constituye. En este acto proclamó solemnemente 39 ARTÍCULOS, ni mas ni menos, absolutamente necesarios para la salvacion; y que es preciso jurar para pertenecer á esta Iglesia. Pero en uno de ellos que es el 25 (2) declara solemnemente que Dios constituyendo su Iglesia, no ha dejado en la tierra *infalibilidad*: que todas las Iglesias se han engañado, principiando por la de Roma: que se han engañado groseramente *aun sobre el dogma*, *y aun sobre la moral*: de

(1) Véase la nota puesta al libro 4. cap. 5. pág. 232.

(2) Wilkin's, *concilia magna Britaniæ*, in fol. Londres, 1737, tom. 4. pág. 75.

modo que ninguna de ellas tiene derecho de prescribir la creencia; y que la Santa Escritura es la única regla del cristiano. Así pues, la Iglesia anglicana declara á sus hijos, que ella tiene derecho de mandarles, pero que ellos tienen derecho á no obedecerla. Véase como en el mismo momento, con la misma pluma, y la misma tinta, y en el mismo papel, declara el dogma, y declara que no tiene el derecho de declararlo. Yo creo que en el interminable catálogo de las locuras humanas, esta tendrá siempre uno de los primeros lugares.

VI. Despues de esta solemne declaracion de la Iglesia anglicana, que se anula á sí misma, solo faltaba un testimonio de la autoridad civil, que ratificase este juicio; y yo encuentro este testimonio en los debates parlamentarios del año 1805 sobre la emancipacion de los católicos. En una de aquellas sesiones acaloradas, ó ruidosas, que no deben servir sino de preparar los espíritus, para una épo-

ca mas lejana y feliz, el procurador general del Rey de la gran Bretaña dejó escapar una frase, que no ha sido muy notada á mi parecer: pero que sin embargo no deja de ser una de las cosas mas curiosas, que acaso se han dicho en Europa de un siglo á esta parte.

Este magistrado revestido con el ministerio público, decia à la cámara de los comunes: *acordaos que para la Inglaterra, es absolutamente la misma cosa revocar las leyes que se han dado contra los católicos, que tener al instante un parlamento católico, y una Religion católica en lugar del* ESTABLECIMIENTO *actual* (1).

El comentario de esta sencilléz inapreciable, se presenta por sí mismo. Es como si hubiera dicho en pro-

(1) El texto literal inglés dice así: yo pienso que no puede haber alternativa entre guardar el *establecimiento* que tenemos, ó poner el establecimiento católico romano en su lugar. (Debates Parlament, &c. Vol. IV. London 1805, pág. 943.) Disc. del procurador general.

pios términos: *nuestra Religion, como ya sabeis, no es mas que un establecimiento puramente civil, que no reposa sino sobre la ley del pais, y sobre el interés de cada individuo. ¿Por qué somos anglicanos? Á la verdad, no es la persuasion la que nos determina; sino el temor de perder bienes, honores, y privilegios. No teniendo la palabra* FE *ningun sentido en nuestra lengua, si es católica la conciencia inglesa, nosotros la obedeceremos desde el momento en que no deberá costarnos nada hacerlo así. En un abrir y cerrar de ojos seremos todos católicos* (1).

(1) Yo me atrevo no obstante á creer que este sabio magistrado exageraba mucho la desgracia futura. *Todo el mundo* (decia) *será católico.* Y bien, cuando todo el mundo estuviese de acuerdo ¿qué mal habria? — Tres dias antes (en la sesion de 10 de Mayo ibid., pág. 761.) sobre la misma cuestion, decia otro individuo en la Cámara, *Jacobo II. no pedia para los católicos sino la igualdad de privilegios: pero esta igualdad hubiera traido la caida del protestantismo.* Y por qué? Siempre hallamos la mis-

VII. Mas si el sistema anglicano en todo lo que encierra de falso, es el mas evidentemente falso; en compensacion ¿por cuántos lados no se nos recomienda, como el mas cercano de la verdad? Los ingleses contenidos por la mano de tres Soberanos terribles, que gustaban poco de las exageraciones populares; y contenidos tambien (como debemos observarlo) por un superior sentido comun, pudieron resistir en el siglo 16 hasta un punto muy notable, al torrente que arrastraba á las otras naciones; y conservar muchos elementos católicos. De aquí proviene la fisionomía ambigua, que distingue la Iglesia anglicana, y que tantos escritores han hecho observar. »Ella sin duda no es la es»posa legítima, pero es la dama de un »Rey; y aunque hija evidente de Cal»vino, no tiene el semblante audáz »de sus hermanas. Alzando la cara

ma confesion. *El error si no se sostiene por medio de proscripciones, nunca podrá mantenerse contra la verdad.*

»con un ayre magestuoso, pronuncia »muy claramente los nombres de *Pa-* »*dres*, de *Concilios*, de *Gefes de la* »*Iglesia:* su mano lleva el báculo con »soltura: habla con seriedad de su »nobleza; y bajo la máscara de una »mitra aislada y rebelde, ha sabido »conservar algun resto de gracia an- »tigua, despojo venerable de una dig- »nidad que ya no existe (1).

¡Nobles ingleses! vosotros en otro tiempo fuisteis los primeros enemigos de la unidad; à vosotros pues pertenece hoy el honor de volverla à establecer en Europa. El error solo levan-

(1) *Dryden, poemas originales en 12. tomo I. Thehind andthe Panther. Part.* 1.—En el Almacen Europeo, tom. 18. Agosto de 1790 pág. 115., se lee un trozo muy notable del doctor Burney sobre el mismo asunto. Pero algunos disidentes modernos son menos decentes, y mas determinados; pues dicen así: *la Iglesia de Roma es una prostituta, la de Escocia una concubina, y la de Inglaterra una muger de mediana virtud entre aquellos dos extremos.* (Diario del Parlamento de Inglaterra, Cámara de los Comunes, 2. de Marzo de 1790. Discur. de Burke.)

ta la cabeza porque nuestras lenguas son enemigas: si ellas llegan à unirse sobre el primero de los objetos, nada les resistirá. No se trata mas que de aprovechar la feliz ocasion, que la política os presenta en este momento. Un solo acto de justicia, y el tiempo se encargará de lo demás.

VIII. Despues de tres siglos de irritacion, y de disputas, ¿de qué os quejais, ó qué teneis que decir contra nosotros? ¿Direis siempre que hemos innovado: que hemos inventado dogmas; y mudado en símbolos nuestras opiniones humanas? Pues si no quereis creer á nuestos doctores, que protestan y prueban que no enseñan mas que la fe de los Apóstoles, creed á lo menos á uno de vuestros ateistas, y os dirá *que los poderes egercidos por la Iglesia romana, son en gran parte anteriores á casi todos los establecimientos políticos de la Europa* (1).

(1) El texto literal inglés dice así: *á la verdad, muchos de los poderes reasumidos por la*

Creed á vuestros Deistas y ellos os dirán: *que un hombre instruido no puede resistirse al peso de la evidencia histórica, que establece, que en todo el periodo de los cuatro primeros siglos de la Iglesia, los puntos principales de las doctrinas papistas, estaban ya admitidos en teórica y en práctica* (1).

Creed à vuestros apóstatas, y ellos os dirán que desde luego habian cedido à este argumento, que les pareció invencible, à saber, *que es preciso que haya en alguna parte un juez infalible, y que la Iglesia de Roma es la sola sociedad cristiana que pretende, y que puede pretender tener este carácter* (2).

Iglesia de Roma, son muy antiguos, y muy anteriores á casi todos los gobiernos políticos establecidos en Europa. (Hume, hist. de Inglat. Enriq. IV. cap. 29. ann. 1521.) Hume segun se ve, procura modificar ligeramente su proposicion, pero esto no es mas que una pura sofistería de su misma conciencia.

(1) Gibbon, memorias, tom. I. cap. I. de la traduccion francesa.

(2) Esta decision es de Chillingworth, y Gib-

Creed en fin à vuestros propios doctores y Obispos anglicanos, y ellos os dirán en sus momentos felices de conciencia ó de distraccion, *que las semillas del papismo fueron sembradas desde el tiempo de los Apóstoles* (1).

Procurad recogeros interiormente: tratad de dominaros à vosotros mismos, y à vuestras preocupaciones, de modo que podais contemplar en la calma de vuestra conciencia, de cuán extraño sistema teneis la desgracia de ser los principales defensores. ¿Son

bon al referirla añade que aquel no habia sacado este argumento sino de sí mismo (Gibbon, ibid. cap. 6.), en cuya suposicion, es preciso creer que ni Chillingworth ni Gibbon habian leido mucho á nuestros doctores.

(1) El texto literal inglés dice así: las semillas del Papismo germinaron ó brotaron ya en los tiempos de los Apóstoles. (Bishop, Disertaciones de Newton sobre las profecías, London, en 8., tom. 3. cap. 10 pág. 148.) Este buen hombre con un corto esfuerzo mas de franqueza, nos hubiera dicho en propios términos, y no indirectamente como lo hace: *que estas semillas del Papismo, fueron sembradas por el mismo Jesucristo.*

precisos tantos argumentos contra el protestantismo? No. Basta bosquejar exactamente su retrato, y mostrárselo pacíficamente.

IX. »En virtud de un anatema »terrible, inexplicable sin duda, pero »aun mas incontestable que inexpli»cable, el género humano habia per»dido todos sus derechos. Sumergido »en un mar de tinieblas, todo lo ig»noraba, pues que ignoraba à Dios; y »porque lo ignoraba, no podia diri»girle sus ruegos: de modo que se ha»llaba espiritualmente muerto, sin »poder aun pedir la vida. Llegado pues »por una degradacion rápida, al últi»mo grado de embrutecimiento, ul»trajaba la naturaleza con sus costum»bres, con sus leyes, y aun con sus »mismas religiones. Él consagraba to»dos los vicios: se revolcaba en el »cieno; y su embrutecimiento era tal »que la historia sencilla de aquellos »tiempos forma un cuadro peligroso, »en tales términos que todos los hom»bres no deben contemplarlo. No obs-

»tante, Dios, *despues de haber disi-*
»*mulado durante cuarenta siglos*, se
»acordó de su criatura; y en el mo-
»mento señalado y anunciado en to-
»dos los tiempos, *no desdeñó el seno*
»*de una virgen*; se revistió de nuestra
»desgraciada naturaleza; y pareció so-
»bre la tierra. Nosotros le vimos, le
»tocamos; él nos habló, vivió, ense-
»ñó, sufrió y murió por nosotros. Sa-
»lido del sepulcro, segun su promesa,
»volvió à parecer entre nosotros, pa-
»ra asegurar solemnemente à su Igle-
»sia una asistencia tan durable como
»el mundo. Mas, ay de mí! este es-
»fuerzo de un amor todo poderoso, no
»tuvo ni con mucho el buen suceso
»que debia. Por falta de ciencia ó de
»fuerza, ó por distraccion, acaso no
»pudo Dios cumplir su palabra. Me-
»nos diestro que un químico, que em-
»prendiese encerrar el Etér dentro
»de un lienzo ó de un papel, solo
»confió à los hombres esta verdad que
»habia traido à la tierra, y así ella
»se evaporó, como podia muy bien

»haberse previsto, por todos los poros
»humanos. Bien pronto esta Religion
»santa, revelada al hombre por el
»Hombre-Dios, no fue mas que una
»infame idolatría; que duraria aun si
»el cristianismo, despues de diez y seis
»siglos, no hubiese sido conducido de
»repente à su pureza original por dos
»miserables."

Así habla el protestantismo. ¿Y qué diremos de él, y de vosotros que lo defendeis, cuando ya no existirá? Contribuid antes bien à hacerlo desaparecer. Para restablecer una Religion y una moral en Europa: para dar à la verdad las fuerzas que exigen las conquistas que medita: para afirmar sobre todo el trono de los Soberanos; y calmar con dulzura esta fermentacion general que nos amenaza con las mayores desdichas; el preliminar indispensable es el de borrar del diccionario europeo esta voz fatal: PROTESTANTISMO.

X. Es imposible que unas consideraciones tan importantes, no hallen

acogida en fin en los gabinetes protestantes; y no permanezcan allí como en depósito, para descender luego como una lluvia bienhechora, sobre los montes y los valles. Todo está convidando à los protestantes à volver hácia nosotros. Su ciencia, que no es ahora mas que un espantoso corrosivo, perderá su fuerza destructiva, aliándose con nuestra sumision, que en retorno no dejará de ilustrarlos con su ciencia. Esta grande mudanza debe comenzar por los Príncipes, sin que tenga ninguna parte en ella el ministerio llamado *Evangélico*. Muchas señales manifiestas, excluyen à este ministerio de la grande obra. Siempre es un gran mal adherir al error: pero enseñarlo por oficio, y contra el grito de su propia conciencia, es el exceso de la infelicidad; y de ahí se sigue la inevitable consecuencia de una ceguedad absoluta. Un grande egemplo de esto acaba de presentarnos la capital del protestantismo; donde el cuerpo de los Pastores ha renunciado

públicamente el cristianismo, declarándose arriano, mientras que la prudencia de los laicos le echa en cara su apostasía.

XI. En medio de la fermentacion general de los espíritus, los franceses, y entre ellos el órden sacerdotal particularmente, deben examinarse con cuidado, y no dejar pasar esta grande ocasion de emplearse eficazmente, y en la primera línea, en la reconstruccion del santo edificio. Sin duda tienen que vencer grandes preocupaciones: mas para superarlas tienen tambien grandes medios; y lo que aun es fortuna, tienen muchos enemigos menos. Los parlamentos ya no existen: los cuales reunidos en cuerpo hubieran podido oponer una resistencia acaso invencible, y entonces era llegado el fin de la Iglesia galicana. En el dia el espíritu parlamentario no puede explicarse, ni obrar sino con esfuerzos individuales, que no pueden producir mucho efecto. Así, puede esperarse que nada impedirá al sacer-

docio, à unirse sínceramente con la Santa Sede, de donde las circunstancias lo habian apartado, mas de lo que acaso puede creer. No hay otro medio para restablecer la religion sobre sus antiguas bases. Bien lo saben los enemigos de esta Religion, y por eso procuran en cuanto pueden establecer la opinion contraria: à saber, *que el Papa es quien se opone á la reunion de los cristianos.* Un Obispo griego ha declarado hace poco tiempo, *que él no veía otro muro de separacion entre las dos Iglesias, sino la supremacía del Papa* (1); ¿y quién creyera que esta simple asercion de un Prelado griego, la he oído yo citar en un pais católico, para establecer aun la necesidad de restringir mas el supremo poder espiritual? ¡Pontífices y levitas franceses, guardaos de las redes que os tienden! Para abolir el protestantismo

(1) Este Prelado es el Señor Elías Meniáte, Obispo de Zarissa. Su libro (intitulado, la piedra de escándalo) fue traducido en alemán por Jacobo Kemper. Viena, en 8. 1787, pág. 93.

en todas sus formas, os proponen haceros protestantes: pero es muy al contrario. Solo restableciendo la supremacía pontifical, volvereis à colocar la Iglesia galicana sobre sus verdaderas bases, y restablecereis su antiguo lustre. Volved à ocupar vuestro lugar: la Iglesia universal necesita de vosotros para celebrar dignamente la época famosa, que la posteridad mirará siempre con una profunda admiracion; época en que el Sumo Pontífice haya sido restablecido en su trono, por sucesos cuyas causas salen visiblemente del estrecho círculo de los medios humanos.

XII. Ninguna institucion humana ha durado diez y ocho siglos; y este prodigio que seria notable en todas partes, lo es mucho mas particularmente en el seno de la movible Europa, porque el reposo parece que sea el suplicio del europeo, y este carácter contrasta increiblemente con la inmovilidad oriental. Es preciso que el europeo obre, que emprenda; es preciso

que innove y que mude todo lo que está à sus alcances. Sobre todo la política, no ha dejado de egercer el genio innovador de los hijos de Jafét. En la inquieta desconfianza que los tiene siempre armados contra la soberanía, hay sin duda mucho orgullo; pero tambien hay una conciencia justa de su dignidad; y Dios solo conoce las cuantidades respectivas de estos dos elementos. Basta observar aquí este carácter, que es un hecho incontestable, y preguntarse, ¿qué fuerza oculta ha podido mantener el trono pontifical, en medio de tantas ruinas, y contra todas las reglas de la probabilidad? Apenas se estableció en el mundo el cristianismo, cuando algunos impíos tiranos le declararon una guerra feróz, y bañaron la nueva religion con la sangre de sus hijos. Los hereges la atacan por su lado, en todos sus dogmas sucesivamente; y à su frente se presenta Arrio, que asusta al mundo y *le hace dudar si es cristiano*. Juliano con su poder, su

astucia, su ciencia, y sus cómplices los filósofos, dan al cristianismo golpes mortales en cuanto tenia de mortal. Desde luego el Norte vomita sus pueblos bárbaros sobre el imperio romano. Ellos vienen à vengar los mártires, y podria creerse que vienen à sofocar la religion, por la cual murieron aquellas víctimas: pero sucedió todo lo contrario. Ellos mismos fueron presididos por este culto divino que preside à su civilizacion, y que mezclándose en todas sus instituciones, da à luz la grande familia europea y su monarquía, de que el universo no tenia la menor idea. Sin embargo, las tinieblas de la ignorancia siguen à la invasion de los bárbaros: pero la antorcha de la fe luce de un modo mas visible en este fondo obscuro, y la misma ciencia concentrada en la Iglesia, no deja de producir hombres eminentes para su siglo. La noble simplicidad de estos tiempos, ilustrados por tan altos caractéres, valía mucho mas que la media ciencia de sus suceso-

res inmediatos: pues en su tiempo fue cuando nació este funesto cisma, que redujo la Iglesia à buscar su Gefe visible durante cuarenta años. Esta plaga de los contemporáneos, es un tesoro para nosotros en la historia; y nos sirve para probar que el trono de San Pedro es indestructible. ¿Qué establecimiento humano resistiria à esta prueba, que no obstante era poca cosa, comparada con la que aun iba à sufrir la Iglesia?

XIII. *Aparece Lutero; y Calvino le sigue.* En un exceso de frenesí de que no habia egemplo en el género humano, y cuya consecuencia inmediata fue una carnicería de treinta años, estos dos hombres salidos de la nada, con el orgullo de los sectarios, la acrimonia plebeya, y el fanatismo de las tabernas (1), publicaron *la re-*

(1) *En las tabernas* se cantaban á despique anécdotas risibles sobre la avaricia de los clérigos: se convertian en ridículo las llaves, y el poder de los Papas, &c. (Carta de Lutero al Papa, fecha del dia de la Trinidad, año 1518,

forma de la Iglesia; y efectivamente ellos *la reformaron*, pero sin saber lo que decian, ni lo que hacian. Cuando hombres sin mision, se atreven à emprender *la reforma* de la Iglesia, *desfiguran* su partido, y *no reforman* realmente sino la verdadera Iglesia, que se ve obligada à defenderse y à velar sobre sí misma; y esto es precisamente lo que sucedió: porque no hay mas verdadera reforma, que el largo capítulo *de reformatione* que se lee en el concilio de Trento, mientras que la pretendida reforma se ha quedado fuera de la Iglesia sin regla, sin autoridad, y muy pronto sin fe, como la vemos en el dia. Mas ¿por qué convulsiones tan terribles no ha pasado ella, para llegar à esta nulidad de que somos testigos? ¿Quién puede acordarse sin temblar del fanatismo del siglo 16, y de las espantosas escenas

citada por Mr. Roscoe. Hist. de Leon X. en 8. tom. 3. apendix, núm. 149. pág. 152.) Bien se puede creer á Lutero en estas primeras *cátedras* de la reforma.

que presentó al mundo? Y sobre todo ¡qué furor contra la Santa Sede! Nos avergonzamos aun por la naturaleza humana, leyendo en los escritos de aquel tiempo las sacrílegas injurias, vomitadas por estos groseros novadores, contra la gerarquía romana. Todos los enemigos de la fe combaten vanamente, porque combaten contra Dios; pero ninguno se engaña en la direccion de sus golpes, porque todos saben donde se debe herir; y lo que hay mas notable es, que à medida que van pasando los siglos, los ataques contra el edificio católico se hacen *siempre* con mas fuerza: de modo que diciendo *siempre NO HAY MAS QUE DECIR*, se engañan *siempre*. Despues de las tragedias horrorosas del siglo 16 pudiera decirse que la Tiara habia resistido à la mas fuerte prueba: mas esta solo habia servido de preparacion para otra. Los siglos 16 y 17 podrian llamarse *las premisas* del siglo 18, el cual no fue en efecto sino *la conclusion* de los dos precedentes; porque el es-

píritu humano no hubiera podido llegar de un golpe, al grado de audacia en que lo hemos visto. Era preciso para declarar la guerra al cielo, poner aun el monte *Ossa* sobre el monte *Pelion*. El filosofismo no podia levantarse, sino sobre la grande base de la reforma.

XIV. Como cualquier ataque contra el catolicismo, cae necesariamente sobre el cristianismo, los llamados *filósofos* de nuestro siglo no hicieron mas que apoderarse de las armas, que los protestantes les habian preparado, para volverlas contra la Iglesia, burlándose de sus aliados que no merecian la pena de un ataque, que acaso esperaban. Recórranse todos los libros impíos escritos en el siglo 18, y se verá que todos son dirigidos contra Roma, como si no hubiese verdaderos cristianos fuera de su recinto, lo que es muy cierto, si se quiere hablar estrictamente. No se puede nunca repetir demasiado: nada hay mas infalible que el instinto de la im-

piedad. Véase qué es lo que ella detesta, lo que la pone en furor, lo que ataca siempre en todas partes, y con toda furia: esto es la verdad. En la sesion infernal de la convencion nacional francesa, (que chocará mucho mas à la posteridad, de lo que ha chocado à nuestros ligeros contemporáneos), en que se celebró, si es permitido decirlo así, la abnegacion del culto, Robertspierre, despues de su *inmortal* discurso, se hizo traer los libros, los vestidos, y las copas del culto protestante para profanarlas. ¿Llamó acaso à la barra, ó procuró seducir ó asombrar à algun ministro de aquel culto, para obtener algun juramento de apostasía? ¿Se valió à lo menos para esta horrible escena, de los ministros protestantes corrompidos, como se habia valido de los del órden católico? Nada menos: ni siquiera pensó en ello. De parte de aquellos ministros, nada lo irritaba ni incomodaba, porque los enemigos de Roma no pueden ser

odiosos uno à otro, cualquiera que sean sus diferencias en todos respectos. Por este principio se viene en conocimiento de la afinidad, que de otro modo es inexplicable, de las Iglesias protestantes con las Iglesias phocianas, nestorianas &c. separadas mas antiguamente. En cualquiera parte que sus individuos se encuentran, luego se abrazan, y se cumplimentan con una ternura que à primera vista sorprende, pues que sus dogmas capitales son directamente contrarios: pero al instante se adivina el secreto. Todos los enemigos de Roma, son amigos; y como no puede haber *fe* propiamente dicha fuera de la Iglesia católica, luego que pasa el acceso de fiebre que acompaña al nacimiento de todas las sectas, cesan de incomodarse unos à otros por los dogmas, que no les interesan mas que exteriormente, y que ven borrarse uno tras de otro del símbolo nacional, à medida que place al juez caprichoso llamado *razon particular*, citarlos á su

tribunal para declararlos nulos.

XV. Un fanático inglés, al principio del último siglo hizo escribir en el frente de un templete, que adornaba sus jardines, estos dos versos de Corneille:

Doy gracias à los dioses de no ser
ya romano,
Por poder conservar algun resto de
humano.

Y tambien hemos oido à un loco del último siglo, exclamar en un libro, obra enteramente digna de tal autor: *Ó Roma! te aborrezco* (1). Este hablaba por todos los enemigos del cristianismo, pero sobre todo por todos los de su siglo: porque jamás fue tan universal ni tan señalado el odio contra Roma, como en este siglo, en

(1) Mercier, en su obra intitulada, *el año* 2240, obra que bajo de un punto de vista merece ser leida, porque contiene todo lo que estos miserables deseaban, y que debia en efecto suceder. Solamente se engañaron en tomar una fase pasagera del mal, por un estado durable, que debia desembarazarlos para siempre de su mayor enemiga.

que los grandes conjurados tuvieron el arte de elevarse hasta el oído de la soberanía ortodoxa, y de introducir en ella los venenos que tan caramente ha pagado. La persecucion del siglo 18 excede infinito à todas las otras, porque à ellas ha añadido mucho, y no se parece à las persecuciones antiguas, sino por los torrentes de sangre que al fin ha hecho correr. Pero ¡cuánto mas peligrosos fueron sus principios! La Arca Santa sufrió en nuestros dias dos ataques, desconocidos hasta entonces: porque experimentó à un mismo tiempo los golpes de la ciencia, y los de la sátira ó ridículo. La cronología, la historia natural, la astronomía, la física, se amotinaron por decirlo así contra la religion. Una coalicion vergonzosa reunió contra ella todos los talentos, todos los conocimientos, todas las fuerzas del espíritu humano. La impiedad subió al teatro, y presentó en él à los Pontífices, à los clérigos, à las santas vírgenes, en sus mismos

distintos trages, y les hizo hablar como ella pensaba. Las mugeres que tienen tanta influencia en el bien como en el mal, le prestaron su apoyo; y mientras que los talentos y las pasiones se reunían, para hacer en su favor el mayor esfuerzo imaginable, otra fuerza de un nuevo órden se armaba contra la fe antigua, que era el ridículo. Un hombre único, à quien el infierno habia dado sus poderes, se presentó nuevamente en la arena, para colmar los deseos de la impiedad. Nunca habia sido manejada la arma de la burla, de un modo mas temible, y nunca se habia empleado contra la verdad, con tanta desvergüenza y suceso. Hasta que apareció este enemigo, la blasfemia estaba circunscrita al desagrado, y no perjudicaba mas que al blasfemo; pero en la boca del mas culpable de los hombres, llegó à ser contagiosa porque se hizo agradable. Aun hoy el hombre prudente que recorra los escritos de este bufon sacrílego, llora frecuen-

temente de haber antes reido. Una vida de un siglo le fue dada, para que la Iglesia saliese en fin victoriosa de las tres pruebas, que jamás podrá resistir ninguna institucion falsa, à saber, el silogismo, el teatro, y el epígrama.

XVI. Los golpes desesperados que se han dado en los últimos años del siglo anterior, al sacerdocio católico, y al Gefe supremo de la religion; habian reanimado las esperanzas de los enemigos de la *cátedra eterna.* Sabido es que la manía de pronosticar la caida del poder pontifical, ha sido una enfermedad del protestantismo, tan antigua como él. Los errores, las equivocaciones mas enormes, el ridículo mas solemne; nada ha podido corregirle: siempre ha insistido en su idea: pero nunca han sido mas atrevidos sus profetas, en vaticinar la caida de la Santa Sede, que cuando han creido que ya habia sucedido.

Los doctores ingleses se han distinguido en esta especie de delirio,

por medio de libros que son muy útiles, porque precisamente son la vergüenza del talento humano; y deben necesariamente hacer volver en sí à todos los espíritus, que un ministerio culpable no ha condenado à una ceguedad final. Á la vista de un Sumo Pontífice desterrado, aprisionado, ultrajado, privado de sus posesiones por un poder preponderante, y casi sobrenatural, ante el cual *la tierra guardaba silencio*, no era difícil à estos *profetas* predecir que ya habia fenecido la supremacía espiritual, y la soberanía temporal del Papa. Sumergidos en las mas espesas tinieblas, y condenados justamente al doble castigo de ver en las santas escrituras lo que no existe en ellas, y de no ver lo que contienen de mas claro y evidente, emprendieron probarnos por las mismas escrituras, que esta supremacía de la cual está predicho literal y divinamente que durará tanto como el mundo, estaba à punto de desaparecer para siempre. Ellos encon-

traban en el Apocalipsis hasta la hora y el minuto: porque este libro es fatal para los doctores protestantes, y sin exceptuar ni aun al gran Newton, no pueden hablar de él sin perder la cabeza. Contra los sofismas mas groseros, nosotros no tenemos mas armas que la razon: pero Dios cuando su sabiduría lo exige, los refuta por medio de milagros. Cuando los falsos profetas hablaban con mas seguridad, y que una tropa de gentes entregada como ellos al error, les prestaba oidos, un prodigio visible de la Omnipotencia, manifestado por la inexplicable concordia de los poderes mas discordantes, volvia al Pontífice al Vaticano; y su mano que no se extiende sino para bendecir, imploraba ya la misericordia, y las luces celestiales, para los autores de estos libros tan insensatos.

XVII. ¿Qué esperan pues nuestros hermanos, tan infelizmente separados, para correr hácia el capitolio y darnos la mano? ¿Y qué entienden por

milagro, si no quieren reconocer el mas grande y manifiesto, el mas incontestable de todos, en la conservacion, y permítasenos decir, en la resurreccion del trono pontifical en nuestros dias, obrada contra todas las leyes de la probabilidad humama? Durante algunos siglos se pudo creer en el mundo, que la unidad política favorecia à la unidad religiosa: mas desde largo tiempo se ve que tiene lugar la suposicion contraria. De los escombros del imperio romano, se formaron un gran número de imperios, todos de diferentes lenguas, costumbres y preocupaciones. Nuevas tierras descubiertas, han multiplicado sin medida estos pueblos, independientes unos de otros: y ¿qué mano sino es la mano divina puede haberlos mantenido à todos, bajo del mismo cetro espiritual? Pues esto es lo que ha sucedido, y que hemos visto con nuestros propios ojos. El edificio católico, compuesto de piezas políticamente separadas, y aun enemigas, ataca-

do además por todo lo que el poder humano, ayudado del tiempo, puede inventar de mas detestable y mas temible, en el mismo momento en que parecia venirse abajo para siempre, este edificio se ha fortificado sobre sus bases, mas seguras que nunca; y el Sumo Pontífice de los cristianos, se ha libertado de la persecucion mas impía, ha sido consolado por nuevos amigos, por conversiones ilustres, por las mas dulces esperanzas, y ha alzado su cabeza augusta en medio de la Europa, admirada de este prodigio. Sus virtudes eran sin duda dignas de este triunfo: pero en este momento no contemplamos mas que la Santa Sede. Sus enemigos nos han echado en cara mil y mil veces, las debilidades y aun los vicios de los que la han ocupado, sin reparar que toda soberanía debe ser considerada como un solo individuo, que hubiese poseido todas las buenas y malas cualidades, que han pertenecido à la dinastía entera; y que la

sucesion de los Papas, así mirada respecto del mérito general, lleva muchas ventajas à todas las otras, sin dificultad ni comparacion. Ellos tampoco atendieron à que insistiendo con mas complacencia sobre ciertos defectos, argüían poderosamente en favor de la indefectibilidad de la Iglesia. Porque si por egemplo, hubiese Dios querido confiar el gobierno de ella à una inteligencia de un órden superior, este órden de cosas nos deberia causar menos admiracion que el actual que estamos viendo: pues con efecto ningun hombre instruido duda, que hay en el universo otras inteligencias, y muy superiores al hombre; y así, la existencia de un gefe de la Iglesia que fuese superior al hombre, nada nos enseñaria sobre este punto; y si además hubiese Dios hecho à esta inteligencia, visible à entes de nuestra naturaleza, uniéndola à un cuerpo; esta maravilla nada tendria de superior à la que presenta la union de nuestra alma à nues-

tro cuerpo, que es el mas conocido de todos los hechos, y que no obstante no deja de ser un enigma siempre incomprensible. Ahora pues es claro, que en la hipótesis de esta inteligencia superior, la conservacion de la Iglesia nada tendria de extraordinario. Así que, el milagro que vemos, excede infinito al que llevo propuesto. Dios nos ha prometido fundar una Iglesia eterna é indefectible, sobre una serie de hombres semejantes à nosotros. Lo ha hecho, porque lo habia dicho; y este prodigio que cada dia se hace mas admirable, es ya incontestable para nosotros, que nos hallamos situados á diez y ocho siglos posteriores à la promesa. El carácter moral de los Papas, nunca tuvo influencia alguna sobre la fe. Liberio y Honorio, uno y otro eminentes en la piedad, han necesitado no obstante alguna apología sobre el dogma, y el Bulario de Alejandro VI. es irreprensible. ¿Qué esperamos pues, para reconocer este prodigio, y reunirnos to-

dos à este centro de unidad, fuera del cual no hay ya cristianismo? La experiencia ha convencido à los pueblos separados, y ya nada les falta para reconocer la verdad: pero ciertamente nosotros somos mas culpables que ellos, cuando à pesar de ser nacidos y educados en esta santa unidad, nos atrevemos no obstante à herirla y contristarla con sistemas deplorables, hijos vanos del orgullo, que dejaria de ser orgullo si supiese obedecer.

XVIII. *Ó Santa Iglesia Romana!* Así exclamaba en otro tiempo el grande Obispo de Meaux, delante de hombres que aunque lo oian, no lo escuchaban. *Ó Santa Iglesia de Roma! Si te olvido, que me olvide de mí mismo! Que se seque mi lengua y quede inmóvil en mi boca!*

Igualmente Fenelon en aquel memorable escrito, en que él mismo se recomendaba al respeto de todos los siglos, subscribiendo humildemente á la condenacion de su libro; exclamaba: *Ó Santa Iglesia de Roma! Si yo*

te olvido, olvideme de mi mismo! Que se seque mi lengua en la boca, y quede inmóvil.

Las mismas expresiones sacadas de la Santa Escritura, se presentaban á estos dos genios superiores, para manifestar su fe, y su sumision á la grande Iglesia; y á nosotros que felizmente somos los hijos de esta Iglesia, madre de todas las demás, pertenece hoy repetir las palabras de estos dos grandes hombres, y profesar altamente una creencia, que las mayores desdichas nos la han hecho aun mas querida.

¿Quién podria no admirar hoy el soberbio espectáculo, que la Providencia da á los hombres, y todo lo que promete aun, al ojo de un verdadero observador?

Ó Santa Iglesia Romana! Mientras yo conserve la palabra, la emplearé en celebrarte. Yo te saludo, madre inmortal de la ciencia y de la santidad! Salve magna parens! Tú eres la que extendistes la luz hasta

las extremidades de la tierra, por do quiera que las ciegas soberanías no detuvieron tu influencia, y aun muchas veces á despecho de ellas. Tú eres la que hiciste cesar los sacrificios humanos, las costumbres bárbaras ó infames, las preocupaciones funestas, la noche de la ignorancia; y en todas partes donde tus enviados no han podido penetrar, siempre falta algo á la civilizacion. A ti te pertenecen los grandes hombres. MAGNA VIRUM. Tus doctrinas purifican la ciencia, de aquel veneno de orgullo y de independencia, que la hace siempre peligrosa, y frecuentemente funesta. Los Pontífices deben ser muy pronto universalmente proclamados, agentes supremos de la civilizacion: creadores de la monarquía, y de la unidad europea: conservadores de la ciencia y de las artes: fundadores, protectores natos de la libertad civil: destructores de la esclavitud: enemigos del despotismo: infatigables apoyos de la soberanía; y en fin particulares

bienhechores del género humano.

Si alguna vez manifestaron que eran hombres, *si quid illis humanitus acciderit*, estos momentos fueron muy cortos. *Un navio que va separando las aguas, no deja menos señales de haber pasado*, y ningun trono del universo tuvo jamás tanta prudencia, tanta ciencia, ni tanta virtud. En medio de todas las destrucciones imaginables, Dios ha velado constantemente sobre ti ó CIUDAD ETERNA! Todo cuanto pudiera anonadarte, se reunió contra ti, y aun estás en pie; y así como en otro tiempo fuiste el centro del error, hace diez y ocho siglos que eres el centro de la verdad. El poder romano te habia hecho la ciudadela del paganismo, que parecia invencible en la capital del mundo conocido. Todos los errores del universo refluían sobre ti, y el primero de tus Emperadores reuniéndolos en un solo punto el mas resplandeciente, los consagró todos en EL PANTEON. El templo DE TODOS LOS DIOSES

se elevó dentro de tus muros, y es el solo que subsiste, de todos estos grandes monumentos en toda su integridad. Todo el poder de los Emperadores cristianos, todo el celo, todo el entusiasmo, y aun si se quiere todo el resentimiento de los cristianos, se desencadenó contra los templos, y habiendo dado Teodosio la señal, todos estos magníficos edificios desaparecieron. En vano parecia que pedian gracia las bellezas mas sublimes de la arquitectura, en estas admirables construcciones: en vano su solidéz fatigaba los brazos de sus destructores: para destruir los templos de Apamea y de Alejandría, fue preciso apelar á todos los medios que la guerra emplea en los sitios de las plazas: mas nada pudo resistir á la proscripcion general. Solo EL PANTEON fue preservado; y un grande enemigo de la fe, que refiere estos hechos declara *que ignora por qué concurso feliz de circunstancias, pudo salvarse el panteon*, hasta el momento que un

Sumo Pontífice en los primeros años del siglo 7.º lo dedicó y consagró Á TODOS LOS SANTOS (1). Ah! sin duda, que *lo ignoraba!* ¿Pero nosotros cómo podríamos ignorarlo? La capital del paganismo estaba destinada para ser la del cristianismo; y el templo que reunía en esta capital *todas* las fuerzas de la idolatría, debia reunir todas las luces de la fe. ¡TODOS LOS SANTOS, en lugar de TODOS LOS DIOSES! ¡Qué asunto tan inagotable de profundas meditaciones filosóficas y religiosas! En el panteon es donde el paganismo fue rectificado, y conducido al sistema primitivo, del cual no era mas que una visible corrupcion. El nombre de DIOS sin duda es exclusivo, é incomunicable, y no obstante *hay muchos dioses en el cielo y en la tierra* (2). Hay inteligencias, *naturalezas mejores*, hombres divini-

(1) Gibbon, hist. de la decadencia, &c., tomo 7., cap. 28. nota 34., en 8. pág. 368.

(2) S. Paulus ad Corinth. I. VIII., 5. 6. — Ad Tessalon. II., II. 4.

zados. Los *dioses* del cristianismo son *los Santos*. Al rededor de DIOS se juntan TODOS LOS DIOSES, para servirle en el lugar y órden que les están asignados.

¡Ó espectáculo maravilloso, digno de quien nos le ha preparado, y hecho solamente para los que saben contemplarlo!

Pedro con sus llaves expresivas, eclipsa las del viejo Jano (1). Él es el primero en todas partes, y *todos los Santos* entran despues de él. *El Dios de la iniquidad* (2), *Pluton*, cede su lugar al mayor de los taumaturgos, al humilde *Francisco*, cuyo inaudito ascendiente creó la pobreza voluntaria, para hacer equilibrio á los crímenes de la riqueza. El milagroso *Javier*, hace huir de su presencia al fabuloso conquistador de la India, y para que lo siguiesen millones de hombres, no llamó á su socorro la em-

(1) Præsideo foribus cœlestis Janitor aulæ
Et clavem ostendens, hæc, ait, arma gero.
Ovid., Fast. I. 125., 139. y 254.

(2) *Mammona iniquitatis*. Lucæ XVI. 9.

briaguéz, ni la licencia, ni se rodeó de bacantes impuras: no mostró mas que una cruz: no predicó mas que la virtud, la penitencia, la mortificacion de los sentidos. *Juan de Dios, Juan de Mata*, *Vicente de Paul* (bendíganlos todas las lenguas y todas las edades!) reciben los inciensos que se quemaban en honor del homicida *Marte*, y de la vengadora *Juno*. LA VÍRGEN INMACULADA, la mas excelente de todas las criaturas, en el órden de la gracia y de la santidad (1) *resplandece entre todos los Santos, como el sol entre todos los planetas* (2): *la primera en toda la humanidad que pronunció el nombre de* SALVACION (3): *la que conoció en el mundo la felicidad de los Ángeles, y los raptos al cielo en el camino del sepulcro* (4):

(1) *Gratia plena, Dominus tecum.* Lucæ I. 28.

(2) S. Francisco de Sales, tratado del amor de Dios, III. 8.

(3) Id., cartas lib. 8. epist. 17. *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

(4) *Klopstocks, del Mesias*, en aleman XII.

cuyas entrañas fueron benditas por el Eterno, haciéndola morada de su espíritu, y dándola un hijo que es el milagro del universo (1): á quien fue dado engendrar á su Criador (2): que no ve sino á Dios que la sea superior (3), y que todos los siglos proclamarán dichosa (4): la Soberana *María*, ocupa en fin el altar de *Venus pandémica*. Yo veo á Cristo entrar en el *panteon* seguido de sus Evangelistas, de sus Apóstoles, de sus Doctores, de sus Mártires, de sus Confesores, como entra un Rey triunfante, seguido de los grandes de su imperio, en la capital de su enemigo vencido y destruido. Á su vista todos estos *dioses-hombres* se anonadan y desaparecen delante del Hom-

(1) Alcorán, cap. 21. de los Profetas.

(2) Dante, Paradiso XXIII., 4. et seq. — Klopstoks, ibid. XI. 36.

(3) *Cunctis cœlitibus celsior una: solo facta minor Virgo Tonanti.* (Himno de la Iglesia de París en la Asuncion.)

(4) *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Lucæ, I. 48.

BRE- DIOS. Él santifica el *panteon* con su presencia, y lo inunda con su magestad. Esto es hecho: *todas* las virtudes han reemplazado á *todos* los vicios: el error con sus cien cabezas, huyó delante de la indivisible verdad. Dios reyna en el *panteon*, como reyna en el cielo en medio de *todos los Santos*.

Quince siglos habian pasado sobre la Santa ciudad, cuando el genio cristiano vencedor hasta el fin del paganismo, se atrevió á levantar el panteon en el ayre (1) para que sirviese solo de corona á su templo famoso, centro de la unidad católica, obra maestra del arte humano, y la mas bella mansion de *aquel*, que se ha dignado habitar con nosotros *lleno de amor y de verdad* (2).

(1) Alusion al dicho de Miguel Ángelo: *Yo le pondré en el ayre.*

(2) *Et habitavit in nobis plenum gratiæ et veritatis.* Joan. I. 14.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
VII.	1.	podrá............	podria.
18.	29.	en 8.............	en 8º.
34.	23.	Herodote.......	Herodoto.
103.	id.	Misterio........	Ministerio.
156.	id.	épca	época.
204.	11.	es el caliente.	es caliente.
259.	2.	punto de......	punto del.
299.	5.	iugleses.........	ingleses.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

LIBRO TERCERO.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION Y LA FELICIDAD DE LOS PUEBLOS.

LIBRO CUARTO.

DEL PAPA EN SUS RELACIONES CON LAS IGLESIAS LLAMADAS CISMÁTICAS.





